Te voy a contar un cuento -IV

VENTANAS A LA ETERNIDAD

**El libro de los más bellos relatos de la Alhambra,
río Darro, Albaicín, Realejo y Granada**

Un gatito en el jardín
Bulevar de la Constitución, Granada
En busca de su príncipe azul
Como un sueño
Frente a las estrellas
El loco engreído
Espejo de la primavera y de Granada
Festival de música y danza, historia de un sueño
El hombre del saco dorado

**El copo de nieve que
vino a morir a Granada**

El Pequeño

1- El hombrecito
  1- El primer momento
  2- La explanada
  3- Comenzando la ruta

2- Perdido en la montaña
  La presentación
  El comienzo
  La primera noche

El tajo del río Darro
21- Los mejores regalos
22- El otoño
14- El romántico de las montañas
15- El arroyo

Un gatito en el jardín

Nació en un día de lluvia, bajo las ramas de un ciprés y encima de un tejado. Este fue el sitio que la madre buscó para traerlo a este mundo, a él y a sus tres hermanos. Justo en el centro del jardín, al norte de la ciudad de Granada, cerca del barrio del Albaicín y frente a la Alhambra. Unos días más tarde la madre los refugió cerca de los naranjos y los rosales, entre los ladrillos de un pequeño patio cubierto. Protegidos de la lluvia, del frío y del viento.

Y eran cuatro los gatitos, todos blancos. Pero uno de ellos, solo uno, tenía características muy especiales: un ojo azul y el otro marrón, el rabo corto en forma de triángulo, los pelos largos casi como lana y el carácter muy bueno. Cariñoso y dócil como la misma madre y juguetón como el gatito más travieso. Cuando ya empezaron a comer, dos de los cuatro hermanos, se los llevó el jardinero. Para sus dos niñas que desde hacía mucho soñaban con un gatito. Y los otros dos se quedaron en el mismo jardín con la madre. Corriendo y jugando al atardecer y llenando de asombro y ánimo, cada día más, a todas las personas que paseaban por el lugar.

También yo eché y echo mis ratos de juego y entretenimiento con estos dos gatitos del jardín y con la madre. Y especialmente con el gatito de “diseño”, que es como lo he bautizado. Porque no solo es de fantasía sino casi de ensueño y más cuando juega y corre por entre las plantas del jardín, persiguiendo al hermano, a la madre, subiéndose a los árboles, en su cesta de mimbre, por donde los lirios y las fuentes y por donde los naranjos. Hasta que un día me di cuenta que una de

las cosas que más le gustaba era la música que con él compartí. Una música muy especial también porque, solo unos días antes, la escribí e interpreté al piano pensando en este gatito tan original.

Por eso hoy aquí presento algunas fotos de este interesante habitante del jardín granadino. Acompañadas estas imágenes de estas sencillas letras, mi voz y la música que escribí y grabé para él y comparto en sus momentos de juego. Cuadros de sus momentos más bellos mientras juega con la madre y el hermano para que puedas disfrutar, como lo hago yo, de las carantoñas más delicadas y graciosas de este simpático animal tierno, chico y bello. Y para que te asombres conmigo de como la vida y la naturaleza nos regala y recrea con lo más hermoso y sensible de la Creación mima.

Gatito de diseño

Blanco inmaculado
como la nieve recién hecha
en el mes de mayo
y con trozos de cielo
azul y claro
en sus pequeños ojos
y en su rabo.

Parece una bola
de algodón blando
que rueda y salta
por entre naranjos
y por entre la hierba
a lo ancho.

Pequeño y frágil
y muy blando,
dulce como la miel
y flores del prado,

como si todo en él
fuera diseñado
por la fantasía de un niño
mágico.

Bulevar de la Constitución, Granada

¿Te acuerdas del Bulevar de la constitución, en el centro de Granada? Todavía no lo habían arreglado cuando estabas, en aquellos últimos días. Comenzaron las obras al poco de irte y han durado mucho tiempo. Yo lo fui visitando casi todos los días y por eso he seguido todo el proceso. Ya por fin terminaron las obras hace ahora tiempo y, en estos primeros días de la primavera, lo han decorado un poco más.

Varias tardes seguidas llevo yendo a este sitio y por eso tengo claro qué es lo que por aquí pasa. Y pasa y pasaron muchas cosas, todas interesantes, algunas cargadas de melancolía y otras llenas de colores, luces y sombras. Y, en todas estas últimas tardes, siempre estuviste y sigues estando conmigo, a pesar de la lejanía y el tiempo. Siempre me anima tu recuerdo aunque al mismo tiempo me llene de tristeza. Y lo que más ¿sabes qué es?

Sí, la primavera. No puedo borrar de mi mente que fue al comienzo de esta estación del año cuando te fuiste para siempre. A tu cielo concreto, a tus praderas eternas, a tus rincones de luz e hierba, a tus ríos cristalinos, a tu libertad, a lo mejor de los sueños que junto a mí soñaste. Te fuiste al comienzo de la primavera de aquel año de tanta lluvia y tanta hierba y tantas flores. También este año ha llovido mucho y por eso otra vez la primavera se ha presentado cargada de flores, de hierba fresca y de colores. Y por el rincón de las nogueras, donde duermes desde aquel día que te marchaste a tu cielo, los rosales silvestres han brotado ya. Se han cubierto con

nuevas hojas las nogueras, tienen nuevos brotes las encinas y los pinos y se han llenado de grandes ramos de flores todos los lilos. Entre sus ramas, la otra tarde, revoloteaban las mariposas, las abejas y las libélulas.

Y al ver tantas flores, tantas delicadas mariposas y todo tan verde, la otra tarde me llené de tristeza. Porque mi corazón te recuerda y sabe que en este recogido y apartado rincón del Planeta, duermes en silencio tu eternidad perfecta. Desde aquellos primeros días de la primavera de aquel año lejano. Y todo sigue como si nada hubiera pasado. Pero el tiempo no ha dejado de correr y con él te llevó para siempre. Se llevó, a los pocos días, a nuestra amada Princesa, a tu querida Raky y también a Guela, Lera, Yulia, Albina…Una lista no muy larga pero sí muy concreta y sincera. Y creo que lo mejor de cuanto Dios ha creado en este suelo.

A veces pienso que sueño y que tanto tú como todas ellas y demás personas que han sido amigos nuestros, nunca habéis existido de verdad. Que sois espejismos de mis deseos. Pero el corazón me duele y casi vive exclusivamente del recuerdo. En la soledad más grande y sin esperar nada más que la llegada del fin de los tiempos. Y por eso no quiero que te borres de mi alma ni que se borren tampoco ellos. Por eso, en estos días primeros de esta nueva primavera, casi cada tarde me voy a dar un paseo por el gran Bulevar de la Constitución. También han brotado por ahí los tulipanes, los rosales, los lilos, los árboles… Y justo en estos días han puesto, a lo largo de todo el paseo, algunas imágenes de personajes importantes de Granada: De Lorca, del Gran Capitán, de María la Canastera, de Manuel de Falla… Para que tampoco se borren de la memoria de las personas y para decorar, de alguna manera, este nuevo bulevar de Granada.

Todo, creo, muy interesante y con muchos colores de primavera. Pero tú no estás ni la Princesa ni Raky. Por eso hoy, en esta mañana de primavera, te recuerdo y te ofrezco este pequeño homenaje. Porque ¿sabes? Por muy hermosa que

sea Granada y el Bulevar de la Constitución, como tú me faltas y me falta la Princesa y todas aquellas personas que tanto hemos querido, yo no soy feliz. Siempre tengo en mí tristeza y siempre me noto con el corazón vacío. Porque sigo deseando, como cuando estabas, compartir la vida y mis sueños. No con cualquiera sino contigo, la Princesa y el puñado de amigos que dimos cobijo en el corazón.

Por esto te digo, una vez más, que este Bulevar de la Constitución en el mismo corazón de Granada, es hermoso y me gusta. Lo han dejado muy bonito y agrada pasear por ahí. Yo también lo hago y saco fotos y me siento en los bancos. Pero como no estás ni están ningunas de las personas queridas, vivo triste. ¡Qué pena que no conozca esto! ¡Y qué pena que todos os hayáis ido tan lejos! Como ya te he dicho, es primavera y todo se ha llenado de flores, de olores, luces y sombras. Granada está muy bonita y por eso es duro, muy duro vivir por aquí con tantas ausencias.

Álbum de fotos del Bulevar de Granada
http://www.facebook.com/album.php?aid=57242&id=1112504705&l=f42c78b03f

En busca de su príncipe azul

I- Le dijeron:
- En Granada, encontrarás el príncipe azul que tantas veces has soñando.
Y, al oír esto, a la muchacha se le llenó de ilusión el corazón y por eso enseguida preguntó:
- ¿Y en qué lugar de Granada y época del año?
- El lugar es cerca de la vieja muralla del Albaicín y él aparecerá justo el primer día de la primavera, un poco antes de que se ponga el sol.
- ¿Cómo sabes todo esto?

- Loe leí un día en un libro muy viejo. Por eso estoy muy seguro que no es ningún cuento. ¿Sabes? Yo, porque no tengo dinero para viajar hasta Granada y menos en esta época del año que sino, te aseguro que por nada del mundo me perdería este acontecimiento. ¿Te imaginas lo bonito que sería encontrar al príncipe que tanto andamos soñando?

Y ella no dijo ni preguntó más en aquel momento. Pero sí comenzó a imaginarse lo bonito que sería. Por eso, cuando unos días después se encontró con su amiga, de nuevo le preguntó:
- Y en ese viejo libro ¿se dice cómo será el momento de su aparición?
- Se dice y con mucha claridad.
- ¿Puedes contarme algo?
- En el relato se cuenta que minutos antes de que él se presente habrá dos señales muy claras.
- ¿Como por ejemplo?

Y la amiga, también muy ilusionada y convencida del relato del libro, comentó a la muchacha:
- Momentos antes de que se ponga el sol, en ese primer día de primavera y justo cuando ya esté a punto de llegar, sonará una música muy bella.
- ¿Música?
- Sí, entre clásica y moderna, suave y muy hermosa.
- ¿Y quienes tocarán esta música?
- No te lo vas a creer pero las melodías manaran no de instrumentos musicales o de grupos sino que fluirá como del viento. De algunas de las nubes que en ese instante habrá repartidas por el cielo.

La muchacha guardó silencio por unos segundos sin dejar de imaginar y luego preguntó otra vez:
- ¿Y alguna otra señal en el momento de su llegada?
- La más importante.
- ¿Cuál será?
- El brillo del sol.

- ¿Qué sucederá?
- Justo antes de ocultarse al fondo de la Vega de Granada, refulgirá con un color y luz nunca antes visto. Será como si ardiera y, al mismo tiempo, desprenderá colores maravillosos.
- ¡Qué extraño es todo esto!
- Puede que a ti te lo parezca pero yo creo en ello. Y ya te lo he dicho: porque no tengo ni dinero ni medios para ir a Granada que sino te aseguro que por nada del mundo me perdería este acontecimiento.

II-

Como un sueño

Preguntó:
- Esa planta que dices ¿existe de verdad?
- La he visto con mis propios ojos y, con estas manos, la he tocado muchas veces.
- ¿Y dónde se encuentra?
- No muy lejos de aquí, entre el bosque de una ladera y muy cerca de las rocas. Sé su nombre y sé también en qué época del año muestra más belleza.
- ¿Puedes llevarme hasta ese lugar y mostrármela?
- Cuando tú quieras.
- Pues por mí, si a ti no te importa, mañana mismo podemos ir a verla.
- Vendré mañana y te llevaré al sitio donde crece esa planta.

Se despidieron y aquella noche se llenó el cielo de nubes espesas. Sopló fuerte el viento y, unas horas después, comenzó a llover. Abundantemente y con mucha fuerza. Como si las mismas puertas del cielo se hubieran abierto y derramaran sobre la tierra ríos enteros en cascadas gigantes. En su casa, sentado frente a la ventana estuvo gozando del cascabeleo de la lluvia. Casi a lo largo de toda la noche y también en todo momento sin dejar de pensar en ella. Aunque más que pensar lo que hacía era rezar, simplemente por rezar y para que de ningún modo en su alma se le muriera. Porque,

desde hacía mucho tiempo, ya casi una eternidad, nada sabía de ella. Por eso hasta había perdido la esperanza de que algún día volviera. Sin embargo, día y noche y en cualquier época del año, luchaba para mantenerla viva en su corazón.

Amaneció y la lluvia seguía cayendo. Solo a ratos amainaba y luego volvía con la misma o más fuerza. En la torre de la iglesia del pequeño pueblo en la ladera, se oyeron los chillidos de algunos mirlos y el crujido de las ramas de los cipreses. Se acercaba la hora que habían fijado para el encuentro. Y a la hora exacta lo vio subir por la calle. Envuelto en su impermeable y portando su mochila. Le salió al encuentro abriendo la puerta y lo saludó preguntando:

- Con tanta lluvia como está cayendo ¿podremos llegar a donde me has comentado?

- Por mí, estoy dispuesto. ¿Tú te animas?

Tardó unos segundos en responder porque, rápido pensó en ella y luego escuchó la voz de su corazón. Contestó diciendo:

- Yo también estoy preparado. Cuando tú quieras.

Y no perdieron más tiempo. Del armario en la estancia de su habitación cogió la mochila, se envolvió en su impermeable, tomó un bastón para apoyarse al caminar por las inclinadas tierras de la ladera y salieron fuera. A la pequeña calle empedrada y en pendiente y, bajo la lluvia, en silencio caminaron. Como si estuvieran muy convencidos y seguros de la determinación que habían tomado. Y como si su aventura formara parte de algo muy importante.

No tardaron mucho en dejar atrás las calles y casas del pueblo. Tampoco tardaron mucho, siguiendo la pequeña senda de tierra y por la solana, en descender al barranco. Por donde el arroyo grande bajaba repleto. Buscaron el puentecillo de piedra, el que todos por el lugar conocían como “el puente romano”, y cruzaron el cauce del arroyo. Siguieron ascendiendo y, como media hora después, se encontraban

frente a los escalones rocosos, por donde el río se despeñaba. Dijo al que guiaba:
- Espera solo un momento.

Detuvieron sus pasos y dejó que observara despacio el rincón por donde las aguas corrían. Miró durante un buen rato sin pronunciar palabra, con sus pensamientos ocupados por completo en los recuerdos y con su alma como perdida en el tiempo. Luego dijo:
- Podemos seguir cuando quieras.
Y el que guiaba quiso preguntar pero no lo hizo. Le parecía prudente respetar su mundo interno. Pero sí, como unos veinte minutos después, comentó:
- Ya estamos cerca. ¿Estás preparado?
- Claro que sí.

Subieron por entre los pinares de la ladera, atravesaron el pequeño bosquecillo de robles, sortearon dos o tres regajos y, al salir al raso, aparecieron las rocas. Blancas como plata recién pulida. El que guiaba se adelantó, dio algunos saltos por encima de estas rocas y al fin se paró. Miró al que le acompañaba, señaló con su mano y dijo:
- Ahí puedes ver lo que hemos comentado y venimos buscando.

Y al mirar las vio. Como un abanico abiertas, chorreando por el agua de la lluvia y destellando un hermosísimo verde claro. Observó despacio, se agachó, tocó con sus dedos sin intención de arrancarlas y preguntó al que guiaba:
- ¿Cuántas personas en este mundo conocen este sitio y estas plantas?
- Creo que yo soy el único y tú ahora.
Se levantó, miró para el barranco, por donde las nubes revoloteaban y la lluvia seguía derramándose. Pensó en ella y susurró en su corazón: “Solo en la eternidad, en el cielo de nuestros sueños, allá donde el tiempo es otra realidad, podrás un día compartir conmigo esta belleza”.

Frente a las estrellas

Era Sábado Santo. Y el día amaneció muy sereno, con solo algunas nubes en el cielo, sin frío ninguno y con la primavera toda abierta. Por esto, la pequeña ladera de las rocas, se vía engalanada de romeros florecidos. También de almendros cargados de verdes hojas y frutos tiernos. Y por entre los romeros y almendros comenzaban a brotar las nogueras, los membrillos y los cerezos. Todo con una fuerza y color como hacía mucho no se había visto por el lugar. Porque a lo largo de todo el invierno, las lluvias habían sido muy abundantes, las nevadas muy copiosas y las nieblas habían revoloteado sin para por laderas y barrancos.

Y aquella mañana de Sábado Santo terminó de dar los últimos toques a la pequeña casa, alzada sobre la roca alargada. En ella había trabajado durante muchos años, tallando primero los cimientos, levantando luego las paredes piedra a piedra y colocando marcos de madera en puertas y ventanas. Con la ilusión más ardiente y siempre pensando en ella. Porque de ninguna manera quería borrarla de sus pensamientos y porque siempre soñaba ofrecerle el más bello palacio del mundo. En la soledad más absoluta de las montañas, donde la naturaleza mostraba el más limpio esplendor y donde por las noches brillaba con más fuerza las estrellas. Por esto y también a lo largo de los años, había cuidado con esmero almendros, romeros, nogueras y demás plantas de la ladera. Y por esto había construido la pequeña casa de piedra sobre la pura roca, en la parte alta de la ladera, mirando al barranco del río, frente al sol de la tarde, muy cerca del arroyo cristalino y desde donde se veía los mejores azules del cielo.

Y aquella mañana, ya vísperas del Domingo de Resurrección y día en que él soñaba que llegaría, dio los últimos retoques a la casa. Caminó luego un poco por el lado derecho y a unos cincuenta metros se paró. Se volvió, miró de frente a la casa y la vio espléndida. Toda de piedra, complementada con maderas naturales, color caramelo, cielo y fuego y limpia como el mismo viento que por toda la ladera se paseaba. Y muy satisfecho volvió a pensar en ella y en el palacio tan único que le tenía preparado. El mejor palacio del mundo y justo donde años atrás había soñado.

Caminó luego un poco más, se vino para el lado de la derecha y buscó las aguas del arroyo. Justo por donde los charcos azules y las blancas cascadas. En uno de estos charcos se lavó las manos, bebió y luego comenzó a subir por el borde de la corriente. Saltando de vez en cuando charcos azules, pequeñas cascadas, limpias payas de arena, sombras de adelfas, fresnos y majuelos y se aproximó al manantial primero. Justo por donde la senda cruza el arroyo para acercarse a la casa por el lado de atrás y desde arriba. Aquí se paró y volvió a mirar despacio la construcción de lo que era para él el más hermoso palacio de la tierra. Y por eso otra vez le pareció único y exactamente lo que ella merecía.

Caminó luego por la senda en sentido contrario, imaginando que ya iba a su encuentro y al poco se paró. Al lado de la alta roca y en lo más elevado de la ladera. Subió, por el lado derecho, a la parte alta de la roca y en el mismo sitio de siempre se sentó. Mirando de frente al camino que venía desde la ciudad y con la figura de su pequeño palacio en el lado de la derecha. Y como rumiando en forma de deseo y oración en su corazón, se dijo para sí mientras escribía en el pequeño cuaderno:

“Mañana ya es Domingo de Pascua, día hermoso donde los haya y por eso es el mejor día para que Llegues. Desde que te fuiste es lo que a todas horas he estado soñando. Y ahora ya tengo para ti tu palacio preparado. En medio de los

paisajes que siempre soñaste y donde por las noches brillan las estrellas con unos colores fantásticos. Puedes venir en cualquier momento. Te sigo esperando con mi corazón ilusionado. Ninguna otra cosa sueño ni quiero. Solo a ti y a tu presencia en estos campos y a mi lado. Porque sigo pensando como cuando estabas: que nada, ninguna otra cosa tiene más valor en este mundo que soñarte y soñar el cielo que en las estrellas tenemos reservado. Vuelve y llega. Todo para ti Dios y yo lo tenemos por aquí preparado".

Y cerró su cuaderno. Siguió mirando al camino por donde esperaba verla llegar mientras se recreaba en la música del agua del arroyo. El sol iluminaba con una luz muy espacial toda la ladera de los romeros y la pequeña casa de piedra levantada sobre la roca alargada. Como pórtico de Domingo de Pascua, día único y hermoso como ningún otro a lo largo del año.

El loco engreído

Al norte de la ciudad, ya a las afueras y en la ladera, se alzaba la casa. Rodeada de un buen trozo de tierra donde crecían muchos árboles y los jardines eran muy espesos. También abundaban mucho los lirios, las violetas, los narcisos, los tulipanes y las rosas. Pequeñas fuentes de aguas claras y rumorosas acequias, completaban con delicadeza, la luz y sombra y colores de este singular paraíso.

Y la casa, muy blanca y toda ella perfectamente camuflada entre cedros, cipreses, naranjos y arces, estaba ocupada por un grupo de hombres. Todos mayores pero todos cultos y por eso con muy buenos títulos. Se dedicaban ellos a los estudios, a la investigación, a dar clases y a compartir con la sociedad la mejor filosofía para la vida. Y hasta parecía que

el gran roble que crecía en la misma entrada de la gran casa, majestuosamente los dignificaba.

Más de trescientos años tenía el grandioso roble y casi otros tantos la gruesa higuera que llenaba el hueco de la puerta a la derecha. Y era una gloria ver solo estos árboles, pasar por debajo de ellos, rozar sus ramas o sentarse a la sombra al fresco. Y así era como lo sentía y disfrutaba el anciano calvo que cada día regaba estos árboles, los contemplaba y se sentaba a su sombra. Y le gustaba mucho hablar con sus compañeros no solo de estos dos árboles sin también de todos los del jardín de la casa y de los mirlos que por estos sitios vivían y de los gorriones, los ruiseñores y palomas. Siempre decía:
- Qué gloria más grande y qué suerte tenemos nosotros poseyendo este tan singular paraíso.
- Tienes razón.
Le respondía casi siempre algunos de sus compañeros.
- Y a nuestra edad, en este rincón tan especial de la ciudad y con estos manantiales de agua y tantas sombras y silencios, es la mejor fortuna que pueda darnos el cielo.

Y el hombre se iba de paseo por el jardín y se llenaba el corazón de estas maravillas. Todo así de sencillo y natural hasta que un día llegó a la comunidad un hombre algo más joven. Nombrado a dedo por un superior para que cuidara de la casa, del jardín, de los alimentos y demás necesidades que en la casa hacía falta. Y lo primero que hizo el hombrezuelo, nada más encontrarse en el pequeño paraíso, fue cerrar puertas. Y cuando alguien le preguntaba por qué lo hacía, si siempre las mismas puertas habían estado abiertas, respondía:
- Porque lo mando yo.
Y nadie se atrevía a contradecirlo.

A los pocos días contrató a un jardinero y le dijo:
- Aquí soy yo el que manda. Ni chispa de caso debes hacer a lo que te digan los demás.

Y le dio orden para que podara todos los naranjos. Justo cuando estos árboles ya estaban repletos de flores y, entre sus ramas, los mirlos habían hecho los nidos. Uno de estos mirlos hizo su nido en el arrayan del pequeño patio, entre el comedor y la sala de entrada. En cuanto lo vio el hombrezuelo dijo al jardinero:

- Ese nido lo hechas al suelo.

Y al enterarse los demás dijeron molestos:

- Pero hombre si es un privilegio que una de estas avecillas venga a hacer su nido aquí tan cerca de nosotros.

- Será así pero yo soy el que manda y he decidido que ese nido se destruya.

Y el jardinero obedeció.

También obedeció cuando unos días más tarde dio orden para que se cortaran más de la mitad de los pinos de la ladera sur. Y al enterarse el hombre calvo también dijo:

- Ten en cuenta que estos pinos alguien los sembró aquí hace ya muchos años. Y también a lo largo de muchos años varias personas los han estado regando.

- Pero yo decido que se corte y no hay nada más que hablar.

Una semana más tarde, a primera hora de una mañana de sábado frío, se presentaron cinco hombres con un camión grande, una máquina para triturar ramas y cinco motosierras. Y el hombrezuelo salió a recibirlos y enseguida les dijo:

- Empezad por allá y cortad todo lo que se os antoje.

Y a la media hora ya estaban todas las sierras funcionando. Cortaron más de cincuenta pinos, varios olivos, seis almezos, diez viejos granados, cinco castaños de troncos recios, todos los arbustos de madroños, romeros, durillos… Y también los cilindros, dos o tres macasares, dos lilos de flores moradas y blancas y el gran cedro centenario. El más Anciano, hermoso y recto como una vela. Dijo el hombrezuelo:

- Lo cortáis en trozos y os lo lleváis junto con la peana y los demás árboles.

Todo el día estuvieron con las motosierras en marcha y triturando ramas con la máquina. Y todo el día los mirlos, palomas, ruiseñores, gorriones y ardillas, estuvieron de un lado para otro desconcertados y buscando algo de paz. Y cuando ya caía la tarde, los de las máquinas llegaron a la puerta de la casa y se pusieron con el roble centenario. Primero le cortaron las ramas bajas, luego las más gruesas y al final lo cortaron a ras del suelo. Cayó con la dignidad del más noble y junto con él la vieja encina y la higuera. Y el hombre calvo, todo humillado y en su corazón muy dolido, dijo al hombrezuelo:
- Es un crimen lo que estás haciendo.
- Lo será pero ya sabes que en esta casa, jardín y bosque, soy yo el que manda.

Y el hombre calvo se fue ahora a sus compañeros y preguntó:
- ¿Cómo es posible que estemos gobernados por un loco?
- Pagará algún día por lo que está haciendo.
- Pero un árbol con trescientos años no se cría de la noche a la mañana. Es un patrimonio que pertenece a la humanidad entera. ¿Cómo es posible que tan alegremente pueda destruirlo un loco?

Espejo de la primavera y de Granada

"Comienza la primavera y tú, aunque no estás, sigues viva en mi recuerdo y alma. Te regalo, una vez más, Granada entera, vestida hoy de novia primaveral, azul y nieve y te regalo la magia, el sol y colores de la Alhambra.".

El día se presentó muy sereno. Con el cielo todo azul intenso, varias nubes blancas, sin viento ninguno y el clima templado. Solo a primera hora hizo un poco de frío y luego, en cuanto salió el sol, la temperatura fue subiendo. Un sol brillante y cálido, como siempre lo es en los primeros días de la

primavera en Granada. Era sábado, anterior al Domingo de Ramos.

Y él, por la estrecha senda que se agarra a la torrentera, caminó despacio. Por su derecha iba quedando la blanca y ampulosa cascada. En las altas cumbres ya empezaban a derretirse las nieves y por eso el arroyo bajaba casi a tope. También por esto la cascada caía más llena que nunca y más luminosa que ningún otro día del año. Se paró en la curva que la senda traza justo frente donde la cascada es más grande. Tan cerca de las aguas que casi podía tocarlas con sus manos. Y miró despacio a las aguas y luego observó los rayos de sol cayendo desde lo más alto. Como si se derramaran desde la misma nieve de las altas montañas. Meditó durante un rato y la recordó.

Siguió luego subiendo hasta que media hora más tarde, llegó a lo más elevado. Donde las tierras se tornan llanas y el pequeño lago se extiende plácido. La fresca hierba tapizaba limpia, un par de tórtolas arrullaban en las ramas del viejo castaño y la inmaculada nieve relucía esplendorosa en las cumbres. Cerca de las aguas del pequeño lago se mecían los narcisos, algunas peonías, muchas margaritas y más de una docena de otras frescas florecillas. Y en las limpias aguas del lago, el azul del cielo se reflejaba. Con la nitidez de la imagen más limpia en la superficie del más bruñido espejo y como si jugara.

Por el lado de arriba, casi bajo las ramas del centenario castaño, buscó un sitio y se sentó. Sobre una gran roca, frente al sol de la mañana y frente a las serenas aguas del lago. Al fondo se veía la ciudad de Granada y, emergiendo como del propio corazón de la ciudad, se veía el barrio del Albaicín y la Alhambra. Como si pretendieran elevarse desde la tierra y venirse a jugar con las tranquilas aguas del lago. El día seguía muy sereno y el cielo sangrando azul intenso.

Sacó su pequeño cuaderno de la mochila, cogió el bolígrafo y despacio escribió: “A este lugar no te traje nunca. Pero hoy, cuando la primavera comienza y la Semana Santa llega, me vengo aquí contigo. Aunque solo sea en forma de recuerdo y sueño en mi corazón y alma. Todo brilla con la luz más fresca y la más sincera belleza. Y en las aguas azules de este lago ahora mismo se refleja Granada, tu recuerdo, la nieve de las cumbres de Sierra Nevada y el sol purísimo de la hermosa mañana. Como si hoy fuera un día único. Por eso todo es como en aquellos tiempos y por eso jamás te borras de mis pensamientos. Te regalo este momento, la limpia luz de estas aguas, el verde de las ramas del viejo castaño y todas las florecillas que la primavera viene regalando. Te regalo, una vez más, Granada entera, vestida hoy de sol primaveral, azul y nieve y te regalo la magia y colores de la Alhambra. Comienza la primavera y tú, aunque no estás, sigues viva en mi recuerdo y alma”.

Y después de escribir esto cerró su cuaderno. Guardó el bolígrafo y, junto a las serenas aguas del lago, se quedó sentando. Contemplando y meditando y agradeciendo. Como si ninguna otra cosa fuera más importante en su vida en ese momento.

21 - Festival de música y danza, historia de un sueño

Del Festival de Música y Danza de Granada, también hablé. Y te di noticias con entusiasmo para animarte y que no te perdieras estas cosas tan buenas. ¿No te acuerdas? Un día dije:

- Antes de marcharte deberías aprovechar e ir a los conciertos en la Alhambra, a las obras de teatro en el Generalife, al cante flamenco en el barrio del Albaicín, al baile en el Corral del Carbón…

Y preguntaste:

- ¿Estás pidiendo que me anime y que no me pierda el gran espectáculo de este festival de música y danza?
- Exactamente esto es lo que digo.

Pero te fuiste de esta ciudad y todavía no sé si algún día disfrutaste de alguno de estos conciertos, obras de teatro o cante flamenco. Ya te habías ido de Granada. Desde hacía casi un mes vivías en tu reino del Alma. Pero como por los rincones de Granada, te has quedado con tanta fuerza, tuve un sueño y vi las cosas de esta manera:

Una carroza color oro y plata, se acercó a tu residencia. Llegaba tirada por cinco hermosos caballos. Los dos más cerca de la carroza, rojos, los dos siguientes, negros y el primero, en solitario y como guiando a los cuatro de atrás, blanco. Vienen a recogerte para llevarte a un gran concierto que se celebra en Granada. Los caballos que tiran de la carroza se paran en la misma puerta de tu residencia. Un joven muy elegante, vestido de blanco, te esperó unos minutos y, al verte salir de tu vivienda, se te acercó ofreciéndote sus respetos. Te saludó cortésmente y te dijo:
- Sube a esta carroza. La he traído para que vayas al gran concierto que hoy se celebra en Granada.
Le diste las gracias. Toda estabas vestida de blanco, como la misma luz del alba. Subiste a la carroza y el joven dio órdenes a los caballos para que se pusieran en marcha. Lentamente lo hicieron y, por la amplia avenida de tu ciudad universitaria, se deslizó la carroza. Arrastrada por los cinco hermosos caballos que te he dicho y brillando al primer sol de la mañana.

Surcaste, subida en esta carroza, varias de las calles más bellas de Granada: Jardines del Triunfo, Gran vía de Colón, Reyes Católicos… Y, ya en Plaza Nueva, el joven te dijo:
- Hemos llegado. Este es el sitio.
Te ofreció su mano para ayudarte a bajar de la carroza y, en ese momento, le preguntaste:
- ¿Dónde es el concierto?

Te indicó él con su mano diciendo:
- Mira al frente y verás el escenario.
Miraste y tus ojos se asombraron. Todo estaba, para ti, hermosamente preparado.

El gran escenario, como de cristal transparente y colocado sobre invisibles pilares de viento, se abría ampuloso desde Plaza Nueva, río Darro arriba, por las laderas de la Alhambra y las del barrio del Albaicín. Pero todo, balcones, palcos, sillones, suspendidos en el aire por encima de las casas y de las aguas del río Darro. Y, en el centro, a la altura del Paseo de los Tristes, estaban los músicos preparados. Esperando tu presencia para dar comienzo al concierto. Todos también vestidos de blanco y con sus instrumentos brillando como el oro de la carroza. ¡Que fabuloso escenario y qué resplandor azul claro desprendías!

A una señal del joven, te sentaste en el balcón de cristal que colgaba desde la cumbre de la Alhambra. Todos los demás espectadores también se sentaron y, a una señal del director, la orquesta inició su concierto. ¡Qué música más bella comenzó a oírse y qué serenidad y sensación de cielo se derramaba por el gran barranco del escenario! Muy concentrada y atenta, desde tu mirador de viento, escuchabas. Y la música resonaba como manada de las aguas del río. ¡Qué gran concierto y qué delicadamente bello se percibía todo!

Yo solo podía ver desde no sé qué lugar invisible. Pero veía y estaba alegre. Me decía, como susurrando al viento: “Por fin has venido a los conciertos del Festival de Granada. Antes de que te fueras yo quería que gozaras de esto”. No dijiste nada. Pero ahora, esta mañana, cuando me despierto, el sueño que acabo de tener, también me alegra. Por fin ya he visto cumplido mi deseo. Aunque solo sea en sueño.

Sin embargo ahora y, para tu información, te pongo aquí dos pinceladas de lo que ha sido, este año, el evento: Del 22 de junio al 8 de julio de 2007 se celebró la 56 edición del

Festival Internacional de Música y Danza de Granada con un notable éxito de público y de crítica. Esta es una de las citas más atractivas a comienzos de verano en España. Tiene su origen en los conciertos sinfónicos que desde 1883 se celebraban en el Palacio de Carlos V y en el Concurso de Cante Jondo, convocado en la Plaza de los Aljibes de la Alhambra en 1922, con la asistencia de Federico García Lorca, Manuel de Falla, Ramón Gómez de la Serna, Santiago Rusiñol y otros intelectuales y artistas de la época.

Constituye una verdadera eclosión de actividades artísticas, con gran repercusión nacional e internacional, celebradas en los rincones más emblemáticos de la ciudad. Los conciertos de grandes orquestas sinfónicas en el Palacio de Carlos V, la danza y el ballet en el teatro al aire libre de los Jardines del Generalife, los recitales en el Patio de los Arrayanes de la Alhambra, conciertos matinales en iglesias y monumentos de Granada, junto a los trasnoches de flamenco y músicas del mundo en los barrios típicos del Albaicín y el Sacromonte, congregan cada año a más de 30.000 personas, que acuden atraídas por la magia del espectáculo en espacios únicos. Todo ello, unido al mejor patrimonio de Granada, sus monumentos, sus jardines y su historia, sumergen a la ciudad y al visitante durante los primeros días del verano en una atmósfera de fiesta que crece año tras año.

Este año se ha vendido el 97.5% de las entradas y ha sido secundado por unos 58.147 espectadores. La recaudación en taquilla es aproximadamente de 654.000 euros. Los Curso Manuel de Falla concentraron a 168 alumnos de toda España. Del aforo puesto a la venta, 26.663 localidades, se vendieron 26.001, lo que supone una ocupación del 97.5%. A esta cifra hay que sumarle el número de asistencia a otros conciertos, Matinales y Cafés Concierto, que asciende a 2.991 personas, lo que aumenta el aforo total en 28.992.

El hombre del saco dorado

La primera vez que lo vi fue una tarde de verano. Una muy calurosa tarde, casi a mediados de agosto, con el cielo completamente azul, sin pizca de viento que se moviera y con un gran concierto de chicharras atolondrando por todas partes. Todo respirando y transmitiendo monotonía y bochorno, como tantas y tantas tardes en los largos veranos de Granada.

Por eso, aquella ardiente tarde estival, buscando un poco de alivio, me fui por la Carrera del Darro. Paseo hermoso donde los haya y el más visitado y recorrido en esta mágica ciudad. Muchos lo llaman “El paseo romántico más bello del mundo” y, aunque creo que no en para tanto, sí podrían tener algo de razón. Discurre este paseo desde Plaza Nueva, todo el río Darro arriba hasta la misma Fuente del Avellano. A la izquierda, según se remonta, van quedando las callejuelas, palacios y casa del Albaicín Bajo y a la derecha, el cauce del río, los viejos puentes, un trozo del original barrio Almanzora y luego la colina de la Alhambra, con su bosque y el gran palacio en todo lo alto. Por eso, aquella tarde y mientras recorría este bonito paseo, iba en todo momento acompañado por el chirriar monótono de las chicharras.

Llegué al último tramo del recorrido, una hermosa plaza, muy conocida en Granada con el nombre de Paseo de los Tristes. Desde este sitio se ve muy bien la Alhambra en todo lo alto, el bosque que por el lado norte le protege, el barranco por donde desciende un riachuelo con aguas muy claras, los álamos meciéndose junto a las torres de la muralla y la gran Torre de la Vela y la de Comares. Entre estas dos majestuosas torres, las que más destacan e imponen vistas desde el Paseo de los Tristes, hay otras torres menos importantes. Se les conocen con el nombre de Torre de las Armas, Torre del Homenaje y Torre de las Gallinas. Esta última, ya muy próxima a la Torre de Comares, parece que es la de menor categoría, por su tamaño y poco publicitada en las guías para los turistas.

Pero tengo que decir que, según lo que hasta hoy sé, la pequeña Torre de Las Gallinas, no es tan insignificante como parece.

Y sí es cierto que la Torre de la Vela y la de Comares, son las más famosas en todo el conjunto de la Alhambra. Y lo son, claro que por su belleza y robustez pero también por lo mucho que destacan. Se les ve claramente desde muchos de los rincones de la ciudad de Granada, parte del barrio del Albaicín, Sacromonte y este paseo del Darro. De aquí que, una visita al rincón del Paseo de los Tristes, no solo sea placentera por la luz y fresco en verano sino que es muy obligada para gozar de la vista de las dos torres que he dicho.

Recorrí despacio la plaza, me paré unos minutos junto a la fuente que hay en el centro, observé a las personas ir y venir y a las que también por aquí se entretenían en sus cosas: algunos cantando para luego pedir unas monedas, otros leyendo sentados en el muro del río, unos pocos tomando algo en las terrazas de los bares que por aquí hay y muchos haciendo fotos a la Alhambra. Porque este lugar, además de todo lo que he dicho, también es muy bueno para hacer fotos y pintar cuadros. Cosa que, des vez en cuando, algunos hacen. Y también dibujan o escriben algo. Yo mismo, practico esta activada en algunas ocasiones. Por eso repito que este rincón, famoso Paseo de los Tristes, no se parece a ningún otro en toda la ciudad de Granada.

Di por terminado mi breve parada y seguí subiendo. Dejé atrás el recinto de la plaza, también la fuente y el trozo de muro donde algunas chicas sentadas charlaban y me fui acercando al puentecillo. El último puente de piedra que el río Darro tiene por aquí y que se le conoce con el nombre de "Puente del Aljibillo". A la sombra del almez que aquí mismo crece, clavando sus raíces en el muro de piedra, me detuve un momento. Es un sitio éste muy, pero que muy bello. El almez tiene ramas muy espesas y eso hace que dé una sombra única. Densa y algo oscura, cosa que en verano es lo que más se

desea. También alegra la corriente del río que se ve perfectamente desde aquí y la visión del bosque que chorrea desde la Alhambra.

Unos minutos después también dejé atrás la sombra del almez, terminé de cruzar el puente, me vine un poco para el lado de la izquierda, me alejé del cauce del río y busqué el camino de tierra. Sí, el que enseguida empieza a remontar como si pretendiera adentrarse en lo más profundo de la ladera. La pendiente que cae, tupida de monte y muy inclinada, desde el Generalife para el río Darro. Y por eso a esta ladera se le conoce con el nombre de "Dehesa del Generalife". También propiedad del Patronato de la Alhambra y Generalife. De aquí que en esta ladera, parte del río, la cumbre del Llano de la Perdiz y tierras cercanas al Paseo de los Tristes, la vegetación sea muy densa, robusta y alta. Y de aquí que estos bosques, en cuanto el otoño llega, se llenan de asombrosos colores.

Hoy no era así porque todavía el verano estaba muy presente. Pero yo, fui poco a poco tomando la cuestecilla que va llevando al centro de la asombrosa ladera. Y, en unos metros, comencé a dejar a mi derecha y lado de arriba, las paredes y jardines del Carmen de los Capiteles. Sí, uno de los cármenes más grandes y bellos de toda Granada. Pero, por desgracia, imposible de conocer por dentro. Es de propiedad privada. Sin embargo, siempre que paso por aquí, me quedo mirando y sueño que algún día pueda conocerlo, si tengo suerte.

En unos minutos remonté la pequeña cuesta en el camino de tierra y comencé a toparme con la ladera. El sol me daba por las espaldas quemando con fuerza y por eso, comencé a sudar mucho. No le di importancia pero, en cuanto llegué a la parte llana, busqué una buena sombra para descansar y reponerme un poco. La encontré en un almez que crece justo al borde del camino, unos metros antes de la Fuente del Avellano y en el mismo surco del arroyuelo que baja

de la Silla del Moro. Aquí y a la sombra de este árbol, volví a detener mis pasos con la intención que ya he dicho y por eso busqué el sitio apropiado y me senté. Justo al borde del camino, mirando al río y procurando que el leve vientecillo me refrescara. Con el sudor que ya empapaba gran parte de mi cuerpo, aunque solo hubieran sido unas briznas de viento, sabía que me iban refrescar mucho. Y, en tan calurosos días del verano en Granada, un alivio tan natural, es lo que más apetece.

Por este camino, paseo tranquilo y bello que lleva y trae a la famosa Fuente del Avellano, siempre va y viene mucha gente. Buscando simplemente lo que yo: escapar un poco de la monotonía de la tarde y disfrutar la naturaleza de estos sitios. Pero aquel día nadie caminaba por aquí. Todo se veía por completo solitario y en su característico silencio. Tranquilidad que solo quedaba empañada por el canto de las chicharras y los trinos de algunos pajarillos. Pensé que, como yo, se refugiaban entre las ramas del bosque para soportar algo mejor las altas temperaturas.

Y, un poco ocupado en mis cosas y otro poco entretenido con los paisajes, río arriaba hacia la Fuente del Avellano estaba yo, cuando me alertaron los chillidos de un mirlo. Levantó vuelo de entre la espesura de unos álamos, unos cien metros camino arriba hacia la fuente, y se vino rápido para donde me encontraba. No me había visto y, por eso, al llegar al árbol que me daba sombra y descubrirme, más rápido aun se alejó para la profundidad del bosque en la ladera, sin dejar de chillar. No le di importancia pero sí, por curiosidad, miré para el lado de donde había arrancado vuelo. Ya he dicho que fue cerca las tierras que rodean a la Fuente del Avellano, hondo surco del río Darro y por donde Jesús del Valle y Abadía del Sacromonte.

Y lo vi: despacio caminaba, bajando desde la fuente. Venía solo, cubierta su cabeza y casi toda su cara, con un sombrero de paja, vestido con una camisa gris ceniza y con un

saco acuestas. Me quedé mirándolo y esperé a que se acercara. No tardó tres minutos en aproximarse. Siguiendo el camino, pasó muy cerca de mí por el lado derecho y no me vio. Yo estaba sentado algo metido en el surco del arroyo y entre algunas matas de romero y aulagas. Quizá por esto ni me saludó ni se paró. Tal como lo había visto acercarse, siguió su camino, metido en sí y como si llevara en su mente algún asunto importante. Por mi parte, tampoco hice por saludarlo. Me infundio cierto respeto.

Pero, bastante interesado me fijé en él, procurando ver su cara y no pude. La llevaba muy tapada con parte de su sombrero de paja. Sin embargo, sí me fijé bien en su figura, sus movimientos y en el saco color rastrojo, algo dorado y oro viejo, que llevaba acuestas. Y claro que, mientras lo seguía con mi vista, me preguntaba quién sería y qué llevaría en el saco que portaba. Llamaba mucho la atención. Por eso no aparte mi vista de él hasta que lo perdí en la curva del camino, unos cincuenta metros más abajo y dirección al Carmen de los Capiteles y Paseo de los Tristes.

En este momento, estuve tentado de levantarme y, en lugar de continuar subiendo para la Fuente del Avellano, retroceder sobre mis pasos y seguirlo. Algo en mi interior, parecía empujarme a saber más de él. Y, sobre todo, me apetecía averiguar a dónde iba y qué era lo que llevaba en el saco color caña. No me atreví por que algo, también dentro de mí, me decía que no debía molestarlo. Por eso, durante un buen rato, estuve mirando hacia la curva por donde se me había perdido y luego miré para el lado de donde se me había aparecido. Sabía y sé que, por el hondo barranco que por ahí talla el río y laderas de la Fuente del Avellano, hay muchas cuevas. Excavadas en la torrentera y muy camufladas entre higueras, álamos y zarzas. Pensé que quizá viviría en alguna de estas cuevas.

Una semana más tarde, justo también en un muy caluroso día y poco antes de que se pusiera el sol, lo vi por

segunda vez. En el puentecillo de piedra, a la sombra del almez que clava sus raíces en el muro del río, estaba yo sentado. Sí, en el puentecillo que cruza, desde el Paseo de los Tristes a la explanada que hay delante del edifico Rey Chico. El del Aljibillo que es el mismo que ya dije, da paso al camino de la Fuente del Avellano.

Desde aquella primera tarde que lo vi, no podía dejar de pensar en él. Por las noches, antes de coger el sueño, por las mañanas, al asomarme a la ventana, al mediodía y por las tardes. Y por esto y, desde aquel día, volví varias veces al mismo puentecillo, al camino de la Fuente del Avellano y a la Cuesta del Rey Chico. Algo me seguí diciendo que otra vez podría encontrarlo. Y algo en mi interior, también me seguía diciendo que en él había algún misterio maravilloso.

En esta segunda tarde, la sombra del almez me refrescaba y el airecillo me regalaba su caricia sobre un pequeño mar de silencio. Y, me distraía observando a las personas pasar, mirando a la corriente del río y esperando verlo asomar por el mismo camino. Y lo vi. Ya casi no quedaba sol porque se ocultaba tras las torres de la Iglesia de San Pedro. Al fondo del río Darro y al fondo de Granada y de su Vega. Por eso, sobre la colina, la muralla y torres de la Alhambra, se iban tiñendo de color vivo, oro, sangre y fuego. Siempre, al caer las tardes, la Alhambra parece transformase en extraña y a la vez mágica hada que quisiera arrancar vuelo para irse a otras partes del Universo. Y, vista desde este puentecillo, la Alhambra y al caer las tardes, es como el más bello de los sueños.

En esta visión estaba yo distraído cuando, al mirar para el comienzo de la cuesta, lo descubrí. De espaldas ya y comenzando a subir por la callejuela que abre paso a la Cuesta del Rey Chico. Enseguida pensé que había llegado por el mismo camino de la Fuente del Avellano y yo, aunque estaba esperándolo, como también me encontraba distraído en la

tarde y sus luces, no lo advertí hasta que ya subía por el camino.

Me dio un vuelco el corazón y, en esta ocasión, sí me dispuse a seguirlo. Vi que a sus espaldas llevaba el mismo saco dorado, color rastrojo y oro viejo, en su cabeza y parte de su cara, el mismo sombrero y vestía la misma ropa. Pero, como subía dándome las espaldas y lo tenía un poco lejos, tampoco podía ver su rostro. Los últimos rayos de sol de la tarde, muy semejantes al oro líquido o pequeñas lenguas de llamas, se concentraban sobre el saco que portaba a sus espaldas. Y, como el color del saco era semejante a rastrojo añejo, la luz del sol parecía prenderle fuego. Por eso desprendía un brillo tan intenso que me dejaba un poco ciego y no permitía que lo viera a él con claridad.

Sin pensarlo mucho, dejé la sombra del almez, comencé a caminar en busca de la cuesta, fijos mis ojos en él, con el deseo de alcanzarlo. Y, aunque no caminaba muy aprisa, sí enseguida se me perdió en la primera esquina de la Cuesta del Rey Chico. Aligeré mis pasos a fin de acortar distancia y volverlo a ver en cuanto llegara a la esquina. En tan solo unos minutos me encajé en esta esquina y comencé a ver la pequeña recta que hay en los primeros metros del camino. Pero a él no lo encontré. Aligeré más y, sin dejar de escrutar la recta, comencé a dejar atrás las casas, las plantas que rebosan por encima de las tapias y la sombra de las higueras que hay en los patios de estas casas. Descubrí enseguida el follaje de zarzas y álamos que crecen en el barranco que desciende desde la colina de la Alhambra y lo único que vi fue el camino solitario. Pensé que si me daba más prisa, podría encontrarlo tras la siguiente curva que la cuesta traza para la izquierda, pared por donde se amontonan las chumberas.

Pero, detrás de esta segunda curva, Placeta del Rey Chico, lo único que a la izquierda encontré fue una cancela de hierro que sirve de puerta a las últimas casas que hay por aquí. Estaba abierta y por eso, con cuidado y mirando por si veía a

algunas de las personas que ocupan estas viviendas, empujé y entré. Al pequeño espacio que, en forma de patio al aire libre y entre parras, higueras, rosales y otras plantas, acoge a los lados, las puertas de varias viviendas. Un grupo de vecinos, casi todos familiares entre sí, que por su cuenta y sin respetar muchas normas de arquitectura, se han levando aquí sus hogares. Vi que todas las puertas estaban cerradas y el silencio era total. Avancé un poco y me aproximé a la terraza. Donde hay un sencillo mirador, con sillas y baranda de hierro y muchas macetas con flores. La baranda protege para no caer al vacío del primer tramo de la cuesta que acababa de recorrer.

Por que sí, es esto un pequeño balcón y al mismo tiempo mirador desde donde se puede observar todo el Paseo de los Tristes, el surco por donde discurre la corriente del río Darro, el Puente del Alijillo y, algo más arriba subiendo por la Cuesta de Chapiz y a la derecha, el palacio de los Cordovas y laderas del Sacromonte hasta la Abadía. Desde esta zona y algo para la derecha, se ve muy bien la vieja muralla del barrio del Albaicín, las cuevas que hay por la ladera de San Miguel Bajo, las calles y casas del Albaicín, por esta ladera. También subiendo por la Cuesta del Chapiz y a la izquierda, desde el sencillo balcón en la puerta de las casas al comienzo de la Cuesta del Rey Chico, se ve la calle de San Juan de los Reyes, el Carmen de la Victoria, el Mirador de San Nicolás y gran parte de la extensa ladera del Albaicín Bajo. Por donde abundan los cármenes repletos de cipreses, higueras, almeces y muchos rosales. Más al fondo y este lado de la izquierda, se veían las torres de varias iglesias: San Juan de los Reyes, San Miguel Bajo, San José, San Pedro… Desde luego, una muy hermosa panorámica para hacerse una idea y gozar de esta grandiosa parte de Granada.

Durante un buen rato estuve asomado a este balcón, recreándome en las bonitas vistas y rincones que desde aquí se ven. Y, mientras me ocupaba en esto, no dejaba de pensar en él y en su presencia por estos lugares de Granada. ¿Por qué, de algún modo y secretamente, mi corazón me decía que

estaba conectando con todos estos sitios? Al menos, así creí yo que mi corazón me lo anunciaba.

De pronto, a mi derecha y también derecha del balcón y lado que da para donde la Fuente del Avellano, la puerta de una casa se abrió. La última casa, en este espacio alzado sobre la ladera del Generalife, de las siete u ocho recogida alrededor del pequeño patio tupido de plantas. Al oír el ruido que produjo al abrirse, miré. Descubrí la pequeña terraza, arropada a un lado y otro por multitud de plantas con muchas flores, jaulas con pequeños pajarillos colgadas en los lados de la puerta, un perro muy enano que, al salir de la estancia, se vino hacia mí ladrando. Y detrás salió una muchacha que directamente me saludó. Le correspondí y enseguida sentí la necesidad de disculparme. Porque era cierto que me había metido en un rincón muy particular, sin pedir permiso. Muy amable, ella me dijo:
- No se preocupe. Por aquí vienen muchos turistas para hacer fotos, desde el balcón, a los paisajes, flores del patio y también a las puestas de sol. Lo que más les gusta a ellos es la figura de la Alhambra recortada en lo más alto de la colina. Dicen que se parece mucho a la fantasía de un sueño único. Yo, como todos los días y a todas las horas la estoy viendo, no me impresiono tanto.
- Lo entiendo. Pero por mi parte, como al pasar vi la cancela abierta, sentí la tentación de entrar.
- Tranquilo y haga todas las fotos que quiera.
- No son fotos lo que busco sino a una persona.

Y, despacio le expliqué lo del hombre del saco y por qué venía por aquí buscándolo. Luego le pregunté:
- ¿Lo has visto en algún momento?
- No vive en ninguna de estas casas. Pero sí varias tardes, desde hace mucho tiempo, lo he visto subir por la Cuesta del Rey Chico. No lo conozco y por eso no sé quién es ni dónde vive ni qué es lo que busca por aquí.
- ¿Y lo viste siempre con el saco?

- Un saco color oro pálido o miel recién sacada de las colmenas, que siempre trae acuesta y un sombrero de paja que le cubre parte de la cara.
Le di las gracias y me disculpé de nuevo.

Después, comentamos algunas cosas más y, pasado un buen rato, le volví a dar las gracias, regalé una caricia al pequeño perro, salí fuera de la terraza, del patio y del pasillo que va a cada una de las casas y atravesé la puerta de la cancela de hierro. Al volver a pisar el empedrado de la Cuesta y Placeta del Rey Chico, me di cuenta que el sol ya se ponía por completo, al fondo, al otro lado de la colina de la Alhambra y sobre Granada. Por eso, por el mismo tramo y cuesta, comencé a bajar dirección al Puente del Aljibillo. Las farolas que hay en la callejuela y primer tramo de la Cuesta del Rey Chico, se encendieron. Por entre los álamos y vegetación en el barranco que baja desde la colina de la Alhambra, se oía el canto de algunos mirlos. La oscuridad, por este arroyo y bosques de la ladera norte de la Alhambra, comenzaba a extender su capa.

Decidí volver y esto hice. Regresé por el mismo camino, ahora cuesta abajo hasta el puentecillo, lo crucé, recorrí el ancho espacio de la plaza en el Paseo de los Tristes y continué bajando por la Carrera del Darro. Ya por aquí las farolas de la calle proyectaban cálidos abanicos luminosos y las personas se animaban. Con el fresco, en cuanto el sol se pone en las tardes de los veranos en Granada, las personas se animan mucho y salen a pasear. Por eso, a estas horas del día y momentos, algo mágico ocurre en muchas calles, rincones y plazas de esta ciudad y personas que por aquí transitan.

Tres días más tarde, una vez más, regresé al rincón de la Cuesta del Rey Chico. Con el deseo de volverlo a ver para, por fin, acercarme a él, conocerlo y saber el misterio de su saco color miel recién sacada de las colmenas. Y, en esta ocasión no me paré ni en la plaza del Paseo de los Tristes ni en la Placeta del Rey Chico. Metido en mí y con mis pensamientos

ocupados en su figura, caminé y recorrí el primer tramo de esta empinada cuesta. Mirando con mucha atención, sobre todo, por el trozo de camino que va desde la placeta de la cancela de hierro, hasta el rellano de los olivos. Es este trozo de camino el más inclinado, un poco tortuoso y, como discurre empedrado en muy malas condiciones por ser antiguo, la subida es pesada. Aunque aun así, este tramo de la Cuesta del Rey Chico, es muy bello.

Discurre encajado, por la derecha, con la muralla que protege al bosque de la ladera norte de la Alhambra. Junto a esta muralla, pero por el lado de adentro, corre el arroyuelo que se funde con el río Darro a la altura del Paseo de los Tristes. Arroyuelo por el que descienden las aguas que le sobra a la Acequia Real de la Alhambra. No toda, pero sí la que no se usa en las dependencias y jardines de los monumentos de la colina.

Y por la izquierda, según se remonta la empinada cuesta que vengo diciendo, escoltan grandes torrenteras de graba, tierra roja y muchas chumberas. Sí, porque este camino fue excavado en las mismas entrañas de la ladera del Generalife. Aprovechando la depresión del surco del arroyo y por eso sube tan pegado a este cauce y tan pendiente. Por esto también queda tan encajado, a un lado y otro mientras remonta, por la torrentera de la graba y las chumberas.

Sin embargo, no se me hizo a mí pesado ni largo el recorrido de este trozo de ruta. No, porque continuamente iba mirando con el deseo de verlo. También porque, de vez en cuando, me paraba. A descansar un poco para aliviarme del calor de la tarde y a contemplar las bellas vistas que iban quedando a mis espaldas. Y la más hermosa, es la que se abre sobre el barranco del río Darro. Con toda claridad y esplendor, se ve al barrio del Albaicín coronando, aplastado y chorreando en el cerro frente a la colina de la Alhambra. Y, al caer las tardes, con los rayos del sol dándole segados, las casas y

árboles del Albaicín, presentan una belleza única. Y más. Observada desde esta Cuesta del Rey Chico.

Ocupado en esto, pensando en él celebrando el encuentro, casi sin advertirlo, recorrí la cuesta, me encajé en el pequeño rellano de los olivos, unos metros antes del final del todo. Donde a la izquierda queda otra cancela de hierro que cierra el paso a un camino también muy bello. Es este uno de los caminos que, antiguamente, daban entrada al recinto del Generalife. Por donde, desde los palacios reales, los monarcas pasaban a las estancias del Generalife. Por eso, aquí mismo y a la derecha, hay otra pequeña puerta en la muralla. Es también la puerta que cierra el paso al camino que llega desde los palacios. Dos puertas, cancelas de hierro, una a cada lado, cortando el paso hacia el Generalife y hacia la Alhambra. Aunque el puentecillo todavía sigue aquí. Sí, un puentecillo muy bajo y antiguo que sirve y servía para cruzar la corriente del arroyuelo. Arropado por la sombre de la muralla y por las espesas ramas de higueras, olivos y álamos.

Por eso este rincón, pequeña explanada y paraíso al final de la empinada Cuesta del Rey Chico, sirve de respiro. Y esto fue lo que hice. En cuanto estuve en esta llanura me acerqué a la corriente clara del arroyuelo, hice unas fotos para el recuerdo, descansé durante unos minutos a la sombra de la higuera que arropa con sus ramas al puentecillo y luego me fui para los olivos. En busca de los bancos de piedra que hay aquí. Unos bancos muy singulares porque no son tales. Simplemente son grandes bloques de piedras, sobrantes de alguna construcción o restos de ruinas, que han colocado en este sitio. Bajo los olivos, al borde mismo del camino y no tienen ni respaldares ni nada. Uno se puede sentar en cualquier lado y mirando para donde más le apetezca. Para la corriente del arroyo, para la ladera de enfrente, para las huertas del Generalife o la izquierda o derecha, que es por donde llega y se va el camino.

Me senté yo mirando para la izquierda para que no se me escapara su presencia, en cuanto asomara por el último tramo de la cuesta. Porque tenía muy claro que, una vez más, hoy ascendería por aquí. Me lo decía el corazón y de una forma muy concreta. Y fue así pero no tal cual lo había imaginado. Yo lo había soñado del mismo modo a como lo descubrí los días anteriores: con su sombrero de paja, su cara medio tapada, su ropa gris y con su saco acuestas. Fue así y no exactamente.

Porque estaba yo meditando mis cosas, pendiente del camino y también del rumor del agua del arroyuelo cuando, un intenso resplandor dorado, iluminó todo el barranco. Por donde la muralla, las tierras de enfrente y huertas del Generalife. Me volví para el lado de la Alhambra, a mis espaldas y por donde el sol se ocultaba y lo hice con gran interés. Descubrí enseguida que el resplandor venía exactamente de este lado. De donde los palacios de la Alhambra y los últimos rayos de sol que tras ella se ocultaba. Los rayos de este último sol de la tarde no eran iguales a los que estoy acostumbrado a ver por estos lugares. Sí, muy dorados, luminosos como incandescentes ascuas y derramándose en forma de grandes llamaradas. Parecido a grandes lenguas de fuego que, en amplios haces, todos incidían sobre las murallas y torres. Por eso y de pronto, todas estas construcciones, parecían transformase en una visión fantástica. Como si todo el conjunto ardiera y, al mismo tiempo, también se alejara de la tierra.

Y, en estos precisos momentos, algo ocurrió que no pude entender ni ver con claridad. Ni siquiera ahora todavía tengo claro qué fue. Pero sí recuerdo que, estaba yo tan concentrado en el fenómeno del resplandor, que me desentendí por completo de todo lo demás. Incluso hasta de lo que realmente me había llevado al rincón. Por eso, cuando de pronto fui consciente y recordé que estaba allí esperándolo, dejé de mirar la puesta de sol.

Rápido volví mi cabeza para el lado del camino y para mi izquierda. Para el lado en que termina la cuesta en su tramo por las chumberas. Vi que nadie se acercaba por aquí y rápido también miré para mi derecha. Y sí: lo vi. De espaldas otra vez y caminando de igual modo a los días anteriores. Con el sombrero de paja en su cabeza, vestido con ropa color gris y con su saco acuestas. Y, como en las dos veces anteriores, el corazón se me aceleró. No podía creer que hubiera pasado casi rozándome, yo estaba sentado en el mismo borde del camino, y que no lo hubiera visto. Pero había sucedido así. Lo estaba comprobando con mis propios ojos.

Sin pensarlo dos veces, me levanté y, sin perderlo de vista, comencé a caminar detrás de él, con la intención de llamarlo. No sabía de qué modo pero deseaba llamarlo para captar su atención y que se detuviera. Conforme caminaba, a mi derecha me iba quedando, además del arroyuelo, la alta muralla y la Torre de Cadiz, Torre de las Cautivas y Torre de las Infantas. A la altura de esta última torre, pero siguiendo el camino, iba él avanzando. No lo llamé. Opté por aligerar mis pasos, con la esperanza de alcanzarlo antes de que llegara a lo más alto. Ya no le quedaba mucho para llegar a donde el carril de tierra se mete por debajo del puente de la Acequia Real de la Alhambra. Unos metros antes, el camino traza una leve curva para la derecha. El terreno ya se torna llano y, en unos metros más, deja en un especio muy concurrido de turistas y otras personas. También hay muchos coches, carretera asfaltada, tiendas, restaurantes, hoteles… Cuando esta Cuesta del Rey Chico llega a todo lo alto, deja en uno de los puntos más concurridos en todo el gran recinto de la Alhambra.

En tan solo unos minutos me encajé bajo el puente de la Acequia Real, quedando a mi derecha, la famosa Torre del Cabo de la Carrera. Y al llegar aquí vi que se me tapaba, a la derecha, tras las plantas de unos arriates que hay aquí. Temí perderlo de vista, como las dos veces en los días pasados. Aunque ya estaba muy cerca de él y por eso tenía cierta esperanza de alcanzarlo. Me di más prisa, prescindiendo de las

personas que, en dirección contraria a la mía y a la de él, justo asomaron por detrás de las plantas que me lo habían ocultado.

Fueron solo uno segundos los que invertí en llegar a donde las plantas de los arriates y no lo volví a ver. Ya en este punto, a mi izquierda, tenía los bancos y edificios de los pabellones donde venden las entradas para la Alhambra. Y a la derecha, la parada del autobús, la carretera y acera que lleva al Palacio de Carlos V. Imaginé que se habría venido para este lado de la derecha. Por eso aligeré un poco más y enseguida me encajé en la misma parada del autobús. Y vi a uno de los guardias jurado que recorren los jardines y demás rincones de la Alhambra. Venía desde el paseo central Cuesta de Gomérez y por eso pensé que quizá lo habría visto. Tuve deseos de preguntarle y, me acercaba a él, justo por donde la barrera que corta y da paso a los taxis, autobuses y coches particulares hacia la Puerta de los Carros, cuando lo vi de nuevo.

Al fondo de la acera que lleva a la Puerta de los Carros y arco de la Puerta de la Justicia. Se tapaba y aparecía con las plantas a un lado y otro de la acera y también con las personas que subían y bajaban. Por eso, desistir de preguntar al guardia jurado y apuré mis pasos acera abajo. Por donde, a la izquierda, queda la carretera y la prolongación del paseo central que sube desde la Cuesta de Gomérez. A la derecha de esta acera queda la alta muralla de la Alhambra, con la Torre del Agua, Torre de Juan de Arce, Torre de Baltasar de la Cruz y Torre de los Siete Suelos.

Siguiendo este estrecho caminillo, todo peatonal y que lleva directamente, desde los pabellones de venta de entradas hasta la Puerta de los Carros y explanada del Palacio Carlos V, escoltan muchas torres. Todas clavadas en la misma muralla que protegen por el lado de la derecha. Después de la Torre de los Siete Suelo, aparece la Torre del Capitán, Torre de las Brujas, Torre de las Cabezas y ya, la Puerta de los Carros. Es por este punto por donde se entra al recinto amurallado de la Alhambra. Pero la puerta principal, la hermosa y oficial, queda

un poco más abajo y se le conoce con el nombre de Puerta de la Justicia.

Mientras lo seguía ya casi corriendo, imaginé que a este lugar, Puerta de la Justica, era hacia donde se dirigía. Imaginé esto no por nada concreto sino simplemente por una intuición interior. Y también pensé que podría venir buscando la entrada a la Alhambra por la Puerta de los Carros. Imaginé todo esto y algunas cosas más cuando de nuevo se me perdió por donde la fuentecilla, un poco antes de la Torre de los Siete Suelos. Porque es aquí mismo, donde la alta muralla y la acera que discurre pegada a ella, giran levemente para la derecha. Como si comenzara a subir hacia el punto donde, en lo más elevado de la colina, se alzan los viejos y hermosos palacios de la Alhambra.

En un abrir y cerrar de ojos me encajé a la altura de la Torre de las Cabezas. Aquí se abre una pequeña plaza, explanada donde se juntan cuatro calles y existe una parada de autobús. También una cámara de vigilancia, varios bancos por entre los troncos de recios árboles y un trozo de acequia. Por la izquierda sube una corta calle de tierra, al frente, sigue la carretera hacia la Puerta de la Justica, y bajando, por donde él había avanzando y yo lo seguí, llega otra calle asfaltada. Es la que arranca en los pabellones de venta de entradas. También al frente pero siguiendo el trazado de la muralla, remonta otra calle asfaltada que, rozando la Torre de los Abencerrajes, lleva exactamente a la Puerta de los Carros. Una de las puertas de entrada al recinto amurallado de la Alhambra y es la que usan los coches y taxis que traen turistas al parador.

Arranca esta calle, como ya he dicho, justamente de la pequeña plaza que se abre a los pies de la Torre de las Cabezas. Y por esta plaza los turistas se amontonaban. Dos o tres grupos de extranjeros con sus guías, que esperaban el autobús. Un par de grupos más subían y bajaban por la pequeña cuestecilla que lleva a la Puerta de los Carros y otros muchos turistas, bajaban por la calle que se va para la Puerta

de la Justicia. Y, por entre esta multitud, calles, cruces y plaza, se me perdió por completo.

Al llegar a la plaza me quedé parado a lado de arriba, muy pegado a la Torre de las Cabezas. Mirando al frente, a mi derecha y para mi izquierda intentando verlo. No lo descubrí y ahora me sentía triste. Como frustrado por la nueva pérdida y también algo desorientado. ¿Para dónde se había ido y a qué lugar concreto se dirigía? Me pregunte varias veces, mientras miraba y miraba sin descubrirlo.

Durante unos minutos aquí estuve parado. Observando también a los turistas mientras me orientaba. Ya la tarde estaba casi en su final. El sol se hundía por completo al fondo de la Vega de Granada y las luces del día se apagaban. Por entre el bosque, la oscuridad iba aumentando y las farolas, a un lado y otro de los paseos, se encendieron. Decidí seguir calle abajo hacia la Puerta de la Justicia, mezclándome con los grupos de turistas. Y, mientras caminaba, no dejaba de mirar para todos los lados. En unos minutos llegué a la cuerva, justo por delante de la Puerta de la Justicia y el Pilar de Carlos V.

Aquí mismo hay otra parada para los autobuses, un banco, una fuente de agua potable y una extensa explanada. Por delante del Pilar de Carlos V, Hay una pared que hace, al mismo tiempo, de largo banco frente a los chorrillos de agua y el frontal del pilar. Y en este largo banco de cemento, vi muchas personas sentadas. Jóvenes casi todos, que charlaban, tocaban una guitarra, hacían fotos, observaban…

Tres días más tarde, volví de nuevo por los rincones de la Alhambra. Pero en esta ocasión, no siguiendo el recorrido de la Carrera del Darro y Cuesta del Rey Chico. Aunque no dejaba de pensar en él y por eso seguía notándome como desorientado, me dispuse a no buscarlo más y que se me borrara esta historia de una vez. Y, porque también, notaba en mi interior un cierto mal estar, en esta ocasión me vine por la Cuesta de Gomérez. Cuando llegué a la Puerta de las

Granadas, no continué por el paseo central sino que tomé por la Cuesta Empedrada. El camino que, desde la Puerta de las Granadas, arranca por la izquierda del paseo central y sube muy empinado justo al Pilar de Carlos V.

Por aquí me vine, caminando despacio, observando todo cuanto a mi paso me encontraba y sentándome, a intervalos, en algunos de los bancos que este paseo tiene. Bancos de piedra justo al borde mismo de las dos acequias que descienden rebosantes de agua. Por eso agrada tanto este camino y por eso descansa y refresca mucho en las calurosas tardes de verano. Y más todavía refrescan y relajan, las espesas sombras que por este rincón derrama el denso bosque de los singulares jardines de la Alhambra.

Subí despacio, ya lo he dicho y me fui parando también en la pequeña cascada que hay a la izquierda. Solo unos metros antes de llegar a la explanada del Pilar Carlos V. Aquí me entretuve mucho observando el revolotear de algunos mirlos, escondidos y haciendo vida entre la densa vegetación. Hice fotos, me senté y saqué bolígrafos y papel y redacté algunas cosas. Desde hace tiempo, siempre que puedo y por las tardes, recorro muchos de los sitios de la Alhambra. Para mí y también para otras muchas personas, es interesante recorrer estos lugares y conocerlos al fondo. Y, para mí, por una razón muy especial.

En casi todos los rincones que pueden verse en estos lugares de la Alhambra, se palpa una belleza, un misterio, una sensación de eternidad, que llega al corazón e impacta. Y, donde más se palpan estas sensaciones, es entre los bosques y paisajes que rodean a la Alhambra. Al menos para mí, así es. Y lo es en cualquier estación del año: verano, otoño… pero el verano y otoño, también para mí y por aquí, tienen un misterio especial. Cuando por aquí vengo, una vez y otra, siento como la presencia de algo hondamente importante y eterno. No sé qué será pero el corazón y el espíritu, me hablan de esto. Parece como sí, en algún momento de la historia de la

Humanidad, alguna persona muy especial, hubiera venido por aquí. Y parece que esta persona, después de un tiempo por estos lugares, se hubiera ido, nunca se supo a dónde. Pero de aquella presencia suya por estos paisajes de la Alhambra, ha quedado algo muy misterioso y grande. Como la esencia de su espíritu y yo lo percibo.

Por eso, cada vez que puedo y de la mejor manera que sé, vengo por aquí buscando. Como si pretendiera encontrarme con la esencia más pura de esta persona que digo. Y creo que es como algo vital para mí. Aquella persona tuvo sus sueños y vivió dolor y, de alguna manera, por aquí ha quedado todo esto, como esperando.

Desde la oscura cascada, a la izquierda de la cuesta y ya muy cerca del final, sigo. Solo unos metros y me encajo en las escaleras. Sí, ya al final del tramo de cuesta, antes del rellano del Pilar Carlos V. Tiene estas escaleras siete u ocho escalones, en el primer tramo y cinco o seis, en el segundo. Son de empedrado granadino y con grandes adoquines de piedra, en el borde de cada escalón. En cuanto se termina de subir, ya se pisa la amplia explanada por delante de la fuente. También empedrada, con piedras pequeñas, blancas y negras, que trazan dibujos de flores y el bello escudo de Granada, justo en el mismo centro de la explanada y frente al pilar. Llego al rellano y esta tarde me lo encuentro casi solitario. Solo dos muchachas, con pelo rubio y ojos azules, que charlan entre sí. Descubro enseguida que son extranjeras. Y lo descubro no solo por su físico sino también por el idioma que hablan. Se expresan en ruso y esto me alerta. Tengo yo pequeñas y bonitas experiencias con algunas personas de este país, que recuerdo con cariño, al tiempo que con nostalgia.

Por eso, al darme cuenta de que estas jóvenes son del país que he dicho, me siento impulsado a acercarme a ellas, saludarlas y preguntarles. No lo hago. Enseguida caigo en la cuenta que no sería un buen comportamiento por mi parte porque quizá ellas lo encuentren extraño. Por eso, mientras

sigo pendiente del idioma que hablan, ya en el rellano, me acerco al banco alargado que hace de pared por el lado de la derecha según se llega. También me lo encuentro solitario. Busco el rincón que está más cerca de la parada del autobús, justo al lado mismo de la fuente de agua potable. Pienso que es éste un buen sitio para sentarme y, mientras descanso y medito, permanecer atento por si también hoy aparece. Presiento que puede ser así. Y, desde este lugar del banco, puedo ver el tramo de camino que, por el lado de arriba del pilar, acerca a la Puerta de la Justicia.

Corre la tarde, pasan y pasan turistas, se oyen los chorrillos de la fuente, revolotea algún mirlo, varios niños, mientras con los padres esperan el autobús, juegan, las sombras del bosque se alargan porque los rayos del sol les llegan casi desde el horizonte al fondo de Granada… Y, estoy mirando con gran interés para el lado de la muralla de la Alhambra, carretera que baja desde la Torre de las Cabezas, cuando me sorprende un fuerte ruido. No de pasos de personas ni vehículos sino de hojas de árboles agitándose con vehemencia. Como cuando sopla un fuerte viento y zarandea todas las ramas del bosque. Y, en un primer momento, creo que esto es lo que sucede.

Miro para la Puerta de la Justicia y veo que es cierto. Los árboles que hay por ahí, antes de la torre y los que tengo cerca, al fondo y a mi derecha, se mueven con mucha fuerza. Una recia ráfaga de viento los zarandea y sus hojas, al chocar entre sí, emiten un sonido muy especial y denso. Como si de pronto se hubiera formado por aquí un remolino y quisiera llevarse la mitad del bosque que hay por este lugar de la Alhambra. Y llego a creer que es así porque, de la pequeña explanada que hay por delante mismo de la Torre de la Justicia, se alza una densa nube de polvo. Tan grande y con tanta violencia que, algunos de los turistas que por ahí caminan, gritan sorprendidos y pidiendo ayuda.

Pero mi sorpresa tiene una explicación enseguida. Porque, de pronto, lo veo. Baja por el trozo de carretera que llega desde la Torre de las Cabezas y viene solo. También hoy con su saco acuestas y su sombrero pero con un traje muy distinto al de otros días. Hoy no viene vestido con ropa color ceniza o gris sino de blanco y con una túnica muy amplia de tono azul claro. Tan blanco parece todo su atuendo que hasta da la sensación que desprende luz y, al mismo tiempo, igualmente parece que de su figura manan los chorros de viento que zarandean las ramas y hojas de los árboles. Y esto y el color de su vestimenta, es lo que realmente me sorprende al verlo.

Aunque también me sorprende alguna cosa más: me doy cuenta que ninguna de las personas que bajan por donde él y desde la Puerta de la Justicia, parecen advertir su presencia porque se comportan como si no lo vieran. Y esto es lo que me hace pensar que yo soy el único que puedo verlo. Y él, como las otras veces, también parece que no se percata de mi presencia.

Rápido me levanto de donde estoy sentado y me voy corriendo a su encuentro. Creo que puedo salirle al paso por el lado de arriba del Pilar de Carlos V, en la misma explanada que precede a la Puerta de la Justicia. Pero no me voy derecho a él. También pienso que es mejor superarlo, ponerme delante y al llegar a la gran puerta, cortarle el paso. Por eso, mientras subo a toda prisa, lo hago viniéndome por el lado de la izquierda. Pegado a la pequeña muralla y pared que hay por detrás del Pilar de Carlos V. Y, mientras remonto, no aparto mis ojos de él. Me lo voy dejando por la derecha, casi en el centro de la explanada y mezclado con algunas personas.

Llego al dintel del portón que abre y cierra la entrada por la Puerta de la Justicia. Solo un poco antes de que llegue él. Por eso me vuelvo para atrás, lo miro, espero que se acerque todo lo posible y, cuando empieza a cruzar el dintel donde estoy parado, lo saludo y me excuso:

- ¡Perdona!
Se detiene, me mira y espera que diga algo. Yo también lo miro, la primera vez que lo veo tan cerca y de frente y me quedo sorprendido. Su cara tiene arrugas, es de color naranja, no envejecida sino bronceada por los rayos del sol y al mismo tiempo parece irradiar un brillo especial. Mana de su cara una serenidad honda, mezclada con algo de tristeza.

Le digo:
- Aunque no nos conocemos quiero preguntarte algo. ¿Te importa?
Sigue quieto mirando fijo y espera que hable. Y lo hago diciendo:
- Te vi, hace ya mucho tiempo, una tarde bajando por el camino de la Fuente del Avellano. Unos días después volví a verte subiendo por la Cuesta de los Chinos. También por entre estos bosquecillos de la Alhambra y ahora esta tarde te veo de nuevo por esta puerta grande. Y no sé por qué pero desde aquel primer día has despertado en mí un gran interés por ti. Porque tu saco, tu figura, tu silencio y caminar me llama mucho la atención. Por eso ahora, cuando por fin me encuentro de frente contigo, lo que más me apetece es preguntarte: ¿quién eres y haces por aquí y siempre con tu saco a cuestas?

Me siguió mirando y dejó que pasara un buen rato. Luego agachó su cabeza, acomodó su saco en el hombro y dijo:
- ¿De verdad quieres saber las cosas que me has preguntado?
- Ya te he dicho que tengo mucho interés en saberlo.
- Pues sígueme y te lo digo y ves con tus propios ojos.
Por mi derecha se pone en movimiento buscando la entrada de la puerta grande. Camina despacio y alcanza el umbral, se adentra en la oscuridad del interior del pasillo de la Puerta de la Justicia, gira en el recodo de la pequeña rampa y sigue subiendo. De espaldas a mí y como si no le importara mucho si yo le sigo o me quedo atrás.

Lo sigo y ahora con más interés que otras veces. A solo unos metros de él, sin dejar de mirarlo y meditando en silencio el momento en que me descubriría su secreto. También me pregunto por el sitio hacia el que se dirige y por lo que llevaba dentro del saco. Por eso quiero preguntarle algunas cosas más pero no lo hago. Porque no quiero que detenga su marcha y porque él parece sentirse bien sumido en su silencio.

Al salir del pasillo que conforma la entrada por el interior de la Puerta de la Justicia, nos tropezamos con tres turistas. Lo miran y me miran y él no les presta atención. Sigue avanzando despacio a la luz del día que de nuevo lo recibe, ya por la parte de arriba de la Puerta de la Justicia. El suelo empedrado, la acequia por el lado izquierdo con su riachuelo de agua clara, un trozo de pared color rojo por la derecha, arrayanes, durillos, adelfas, álamos, algún laurel y varios almeces. Y, por entre esta vegetación, algunos gatos y tres o cuatro mirlos. También y, siguiendo el surco de la acequia, pequeños pajarillos de color ceniza y amarillo oro. Son algunas de las muchas lavanderas cascadeñas que en libertad viven por entre la vegetación de la Alhambra, junto a las acequias y paredes viejas.

La callejuela que, por la parte interior de la muralla arranca al salir de la Puerta de la Justicia, es estrecha. Y queda encajada, como ya he dicho, al lado izquierdo según se sube, por un paño de muralla, construida con losas de piedra y tierra roja. Y por la derecha, entre vegetación, algunos edificios, un aljibe viejo y escaleras. También por una pared pequeña de ladrillos y tierra. Es esta una calle sencilla, con un corto recorrido que sube suavemente a la vez que va girando para la derecha.

Y al final de esta curva, también por este lado de la derecha, hay unas tiendas donde venden libros y recuerdos que compran los turistas. Frente a estas tiendas y ya en la misma curva pero por la izquierda, se abre otra callejuela. Por aquí, en otros tiempos, se entraba a la Alcazaba. Antiguamente

porque en estos tiempos, la puerta que por este lugar tiene el recinto de la Alcazaba, siempre se encuentra cerrada. Aunque el rincón por donde se abre paso esta callejuela, es muy recogido. También en cuesta, empedrada y escoltada por la muralla en el lado izquierdo.

Y él, camina despacio por la estrecha calle que remonta levemente. Como si contara cada paso y como si nada le importara a su alrededor. Porque ni siquiera mira a los turistas que bajan ni a los que nos adelantan. Lo voy siguiendo, detrás y a solo unos metros, sin comentar nada con él por miedo a perturbarlo. También porque apenas lo conozco y temo importunarlo. Porque, aunque me importa mucho toda su persona, me inspira un gran respeto. Deseo preguntarle muchas cosas pero pienso que, por mi parte, debo ser prudente y educado. Por eso camino muy cerca de él, sin dejar de observarlo y sin perderlo de vista pero en silencio. Dejando que vaya a lo suyo porque es lo importante para él y también ahora para mí.

Terminamos de recorrer el tramo de calle que, desde la Puerta de la Justicia, sube recto. Y entramos en el tramo de la curva para la derecha. Es mucho más corto este tramo y por eso lo recorremos enseguida. Y justo al terminar la cuestecilla, por la derecha, nos saluda la Puerta del Vino. Clavada en todo lo alto de la colina donde se asienta la Alhambra y mostrando su sencilla y añeja belleza. Como si estuviera esperando o como si observara expectante a cada uno de los turistas que por ella cruzan de un lado a otro.

Sí, porque justo en este momento, por el arco de la Puerta del Vino, pasa un grupo de turistas. Extranjeros todos porque hablan idioma que no conozco. Y también porque portan planos, guías y cámaras de fotos. Otro grupo sube desde la Plaza de los Aljibes y se enfrente al que acaba de salir por el arco de la Puerta del Vino. Por esto, al llegar nosotros a lo que es lo más alto de la colina, final de la cuestecilla que remonta desde la Puerta de la Justicia, nos encontramos atascados. En

este punto exacto, los turistas se concentran y, como se mueven muy despacio, porque hacen fotos, miran, charlan y comentan, casi no nos dejan andar. Temo perderlo en este barullo de personas y por eso me pego más a él. Pendiente de la dirección que en este punto pueda tomar.

Y descubro que, durante unos minutos, mira para la Puerta del Vino. Luego gira su cabeza y observa despacio el pasillo que, arranca justo al pasar la Puerta del Vino, a la derecha y baja hacia la muralla como si buscara dejarse caer por la vertiente opuesta a la que acabamos de recorrer. Es este el lado por donde, al fondo y lejos, se eleva el barrio del Albaicín y, entre aquel cerro y esta colina, corre el río Darro. Durante unos minutos se mantiene fijo en esta callejuela, pasillo por donde los visitantes entran a los Palacios Nazaríes. Y luego se gira buscando también la ancha calle que sube a la antigua entrada a la Alcazaba.

Me mira y, como susurrando, comenta:
- Los turistas, la mayoría de las personas que por aquí vemos, no tienen ojos para descubrir más allá de las piedras de estos monumentos.
Quiero preguntarle pero no me atrevo. Medito sus palabras y dejo que pase el tiempo.

Muy cerca de él, lo observo despacio, sin molestarlo y esperando que siga su caminar hacia el rincón que por aquí viene buscando. Pienso que tiene interés en algo muy concreto y por eso también mi curiosidad crece. Me animo y le pregunto:
- ¿Acaso no conoces bien estos rincones de la Alhambra?
Con mucha calma y modulando con suavidad su voz me responde:
- Yo tampoco a ti te conozco de nada. Pero ya que muestras interés en mí y en mis cosas te voy a preguntar algo. ¿Te importa?
Y no tardo ni un segundo en responder:
- No solo no me importa sino que satisface. ¿Qué es lo que deseas preguntarme?

- ¿Alguna vez en tu vida has sentido la necesidad de hacer algo importante por alguna persona querida? ¿Alguna vez en tu vida has sentido la necesidad de perpetuar en el recuerdo, en el tiempo y en la eternidad a esta persona amada?

Durante unos segundos medito con calma lo que me pregunta. Y no es porque me haya sorprendido pero tampoco me esperaba lo que de él acabo de oír. Le digo:
- Creo que sí. Alguna vez en mi vida he sentido la necesidad de hacer algo importante y grande por alguna persona muy querida. Pero ahora ¿te puedo preguntar yo a ti?
- Hazlo.
Y sin más le digo:
- La pregunta que me has hecho ¿por qué ha sido?

Y en este momento veo que agacha su cabeza, acomoda su saco en el hombro, mira al frente y comienza a caminar. Justo hacia la explanada que se le conoce con el nombre de Plaza de los Aljibes. Por aquí mismo subía, hace solo unos minutos, el grupo de turistas que ya se ha ido para la puerta del Palacio de Carlos V. También el otro grupo, el que cruzaba el arco de la Puerta del Vino cuando nosotros llegábamos, se ha vuelto para atrás. Por eso la explanada de los Aljibes ahora mismo se encuentra casi vacía. Solo con sus seis bancos de cemento a la derecha según se llega, las cuatro o cinco acacias repartidas entre estos bancos, el quiosquillo de madera, un poco al fondo y donde vende helados y bebidas frescas y nada más en esta planicie. Los dos altos cipreses, clavados junto en los cimientos del quiosquillo, proyectan sus largas sombras hacia el lado de los palacios nazaríes. Hermosa estampa, cipreses y sombra, que parecen saludarnos y abrirnos paso.

A la izquierda de nosotros, según nos movemos lentamente hacia la recia pared de la muralla, nos va quedando la figura de un árbol muy original y bello. Me llama la atención nada más verlo y más me fijo en este árbol cuando compruebo que él también lo mira. Se para un momento, observa

despacio, muestra como el deseo de pronunciar algunas palabras, vuelve sus miradas para la cuestecilla por donde hemos bajado y luego sigue. Antes de continuar caminando junto a él, durante unos segundos más, sigo fijo en este árbol y luego avanzo.

El árbol en sí, es una recia acacia pero en muy poco se parece a las otras que por esta plaza crecen. Su tronco es recio, color oscuro casi negro, con unos dos metros de alto y, a partir de aquí, se abre en cruz. En un puñado de ramas que, en forma casi de varillas de paraguas, se alargan formando precisamente esto: un amplio paraguas achaparrado que ofrece una sombra muy densa y fresca. Y esto es precisamente lo que más llama la atención en este árbol: su grueso tronco oscuro, sus ramas en horizontal y su forma en amplio paraguas. Y, por la curiosa manera que él lo ha mirado, hasta llego a pensar que alguna vivencia importante tiene en este rincón y por donde crece este árbol.

El sitio éste, justo delante de lo que ahora mismo es la entrada principal al recinto de la Alcazaba, es bonito y amplio. Decorado con los elementos que ya he mencionado y como gran pórtico al recinto amurallado de la Alcazaba. El nombre por el que ahora mismo se le conoce, le viene de unos aljibes que aquí construyó el Conde de Tendilla en 1494. Don Iñigo López de Mendoza, a quien los monarcas habían dejado al frente como Alcaide de la Alhambra y Capitán General del Reino de Granada. Estas aljibes, de 34 metros de largo, 6 de ancho y 8 de alto, se convirtieron posteriormente en la plaza actual al soterrarlos junto con las calles y las plazas circundantes. Hasta hace una decena de años se podía beber agua extraída del aljibe ya que había un kiosco con un pozo abierto al depósito. Los granadinos y visitantes solían acudir con asiduidad a beber dicha agua.

El lugar forma una extensa llanura, en otros tiempos fue un barranco, entre las torres y las defensas de la Alhambra por un

lado y la Puerta del Vino y los Palacios árabes y el Palacio de Carlos V, por otro.

Según avanzamos dirección a la muralla, recorriendo la plaza, descubro que se viene para el lado de la izquierda. Pegándose cada vez más a la Torre del Homenaje. Y, al llegar al rincón de este lado izquierdo, ya entre el quiosquillo y la muralla, busca las escaleras que, por entre unos árboles y estrecho pasillo de ladrillos, sale desde esta explanada. Por estas escaleras, baja, recorre los seis primeros peldaños empedrados y con escalón de ladrillo y se enfrenta a una pequeña cancela de hierro. De sus bolsillos saca una llave, abre y pasa. Me mira y dice:
- Entra tú también.
Sin preguntarle, atravieso la puerta, avanzo y lo espero. Cierra sin echar la llave y sigue bajando.

Justo aquí mismo y por el lado de nuestra derecha, se abre otro estrecho pasillo. Dirección a lo que es la entrada a los palacios nazaríes, ahora en estos tiempos y para los turistas. Pero este pequeño pasillo ofrece unas escaleras que, en cuanto se remontan, aparece una terraza rectangular. Alzada unos metros cara a la Torre de las Gallinas, frente a los dos olivos que crecen ahí y como un escenario desde donde se divisa ampliamente los jardines y paredes del recinto donde se alzaba la madraza.

A solo unos metros de la primera cancela de hierro, siete anchos peldaños también empedrados y con escalones de ladrillo, de nuevo nos corta el paso otra pequeña cancela. Con otra llave diferente, abre, pasamos, deja la puerta solo encajada y seguimos avanzando. Y justo ahora ya nos encontramos en un pequeño rincón de la Alhambra, todavía dentro del recinto amurallado pero donde ya no hay turistas. Porque este recogido y bonito espacio queda por completo prohibido para la visitas a todas las personas que vienen por aquí. Se puede ver desde las Torres del Homenaje y del Cubo y también desde la Plaza de los Aljibes pero nadie puede entrar

a este espacio porque siempre se encuentran cerradas las dos cancelas que hemos dejado atrás. Sin embargo, estoy comprobando que él sí ha pasado a esta reducida área de la Alhambra. Y parece que lo hace como si tuviera permiso para ello. Como si fuera un poco dueño de todo lo que por aquí hay y por eso se siente seguro. Sin temor a que nadie le corte el paso.

De nuevo quiero preguntarle pero no lo hago. Sigo temiendo importunarlo y sigo pensando que es mejor dejar que él me muestre lo que crea conveniente y del modo que quiera. Por eso, lento camino a su lado y observo. Y lo primero que en este recogido espacio de la Alhambra me sorprende es precisamente su tranquilidad. Lejos del barullo de la gente y protegido por la alta muralla todo por aquí no solo regala quietud sino también algo de misterio. Sí, porque la sombra de la Torre del Homenaje ya cubre todo este rincón y como, a un lado y otro y al frente se ven algunas plantas, hasta parece manar de aquí un aroma mágico. Y huele como a soledad, a fina melancolía mezclada con rumor de agua y también a tierra y tiempo añejo.

A los pies de la Torre del Cubo, se clavan tres altos cipreses. Rectos y majestuosos, por la quietud que muestran, por el verde oscuro de sus hojas y por el hermoso porte que presentan. Como si fueran centinelas a solo unos metros de las escaleras también de ladrillo que se abren camino hacia la parte alta de la muralla. Junto a estos cipreses, en la parte de abajo y como ofreciendo abrigo y compañía, algunas matas de durillo, arrayanes y la humedad de la tierra con sus pequeñas hojas de hierba, hojas secas y algunos puñados de musgo.

Camina recto hacia el paño de muralla que tenemos al frente y lo sigo. A la izquierda nos va quedando la ya mencionada Torre del Homenaje y también la del Cubo. Al frente parece esperar la sólida y roja muralla que rodea a toda la Alhambra. Y a la derecha, la figura de una pequeña torre. Se le conoce con el nombre de Torre de las Gallinas. Más a la

derecha y casi frente a esta última torre, nos queda lo que también se le conoce con el nombre de Madraza de los Príncipes. Es un pequeño espacio casi cuadrado por donde crecen plantas y se ven trozos de paredes. Son pequeños muros reconstruidos para de, alguna manera, indicar los cimientos de los edificios que aquí se alzaban en otros tiempos.

Porque es justo aquí donde se emplazaba la Madraza de los Príncipes, al pie de la Torre de las Gallinas y, adosada a ésta, lo que hoy se conoce como el patio de Machuca. Esta escuela coránica estaba destinada a los jóvenes pertenecientes a la realeza nazarí. Aquí los príncipes eran instruidos en teología, filosofía y ciencias. Era además la entrada a los Palacios Reales. Accediendo a través de una puerta en la galería del lado oeste, el visitante debía cruzar el patio de la Madraza para pasar después al de Machuca y el Mexuar.

El trazado de las madrazas fue determinado por los persas en el siglo XI. Un patio central cuadrado alrededor del cual se situaban cuatro pabellones. El ubicado al sur, más cercano al mirador, era el dedicado al estudio. En la esquina sur-este del edificio se emplazaba un pequeño oratorio y su alminar, su planta se diferencia claramente del resto por estar orientada a la Meca como es preceptivo lo que se traduce en un descuadre de sus muros con respecto al resto del conjunto. Los demás pabellones debieron albergar las habitaciones de los estudiantes, profesores, bibliotecas… todo ello perdido con el paso del tiempo.

Por el lado de la derecha nuestra según avanzamos hacia la muralla, crecen algunas plantas. Granados y naranjos por entre las paredes de los cimientos de la madraza, durillo, arrayanes y dos olivos. El más próximo a nosotros se muestra más voluminoso y con aspecto de viejo aunque colmado de hojas verdes y frescas. Clava sus raíces en una pequeña terraza de tierra, delimitada con unos metros de pared en forma de triángulo recto. Un triángulo con solo los dos lados rectos.

Por eso este olivo queda un poco alzado en el terreno de este espacio entre murallas.

La escalera para remontar a la parte alta de la muralla y las torres que circundan a todo la Alhambra, se ve al frente pero por el lado de la izquierda nuestra. Sin embargo, él avanza como si quisiera encontrarse con este viejo olivo. Llega y se para junto a él roza sus ramas y aquí mismo se detiene. Suelta su saco encina de unas de las pequeñas paredes que forman uno de los lados del triángulo y mira de frente hacia el rincón donde se alzaba la madraza. Con sus ojos clavados en este espacio y mostrando veneración. Como si meditara o tuviera por aquí algún importante recuerdo. Por eso, a unos metros de él, me paro. Lo sigo mirando y ahora, con más fuerza aun, siento hacia él hondo respeto.

Y también siento un gran deseo de preguntarle. Me gustaría mucho saber lo que piensa y siente en este preciso momento. Porque en mí también se despierta la curiosidad por el rincón que tiene al frente. Por eso me pregunto, solo para mí y en forma de susurro: “¿Acaso, cuando en aquellos lejanos tiempos esto fue universidad llena de príncipes y princesas, por aquí ocurrió algo que él sabe y todavía mantiene en su recuerdo?” Y me hago esta pregunta precisamente por eso. Porque no descarto que en aquellos tiempos entre los príncipes y princesas que llenaban esta madraza, ocurriera alguna historia singular. Y no descarto que él, de alguna manera que yo ahora mismo desconozco, sea parte de esta historia o al menos tenga conocimiento de ella.

Sé, porque se ha contado y cuenta de muchas maneras y abundantes libros, que en todos los edificios y rincones de la Alhambra ocurrieron historias hermosas de muy variados tipos. Historias alegres, tristes, románticas, heroicas, tiernas y crudas que por aquí ocurrieron a lo largo de los años. Y algunas de estas leyendas sí que han llegado hasta nuestros días. Como ya he dicho, recogidas en libros o contadas directamente por las personas. Pero también sé que por estos sitios ocurrieron

muchas cosas, algunas pequeñas y de gran valor, en los palacios y en la universidad y en las casas, que jamás nunca se refirieron. Nunca nadie las ha escrito por no haber tenido apenas interés o porque las mismas personas intentaron mantenerlas en secreto, por las circunstancias que fuera.

De aquí que en este momento y mientras lo miro, me siga preguntando: “¿Tendrá, de alguna manera, vivencias o información de algunos de los hechos que por este lugar ocurrieron en el pasado?” Me muero por saberlo y me muero por preguntárselo. Y creo que él se ha percatado pero nada comenta y yo sigo instalado en mi respeto por su intimidad y persona.

Una pequeña ráfaga de viento llega hasta nosotros y nos regala algo de fresco. También zarandea a las ramas del olivo que tenemos a dos pasos y a las adelfas y granados. Y esta agradable bocanada de viento también trae pequeñas olas de esencia. Aroma con gusto a tarde de verano, a tierra reseca y a sensación de alguna importante pérdida. Como si, de alguna manera, la pequeña racha de viento, trajera entre sus brazos sorbo de añoranzas.

No lo entiendo y por eso sigo mirando y, cerca de él, esperando. Descubro que deja de observar, se agacha, recoge su saco, se lo echa al hombro y se vuelven un poco para atrás. Para donde permanezco yo y, al rozarme, con su cabeza me indica que lo siga. No titubeo y enseguida descubro que se encamina recto dirección a la Torre del Cubo. Hacia la muralla pero buscando el pie de esta torre. Es aquí mismo, entre la muralla y los cimientos de la Torre del Cubo, donde se ven unas escaleras. Son chicas, de ladrillo y remontan en zigzag. Nadie sube en estos momentos por estas escaleras. Ya he dicho que nadie puede pasar a este recinto de la Alhambra.

Por eso, cómodamente y sin prisa comenzamos a subir por las escalerillas. Los tres primeros peldaños, en el primer zigzag de la escalera y que remonta dirección al corazón de la

muralla. Un rellano casi cuadrado justo al llegar a la muralla y el segundo zigzag, girando ahora para la izquierda. Como si llevara directamente al interior de la Torre del Cubo. En este tramo son doce los escalones. Los remontamos despacio, acercándonos cada vez más a las paredes de la Torre del Cubo. Al coronar, se abren dos direcciones. A la izquierda y siguiendo por la parte alta de la muralla, se penetra justo en el corazón de la Torre del Cubo. Se pasa por un estrecho túnel y el recorrido continúa hasta la Torre de las Armas y luego la Torre de la Vela.

La dirección de la derecha lleva directamente a la Torre de las Gallinas. Pero justo al terminar de remontar las escaleras, detiene sus pasos. Para respirar un poco y reconfortarse con la caricia del fresco vientecillo. Porque desde la altura que nos proporciona esta muralla parece que hasta el vientecillo es más puro y fresco. También, desde luego, la visión que desde este lugar se nos abre casi en todas las direcciones. Sobre el espacio que hemos dejado atrás, donde los olivos y cimientos de la madraza, sobre los palacios árabes y el de Carlos V, sobre la Plaza de los Aljibes y Puerta del Vino y sobre la fachada principal de la Alcazaba.

En todas las murallas de todos los castillos del mundo, existe una construcción que se le conoce con el nombre de “adarve”. Un adarve o camino de ronda, del árabe “*ad-darb*” o, según otras fuentes, “*adz-dzir-we*” como “muro de fortaleza”, es un pasillo estrecho situado sobre una muralla, protegido al exterior por un parapeto almenado, que permitía tanto hacer la ronda a los centinelas, como la distribución de defensores. Comunica los diferentes elementos de defensa vertical, como puestos de vigilancia u otros. Puede ser cubierto o volado. También el “camino de ronda”, pasillo que discurre por encima de la muralla, servía para observar y descubrir a los posibles enemigos. Y por eso, protegiendo a este camino de ronda y por el lado del exterior, siempre hay una pared. Para poder otear al enemigo sin ser visto y al mismo tiempo quedar parapetado de los posibles ataques.

Pues nosotros, en cuanto llegamos a lo alto de la muralla, nos encontramos justo en el camino de ronda. Protegidos por el lado del exterior de la muralla, por una recia pared de ladrillo, piedras y tierra y casi de la misma altura que nosotros. Y en este caso, el lado exterior de la muralla, queda frente a la gran umbría y bosques de la Alhambra. Bosques de la umbría que, espesos y frondosos caen ladera abajo. Hacia lo más hondo del barranco por donde surca el río Darro, con el Paseo de la Carrera del Darro y el famoso Paseo de los Tristes, barranco del Sacromonte, la Abadía y Jesús del Valle. Y al otro lado de este hondo surco del Darro, suben las laderas cubiertas con las blancas casas del barrio del Albaicín, también las laderas de San Miguel Alto y todos los pequeños barrancos por donde las cuevas del Sacromonte. Por eso desde aquí, desde donde nos hemos parado, lo que más impresiona es precisamente la amplísima panorámica hacia todos los lugares que he mencionado. Panorámica que ciertamente son algunas de las cosas más bellas que regala la Alhambra.

Sí porque, tanto las personas que aquí vivían en otros tiempos como los turistas que ahora visitan estos lugares, a estas grandiosas panorámicas le daban y dan mucha importancia. No ya por la emoción que se experimenta frente a estas vistas sino también por el placer que se siente al observar desde estas alturas. Y por la caricia del vientecillo que por aquí corre, casi siempre acompañado del verde y aroma de la vegetación y el canturreo de algún pajarillo. Por eso, esta hermosa construcción de la Alhambra, dicen que es el balcón más bello del mundo. Desde luego, sobre toda la ciudad de Granada, laderas y barrancos ya mencionados y sobre la ancha vega y los horizontes lejanos. Y, experimentado todo lo que acabo de contar desde el camino de ronda que va por lo más alto de la muralla, sí que es una sensación y experiencia única.

En este preciso momento, desde lo alto de la Torre del Cubo, justo al lado nuestro y coronando, nos mira un grupo de

muchachas. Hablan entre sí y sus palabras llegan hasta nosotros. Por eso puedo comprobar que hablan en francés. Quizá sea alguna de las muchas excursiones de colegios que, con frecuencia, recorren las instalaciones de esta colina. Ni él ni yo le damos importancia. Nos miran desde la distancia, sobre la plataforma de la Torre del Cubo y por eso no pueden mezclarse con nosotros.

Lo miro y ahora sí espero que diga algo. Porque tengo la sensación de que ya sí estamos casi tocando el misterio y secreto que me ha comentado. Y me convenzo más de ello cuando de nuevo, después de unos minutos descansando donde al final de las escaleras y sobre el camino de ronda, veo que se mueve para la derecha. Siguiendo el ancho pasillo que, desde aquí mismo, va recto a la torre de las Gallinas. La veo al frente, recortada sobre la majestuosa torre de Comares y conjunto de los palacios nazaríes. Como si, a los pies de la más grandiosa Atalaya de la Alhambra, la pequeña torre de Las Gallinas, vigilara atentamente todo el rincón donde estuvo alzada la Madraza. Como clavada en la robusta muralla y en los cimientos del tiempo, cuidando amorosamente del más importante de todos los secretos, quizá la historia más bella y triste que, a lo largo de los tiempos, se ha dado en los recintos de la Alhambra.

Al fondo del pasillo camino de ronda que ya vamos recorriendo, en la Torre de las Gallinas y donde el pasillo se tropieza con ella, se ve una pequeña puerta. Con su cancela de hierro cerrada y con apariencia de ser la única entrada que por este lado tiene esta torre. Por eso, otra vez pienso que es hacia esta puerta a donde dirige sus pasos. Porque también enseguida pienso que quizá dentro de esta torre él guarde algún tesoro o, de alguna manera, tenga aquí su vivienda. Imagino yo esto mientras ya voy caminando a su lado, siguiendo el pasillo que ofrece la muralla. Recto por completo a la torre de Las Gallinas y buscando la pequeña puerta abierta en el muro. Y me sigo preguntando: “¿Cuál es su tesoro? ¿Dónde mora y cómo es su vivienda?”

Pero no: nada más avanzar unos metros, en el segundo desnivel de los cuatro que hay en el trazado de este camino de ronda, se para, se vuelve para atrás, me mira y de repente me pregunta:
- ¿Alguna vez en tu vida has sentido llorar tu alma?
Algo sorprendido y sin esperar mucho le contesto casi con la misma pregunta:
- ¿Llorar el alma?
- Cuando en las tardes calurosas del verano, cuando en las mañanas húmedas del otoño, cuando en las frías y lluviosas noches del invierno o cuando en los plácidos días de la primavera, en el corazón se instala la añoranza, frente al vacío de la existencia y el agudo dolor de la ausencia ¿tú nunca has sentido llorar el alma?

Y ahora no contesto a sus palabras. Lo miro fijo y me parece descubrir en su rostro las señales del dolor del que me habla. Veo que se acerca a la pared de la izquierda, junto a esta pared suelta su saco, se agacha, lo abre y de él saca un papel amarillo y muy pálido y del tamaño de un folio. Tiene varios dobleces y por eso y con cuidado lo estira lentamente. Lo pone sobre la misma pared, parapeto de protección en el camino de ronda y de nuevo me mira y dice:
- Observa despacio lo que aquí hay dibujado.
Me acerco un poco más y descubro que en el papel hay estampado una especie de plano. Con líneas hechas a mano y con algunos nombres que puedo leer sin ningún problema.

Guarda silencio mientras sujeta el papel. Me mira y al mismo tiempo también mira para el barranco que tenemos al frente: umbría de la Alhambra, hondonada del río Darro y laderas del Albaicín y Sacromonte. Pasa un buen rato y al final le digo:
- Casi entiendo lo que en este papel hay dibujado pero no sé ni qué significa ni para qué sirve. ¿Puedes explicármelo?
- Muy brevemente ahora y con todo detalle, en otro momento.
- Como quieras.

Y entonces, de nuevo habla y me aclara:
- La galería o gruta que ves dibujada en este plano arranca allá en la ladera, cerca de la Fuente del Avellano. Recorre toda la umbría desde aquel punto hasta este bosque en la umbría de la Alhambra y viene justo al centro de la torre que tenemos al frente. La que todos conocen con el nombre de la Torre de Las Gallinas.
Guarda silencio y aprovecho para preguntarle:
- ¿Y para qué sirve esta galería o gruta y por qué tiene su final o comienzo justo en el corazón de esta torre?
- Ahora ya no voy a decirte nada más.

Y comienza a doblar la hoja de papel donde he visto tiene dibujado un pequeño plano. Se agacha, la guarda en su saco y, al hacerlo, descubro que dentro de este saco hay varios libros. Algunos son cuadernos, cuatro o cinco libros muy viejos y la hoja con el plano. Busca entre los cuadernos y coge uno de los más gruesos. Se levanta, me mira y, al ofrecérmelo, comenta:
- Te lo regalo y ahora vuelve por donde hemos venido. A partir de aquí ya no puedes seguirme.
Pone el cuaderno en mis manos, se agacha otra vez, coge su saco, se lo echa al hombro y camina alejándose. Llega a la puerta de la torre, la abre y antes de entrar, se vuelve para mí y desde la distancia me dice:
- Cuando hayas leído lo que hay en las páginas del libro que te he regalado, vuelve. Te esperaré y será entonces el momento. Te contaré y sabrás todo lo que ahora quieres.
Atraviesa la pequeña puerta, la cierra tras de sí y lo pierdo de vista.

Por un momento me quedo fijo mirando a la torre y al hueco de la puerta por donde lo he perdido. Quiero llamarlo para preguntarle no una sino mil cosas que en este instante se agolpan en mi cabeza. Pero no lo hago. Miro por encima de la pared que le ha servido de apoyo para extender el plano y observo. En minutos y de un solo vistazo recorro toda la umbría y barranco repleto de bosque que desde aquí mismo se

extiende hacia el Generalife y Fuente del Avellano. Y, por un momento, también imagino la galería o gruta que por las entrañas de esta ladera y montaña, arranca desde el corazón de la torre que tengo a mi lado. Desde este tan recogido y a la vez misterioso rincón de la Alhambra. Y me pregunto, solo para mí y en forma de susurro: “¿Para qué servirá esta galería y qué será lo que él tiene guardado en ella?”

Miro ahora al cuaderno en forma de libro viejo que hace nada, me ha regalado. Y leo, en la portada y en letras grandes, lo siguiente: “La Princesa de la Alhambra”. Lo abro, rápido lo ojeo por encima y luego lo cierro. Me lo guardo en el bolsillo, busco el camino de regreso y, cuando ya el sol casi se oculta por el fondo de la Vega de Granada, regreso por los paseos de los bosques de la Alhambra. Sin dejar de pensar en él y con la ilusión de empezar a leer, cuanto antes, lo que hay escrito en el cuaderno que me ha regalado. Y lo hago nada más llegar a casa. Sentado en la mesa, con la ventana abierta y mientras la noche avanza, leo y leo lo que a continuación escribo aquí:

En el viejo cuaderno que él me regaló, los escritos están divididos en cinco capítulos. Pongo a continuación el primero de estos cinco apartados.

EL COPO DE NIEVE QUE VINO A MORIR A GRANADA

La niña y uno de los cuadernos del Anciano del cortijo de la Viña

Los días de las vacaciones de Navidad fueron corriendo. Trayendo amaneceres tibios llenos de escarchas, suaves mañanas húmedas, ratos de sol medio apagado y

tardes rosadas. En invierno y en Navidad, los atardeceres en Granada, no tienen igual. Son mágicos y eso lo sabe bien la niña del Cortijo de la Viña y también yo. “Los atardeceres más bellos del mundo”.

Por eso aquella tarde, una tarde cualquiera de estos días de vacaciones de Navidad, me dijo ella:

- ¡Ay que ver cómo pasa el tiempo! Parece que fue ayer cuando el Anciano del cortijo del Laurel jugaba y caminaba con nosotros por estos campos. También parece que fue ayer cuando estuvieron por aquí mis tres mejores amigas. Y lo mismo digo de la Princesa, de Bandolero, de Albina, de… ¡Cómo pasa el tiempo!

Y después de estas palabras, casi un suspiro salido de lo más tierno de su alma, guardó silencio. Quise preguntarle pero no lo hice. La dejé en su paz, con el cuaderno del Anciano en sus manos y mirando a través de los cristales de la ventana.

Frente a nosotros, el fuego de la lumbre, nos daba su calor y la madre, la que nunca dice nada pero siempre es la más importante, miraba con nosotros y también soñaba. Quise también preguntarle pero tampoco lo hice. La niña de nuevo comentó:

- Una y otra vez se me viene a la mente lo que en mil ocasiones ya he comentado contigo. El recuerdo del Anciano, su vida, los cuadernos que, al morir, me regaló escritos por él, aquellos paseos tan bonitos que, por entre estos bosques, nos proporcionó, las castañas asadas en la lumbre a la luz de la luna, los tomates de su huerta, los ratos de contemplación junto a la corriente del arroyo y por donde la cascada del balneario. Yo no sé si tú puedes olvidar esto pero lo que es yo, no puedo. Un día y otro y una vez y otra vez, lo recuerdo.

Sin saber exactamente lo que le decía, la miré y dije que sí. Que en el fondo tenía mucha razón lo que estaba comentando. Y también le dije que el tiempo, como el agua o como el viento, a todos se nos escapa de las manos. Y lo

bueno o lo malo, con esta marcha del tiempo, se desvanece y también todos poco a poco nos vamos. Le dije:
- Se van las flores que con la primavera nacen y tanto alegran estos campos nuestros, se van las hojas de las nogueras cuando el otoño llega, se van las nieves que, en invierno blancas, tapizan las cumbres, se van las golondrinas que en primavera llegan, se van… Fíjate, hasta el borriquillo nuestro, tu caballo Enebro, la más hermosa de las Princesas, nuestra amiga imaginaria allá en aquellas lejanas tierras, Albina, Guela, Lera, Julia…

Abrió la niña el cuaderno del Anciano que tenía en sus manos y se detuvo en la primera página. Antes de leer me volvió a comentar:
- Fíjate que sencilla y, a la vez, bonita poesía dejó escrita aquí. Escucha despacio que te la leo.
Y presté atención. Leyó:

“Tú eres de tez blanca,
naciste en el país de los hielos,
transparente es tu alma
y eres amiga de los vientos.
Copo blanco que volabas
en busca de mundos nuevos
y te encontraste con Granada,
y en un abrazo más que tierno
con ella te hiciste savia.

Nieve purísima y azul
que en tierna sonrisa de hada
eternidad te has quedado
en el alma de Granada”.

Al terminar de leer este poema de nuevo guardó silencio. Siguió mirando por la ventana como transportada en un lejano y hermoso sueño. Sabía ella y sabía yo que el poema que me había leído pertenecía al anciano. Por eso, al rato, de nuevo me dijo:
- Como ya has hecho otras veces quiero que hoy también me leas despacio lo que el Anciano dejó escrito en este cuaderno. Si me lo lees tú creo que me gustará más. Quizá porque así puedo ir soñando todo lo que tú me vayas leyendo.
Le pedí que me diera el cuaderno que sostenía en sus manos porque ya estaba preparado para empezar a leerlo. Se dispuso ella a dármelo pero todavía lo retuvo unos minutos más entres

sus dedos. Pasó a la siguiente página y en ella, como si pretendiera introducirme en el relato que contenía el cuaderno, leyó lo siguiente:

“Durante mucho tiempo, a todas horas y cada día la había soñado. En los días de primavera, cuando llegó el verano, en los meses del otoño… Y durante todo este tiempo, cada día había esperado algún correo de ella. Y, de una manera especial, ahora que se acercaba la Navidad, soñaba que le escribiera o que viniera”.

Y ahora sí, cerró el cuaderno y me lo alargó. Me dijo otra vez:

- Empieza a leer cuando quieras que te escucho con todo mi interés y respeto. Nuestro mejor amigo el Anciano, no se merece otra cosa.

Y comencé a leer lo que sigue a continuación:

“Amanecer

1- Aquella mañana amaneció nublado. Con una fría y fina niebla que cubría las montañas, las casas y los campos. Y los campos estaban mojados. La lluvia había caído, suave pero persistente, a lo largo de toda la noche.

Al amanecer se veía, además de la niebla revoloteando por los campos, la fresca hierba toda empapada. Lo mismo las hojas de las nogueras y las de los granados. Las que, unos días atrás, el otoño había arrancado de las ramas de estos árboles. El otoño, el viento y los fríos. Porque, aunque todavía el otoño no había llegado a su final, ya el invierno estaba llegando. La niebla, las lluvias, el frío y la nieve en las altas cumbres, así lo anunciaban.

En el cortijo pequeño, blanco, de piedra, con el musgo trabado en las paredes y aplastado en la ladera, se despertó. Como cada día desde hacía mucho tiempo. Y lo primero que

pensó, al mirar por la ventana y ver la niebla, fue en ella. Luego pensó en la Navidad y después soñó. Despierto y mientras observaba la fina y blanca niebla. Para sí y en su corazón se preguntó: “¿Volverás al llegar ahora la Navidad?”

Y mientras la niebla se iba alzando por las laderas de los cerros, se fue incorporando en su cama. Poco a poco y como si necesitara tomar consciencia del nuevo día. Igual que otros muchos días del año pero hoy con algo especial. Su corazón lo sabía y en su alma lo soñaba.

Ya hacía más de año y medio que había recibido el último correo de ella. Y lo contestó y, aunque no recibió respuesta, volvió a escribirle. Pocos días después, otra vez y luego al cumplirse la semana. A los diez días, a los quince, al mes… Más de cien correos le había escrito ya a lo largo del año y medio de su ausencia pero no recibió ninguna respuesta.

Por eso esta mañana, en apariencia igual a la de cualquier otro día aunque en su corazón especial, de nuevo tenía la ilusión renovada. Imaginaba que hoy sí iba a recibir el correo que tanto estaba esperando. Le animaba la ilusión mientras se iba levantando. Y le animaba las nieblas aleteando por los campos, las lluvias y hasta el frío invernal que la mañana regalaba.

Bajo su ventana, justo rozando la pared, sigue el acebo. El que cada año al llegar diciembre se cubre de mil semillas rojas. Bayas pequeñas como garbanzos que, con los fríos del otoño y las heladas del invierno, maduran. Los mirlos, y uno muy concreto, cada día viene a este acebo en busca de alimento. Al amanecer y al caer las tardes.

Y hoy, mientras se levanta, a sus oídos llegaban los finos trinos de este mirlo. Con la suavidad del nuevo amanecer pero algo melancólico. Porque, cada vez que observa las ramas del acebo, no puede evitar recordarla. Sabe que tampoco pudo compartir con ella ni la visión mágica de este

árbol repleto de bayas escarlatas ni los delicados trinos del viejo mirlo.

Por eso hoy, en cuanto termina de levantarse, se acerca un poco más a la ventana. Abre los cristales y aspira el airecillo otoñal. Huele a musgo, a niebla, a rocío fresco y a honda ausencia. Pero comprueba que el amanecer también es bello y acaricia en lo más profundo del alma. La recuerda y, en este momento, quisiera que estuviera. Presiente que este amanecer tendría mucho más sentido y sería aun más hermoso y bueno si estuviera. Si pudiera compartirlo con ella.

En la chimenea, a la derecha de la sala y por el lado en que el sol se levanta, todavía calientan los rescoldos. La noche pasada, antes de acostarse, estuvo mucho rato sentado frente a la lumbre. Al calor de las llamas que desprendían los troncos de olivo, meditando y escribiendo. Por eso ahora todavía los rescoldos calientan en la chimenea. Bajo las cenizas y en los trozos de tizones.

Y, mientras en el acebo que decora su ventana ahora gorgojean los gorriones, se acerca a la chimenea. Con la intención de avivar las ascuas y también con la intención de alimentarlas con troncos y ramas. Frente a la chimenea y cerca de la lumbre, una silla vieja de eneas y una pequeña mesa de madera. Y, sobre esta mesa, un cuaderno abierto, un bolígrafo y unos cuentos folios escritos.

La noche pasada, antes de irse a la cama, estuvo escribiendo. Sus cosas de siempre, sentimientos y recuerdos, pero todo muy importante para él. Y también para ella aunque no lo supiera. ¡Tanto tiempo hace ya que se marchó y tantos días ha guardado oscuro silencio! Quizá por esto, la necesidad de su alma, es tan acuciante. Y quizá por esto la necesidad de dejar escritas las cosas. Sabes que ella ha sido lo más valioso de cuento en esta vida ha vivido.

En el rincón de la izquierda, junto a la chimenea, otra mesa chica. De madera añeja y por eso sencilla y bella. Sobre el tablero, el ordenador, el teléfono móvil y algunos libros. También dos o tres cuadernos escritos y unos trozos de papeles con algunas notas. En uno de estos papelitos se puede leer. “Cada día espero tu correo. Me escribirás ahora en Navidad”.

Enciende el ordenador. Para que, mientras reaviva la lumbre, se vayan cargando los programas. Porque, enseguida y como cada día, lo primero que hará será mirar el correo. Por si le ha escrito. Es lo que más desea ahora mismo y en cada momento.

Abre también la pequeña ventana que hay frente a la mesa del ordenador. Mira por ella y descubre que fuera, la niebla sigue moviéndose por la ladera de enfrente y los barrancos que bajan del Cortijo de la Viña. Por allá y, entre los bosques de robles, sabe que va la senda que lleva a las cumbres. Y sabe que por esa senda fue y vino varias veces antes de irse. Piensa que luego, quizá a media mañana y si las nieblas se levantan, recorrerá esta senda. Quizá vaya hasta el bosque de los pinos a buscar setas. Porque todavía y, aunque el otoño ya está muy avanzado, hay setas en el bosque.

Pero en estos momentos llueve. Mudamente y sin viento pero llueve sin parar. Lo ha hecho a lo largo de toda la noche, al amanecer y mientras el mirlo entonaba sus primeros trinos mañaneros y ahora ya que el día se abre claramente. Mira mudo por la ventana que hay frente a la mesa del ordenador y piensa que es un bonito día. Melancólico un poco por la soledad que hay en su cortijo, por las nieblas en las laderas y barrancos y por la lluvia y las nubes. Pero hermoso y bueno para meditar y pensar en ella.

Trocea un par de ramas secas. Con un trozo de ellas remueve los rescoldos y sopla sobre las ascuas. En las ramas prende el fuego y, al poco, la chimenea se llena de luz, de

calor, de humo y de llamas. Con el mismo trozo de rama recogen un puñado de ascuas y las retiran de la lumbre. Sobre ellas deposita un puñado de bellotas y espera unos minutos. La estancia se llena de olor a bellotas asadas. Coge varias entres sus manos y las pela. Se las lleva a la boca y, mientras las saborea, se acerca al ordenador.

Con el aliento contenido y con el corazón ilusionado. Pulsa y va directamente al programa de correo. Escribe el nombre de usuario y luego la clave y pulsa intro. Agudiza la vista y, mientras las pulsaciones de su corazón se aceleran, mira fijamente. Espera que en la pantalla aparezca un número indicando la presencia de un correo. Solo uno es el importante para él. No necesita más.

El correo se abre y, donde debería aparecer uno o dos o tres mensajes, se ve un simple "0 no leídos". Suspira hondo y, para sí se dice: "Tampoco hoy…" Alza su cabeza, mira por la ventana y, durante un buen rato, se queda observando los campos y la niebla moviéndose lentamente. Se vuelve luego para la lumbre y, también ahora se queda como extasiado fijo en las llamas. El calor del fuego va llenando poco a poco la estancia del cortijo.

De entre las ascuas coge un par de bellotas, las pelas y se las lleva a la boca. Lentamente las saborea y mira a los cuadernos que descansan sobre la mesa primera. Le entran ganas de coger el bolígrafo, abrir el cuaderno y escribir. Necesita hacerlo para expresar lo que siente. Pero no lo hace. Desde que se marchó, cada día ha escrito una o dos páginas. Para él solo aunque todo siempre pensando en ella. Y, tanto ahora como otros muchos días, se pregunta y se ha preguntado: "¿para quién o por qué escrito todo esto?".

Ya los naranjos, los que crecen en las tierrecillas de la huerta por detrás del cortijo, tienen casi maduras sus naranjas. Y las mandarinas son las que antes han madurado. De las ramas de estos árboles, se ven colgando en ramos deliciosos.

Por eso, ayer por la tarde y antes de que el sol se pusiera, de uno de estos naranjos, cogió tres o cuatro naranjas. Y, al hacerlo, la recordaba. Para si, se dijo: “Si estuvieras, las compartiría contigo. ¡Sería tan hermoso para mí en estos días de otoño!”

Y es que a su memoria acudieron algunos de los días que compartió con ella. Anduvieron por entre estos naranjos y, como por aquellas fechas lo que tenían no eran frutos sino flores, todo el rincón olía a gloria. Y recuerda algunas de las palabras que en varias ocasiones pronunció:
- Nunca en mi vida he disfrutado de un perfume tan fino como el que regalan estos naranjos.
- ¿No crecen estos árboles en tu país?
- Bien sabes que no. Por eso allí apreciamos tanto las naranjas. ¿Sabes? Por las fiestas de la Navidad, una de la fruta más valorada son las naranjas.

Mientras a su mente acuden estos recuerdos observa las tres o cuatro naranjas mandarinas que ayer por las tarde cortó de uno de los naranjos del huertecillo. Las puso en la lacena de ladrillos que hay por detrás y a la izquierda de la chimenea. Se levanta, se acerca a esta lacena, coge una de las naranjas, la huele, la pela y se lleva sus gajos a la boca. ¡Delicioso como el más puro y sano de los alimentos! Por eso otra vez se dice: “Si estuvieras, también en este momento podría compartir contigo el delicioso perfume que ha dejado esta naranja a pelarla”.

La pequeña estancia de la cocina, se había llenado de olor a naranja mandarina. Perfume delicioso que se mezclaba con el de las ramas secas que la lumbre devoraba. Y también con la humedad de la niebla, el de la hierba y la lluvia que por el campo había caído. “Si estuvieras, Dios mío, qué dicha para este corazón mío tan solitario”. Y, mientras saborea los gajos de la mandarina se asoma a la venta que da al barranco del río. Observa lentamente todo lo que ocurre fuera y, pasados unos minutos se vuelve para la lumbre. Calienta sus manos en

el calorcillo que despiden las llamas y luego se acerca a la mesa pequeña. La que está más cerca de la cocina y donde descansa el ordenador. Abre uno de los cuadernos, coge un bolígrafo y escribe:

Desahogando el corazón

"¿Sabes? Los sueños de los que, a lo largo de la vida tanto nos alimentamos las personas, nunca deberían hacerse reales. Porque casi siempre estos sueños buscan la felicidad. Y la felicidad en esta vida tampoco nunca será total. Nunca ningún ser humano ha llegado ni llegará a una felicidad completa. Pero siempre esto es lo que más se desea y sueña. Sin embargo, y lo repito, los sueños que con tanto anhelo perseguimos, en ningún momento deberían hacerse reales.

He comprendido que cuando las personas alcanzamos lo que soñamos, perdemos. A veces, dejamos de sentir y de buscar. Como si nos quedáramos vacíos por dentro o como si se nos entumecieran los sentidos. También como si se nos secara el corazón y el alma y perdiéramos sensibilidad tanto para lo bueno como para lo malo. Por eso creo que la carencia de las cosas, la falta de cariño, la soledad, la desnudez y el olvido nos hace sensibles y fuertes por dentro. Como si la escasez de cosas y personas que nos quieran nos fortalecieran los sentidos para buscar y gustar la vida.

Por esto, desde que te fuiste, desde que guardas silencio y en mi vida solo eres recuerdo, cada hora, cada minuto, cada segundo que pasa me punzan en el alma como si de una espada de fuego se tratara. Es como si me faltara vida y aire para respirar. Y también, como si al mismo tiempo, me asfixiara en ganas de compartir todo lo que en mi vida tengo.

Y, mientras en este mismo momento escribo estas cosas en mi cuaderno, no dejo de mirar por la ventana que se

abre al valle del río. Creo que en algún momento, por entre la niebla y el camino que atraviesa el bosque de los robles, te veo. Caminando despacio hacia lo hondo del río y, al mismo tiempo, pisando los charcos de agua y manchándote del rocío que se traba en la hierba. ¿A dónde vas o a donde vienes y qué traes contigo? ¿Lo recuerdas? Por esta ladera bajaste dos o tres veces el año que estuviste por aquí. Siempre con en un vuelo y como si fueras buscando nunca supe qué tesoro escondido por el valle de los álamos.

Luego un día, de pronto ya no volviste a caminar más por este sitio. Te fuiste y de por aquí desapareciste como por arte de magia. Y sin embargo, nunca ha sido así. Cada vez que me asomo a esta ventana y miro para la ladera del bosque de los robles, te veo. En mi imaginación, en mi sueño, en el alma, en el corazón. Como si nunca te hubieras ido de este rincón y camino. Y como en realidad sí te has ido y guardas profundo silencio, mi sueño un día y otro se mantiene vivo. Y me mantengo vivo por dentro siempre con el deseo de que mi sueño se haga real. Por esto te digo que la vida se siente y adquiere sentido con la carencia de aquello que soñamos. Quiero que estés, necesito de tu presencia y sin embargo, en esta tan gran ausencia, me siento vivo y con ahínco cada día te espero.

Desde que te fuiste, desde que no estás, cada mañana al levantarme lo primero que hago es acercarme a mi ventana. Y, con especial interés, lo hago en estos días. Se acerca la Navidad pero todavía es otoño. Y el otoño, te lo dije un día, es la estación del año que más me gusta. Por las nubes que casi siempre hay en el cielo, por la lluvia que de vez en cuando cae, por el rocío que por las noches se traba en la hierba, por el olorcillo a musgo y a setas que a todas horas regala el aire, por el frío, por la luz especial, por… En fin, son muchas las cosas y matices que especialmente me gustan en otoño.

Por eso, cuando me despierto cada día, pienso en ti y luego me uno al otoño. Hay algo de especial, tanto en el otoño

como en ti, que me hace sentir la paz del cielo. Y por eso, sin gran esfuerzo por mi parte, siento que Dios me regala su abrazo y que tú y el otoño sois parte de este abrazo. Me gusta sentir esto y me gusta meditarlo despacio mientras me voy uniendo al nuevo día, cada amanecer desde mi cama.

Y luego, como ya te decía, me acerco y miro por mi ventana. La que da al norte y junto a la cual crece el acebo. También debes recordarlo. En este árbol cada mañana cantan los mirlos y gorgojean los gorriones. Y me gusta escucharlos mientras me despierto un poco más y me uno a las nubes que se cuelgan en el cielo. ¿Sabes? Es una sensación que no tiene comparación con nada ni se asemejará nunca ninguna vivencia humana. Tú, aunque solo sea en el recuerdo, las nubes, el vientecillo, la luz tamizada del otoño concreto, el nuevo día, la tierra mojada, la hierba, los álamos ya sin hojas, el silencio, las… Todo es tanto y tan deliciosamente acaricia en el alma que tengo claro que es parte del cielo que desde niño sueño.

Por eso, y lo vuelvo a repetir, creo que el otoño es la estación más hermosa de las cuatro del año. Y por eso hoy, también al levantarme y ahora mismo, miro por mi ventana. Me sorprenden las nubes grises coronando las montañas, me dejo embelesar por las nieblas que ascienden por los barrancos y me extasío en la hierba toda mojada por la lluvia que ha caído a lo largo de la noche. Y claro que quisiera que estuvieras para que vieras estos y, sobre todo, para que comprobaras lo hermoso que es el otoño en esta tierra mía. Y más hermoso lo es ahora que la Navidad se acerca.

¿Recuerdas aquella Navidad? ¿Recuerdas aquel otoño por la colina ocre del castillo viejo? ¿Recuerdas aquel bosque y las hojas que el otoño derramó por las praderas? ¿Recuerdas el agua del arroyuelo, la garza real sobre la copa del ciprés viejo, las acequias bajando repletas, las madroñeras cuajadas de flores y con los madroños rojos colgando? ¿Recuerdas el siseo de las hojas al atardecer?

Creo que algunas de estas cosas sí las recordarás pero otras quizá no. Tu tiempo por esta tierra mía, aunque fue intenso, también resultó breve y por eso no tuviste oportunidad de gozar los matices de las cosas. Esto y lo sé y de ello no me lamento sino que me esfuerzo cada día en recogerlo para guardarlo y que en algún momento lo sepas. Y para ello, creo que no hay mejor momento en el año que ahora en otoño y cuando la Navidad viene llegando. La colina ocre del castillo viejo, en lo que va de otoño, la he recorrido cada tarde. Y poco a poco cada día he ido recogiendo trozos del otoño y trozos del cielo que por esta colina aletea, por entre los álamos y el bosque. Siempre pensando en ti y por eso todo para ti. Quiero regalártelo para que no se te olvide nunca y para que descubras lo hermoso que son estos rincones en otoño y cuando se acerca la Navidad.

¿La portada del libro? ¿Y el libro en sí y su contenido? Voy a dejarlo escrito en este cuaderno mío para que lo sepas. Porque ya dije que, para ti, he ido recogiendo todo el contenido que ahora mismo hay en el libro. ¿Y sabes dónde lo tengo?

A la derecha de la cocina, no muy lejos de la chimenea, hay una pequeña estantería. Construida de piedra y por eso muy sencilla pero artística. En este lugar he ido poniendo algunos de mis libros. Los que conociste cuando por aquí viniste y otros muchos que aun no has visto. Pero todos son míos. Sencillos, con muchas y bellas fotos algunos de ellos y otros, solo páginas de texto. Poesías, relatos, sueños, rutas, cuentos… Mi mundo particular y del que, a pesar de mi interés, casi nada has llegado a saber.

Pues entre estos libros, solo hace unos días, he puesto el que te vengo diciendo. ¿Su título? Te lo digo: “El otoño desde la Alhambra”. Lo soñé al acabarse el verano y me puse mano a la obra justo cuando comenzó el otoño. Y, fielmente cada tarde, he ido recorriendo ese impresionante y bellísimo rincón para recoger lo mejor, ahora en otoño. Lo he conseguido. A mi manera y con mi sello particular pero sincero

y bello. Sí, no me rescato en decir lo que de verdad siento. Creo que me ha quedado un libro muy bello. Porque además, es un tema que nunca nadie tocó. Y mira que se han escrito libros de este rincón.

Así que por todo esto, estoy animado y me siento bien. ¿Qué como está estructurado y su contenido? Te aclaro que en esta ocasión, a diferencia de otros muchos libros míos, éste solo contiene fotos. Algunas líneas de texto para explicar, muy escuetamente el motivo o el sitio, y nada más.

En este libro se recogen los matices, colores y olores del otoño en el recinto de la colina, los jardines que le rodean y los bosques de la colina donde se asienta. Una peculiaridad única y de una belleza singular. Los colores del bosque según las hojas van muriendo, los frutos y semillas del otoño, las luces y sombras, los cielos y atardeceres, el agua, las setas el musgo… En realidad, la colina de siempre, asombrosa y admirada, pero aquí mostrada e interpretada desde un ángulo y visión muy especial.

Y en un segundo tomo se muestran todos los matices y detalles que ya y he dicho arriba, empezando el día **25 de noviembre hasta el día 25 de diciembre**. Segunda parte mucho más hermosa, si cabe, porque en estos últimos días del otoño es cuando los bosques de este lugar manifiestan sus más asombrosos colores y cambios. Este es el índice:

El otoño por la colina, Los bosques, El otoño en los bosques, Hojas de otoño, Alfombras de hojas otoñales, El agua en el otoño de la colina, Contraluces otoñales, Flores en el otoño, Frutos y semillas de otoño, Atardeceres otoñales, La luna en el cielo de la colina, El musgo del otoño, Fauna en los bosques, Nieve en las altas cumbres desde la colina.

¿Que te comente cada capítulo y cada foto? Sí que sería una bonita forma de compartir contigo este trabajo mío y que tan contento me ha dejado. Pero ahora aquí no voy a

hacerlo. Creo que es necesario verlo materialmente, tenerlo entre las manos, tocarlo, olerlo…Ya sabes: siempre hay cosas que no pueden describir las palabras y, en esta ocasión, mucho menos. Y por otro lado, en el día de hoy, necesito compartir contigo una realidad diferente que aun no tengo recogido en ningún libro.

Ya la mañana va muy avanzada. Las nieblas se han alzado, el sol se filtra por entre los robles de la umbría y los álamos del río y el día parece abrirse. ¿Sabes? En la ciudad, también ya se preparan para la Navidad. Y yo he pensado recorrerla poco a poco, igual que he hecho por la colina del castillo viejo. Para hacer fotos de todo aquello que a ti tanto te llamaba la atención. Para construir un nuevo libro que voy a titular: “El invierno y la Navidad en Granada”. Para así ocupar mi tiempo, mientras espero que me escribas y sueño que llegues por Navidad.

Tú lo sabes bien: mientras vamos avanzando por la vida, mientras los días van resbalando sobre nosotros, los pies se nos llenan del polvo del camino. Y tanto, en algunas ocasiones, que nos impiden andar y, mucho más, levantar vuelo. Ese vuelo que tanto, a lo largo de la vida, soñamos. Y tú, yo creo, más que nadie. ¿No lo recuerdas?

La roca de la ladera, la de la solana que mira al río, a la gran llanura por donde el río se aleja, fue testigo de este sueño tuyo. Varias veces en aquellas tardes de cielos azulados y atardeceres rojos, que tanto te gustaban. Y yo también fue testigo, mudo y asombrado y al mismo tiempo jubiloso. Recuerdo que decías:
- Si desde aquí mismo salto y al caer la tarde abro mis brazos ¿podría volar?
Te respondí:
- Yo quiero hacerlo primero.
- ¿Quieres comprobar si puede ser verdad?
- Esto y también quiero ir al sitio concreto. Sé donde se encuentra el árbol de tronco viejo repleto de musgo.

- ¿Y qué hay en ese árbol que parece tiene para ti tanto misterio y muestras tanto interés en que lo conozca?

Y a esta pregunta tuya nunca pude dar una buena respuesta. Y lo que querido muchas veces y otras tantas lo he intentado. Pero aun hoy todavía no tengo la respuesta clara y concreta. ¿Sabes? El árbol de tronco seco y musgo denso desde el suelo hasta la cruz, crece en la umbría. Al final del bosque de los robles y donde hay una pequeña ladera. Y es de una visión asombrosa. Por el color del tronco, ceniza cielo y por el intenso color del musgo. También por la robustez de su tronco y por las cicatrices que muestra. Pero su auténtico misterio se encuentra que de este viejo trono brota.

Cuando te lo comentaba siempre me decías:
- ¿Y no puedes grabarlo con tu aparato pequeño para luego regalármelo?
- Yo lo quiero y más de una vez lo he pensado pero dime ¿cómo se graba el silencio?
- ¿Hay que vivirlo directamente y escucharlo?
- Hasta ahora esto es lo que sé. Y lo mismo el resto de los humanos.
- ¡Es una pena!

Y claro que lo es. Por eso yo hoy lo recuerdo y por eso hoy de nuevo quisiera hacerte este regalo. Sé que no vale una foto del musgo verde del tronco viejo y también sé que no serviría de mucho que te lo cuente. Que lo deje escrito en este cuaderno. Sigo sintiendo la necesidad de grabarlo. Si, en mi aparato digital pequeño. Y ahora que el otoño se acaba y se acerca la Navidad. Mientras sueño que escribas o vengas, me gustaría intentarlo. Tengo una verdad muy concreta ahí, como clavada en ese viejo tronco y su musgo, que necesito que sepas.

Por otro lado, al borde del camino, las hojas del otoño se han acumulado. Junto a los troncos de los árboles, por entre la hierba y a lo ancho de la llanura. Se les ve ya secas y con los

colores apagados. La vida, el tiempo, el otoño, sigue su ritmo y nada ni en nada se detiene. Las hojas secas de lo que ayer fue primavera, en estos días y momentos, por doquier se les ve desparramadas.

Y ahora, esta mañana y día concreto, parece como si conmigo estuviera esperando a la Navidad. Este año, según oigo a cada momento y por la calle, las fiestas que se acercan, no van a ser buena para muchos. Algunos han perdido su trabajo, muchos no tienen casa y viven en la calle, otros no tienen ni siquiera donde comer, bastantes jóvenes desorientados porque no tienen ni dinero ni casa ni trabajo. En fin, la Navidad que se acerca y tanto en ella te estoy soñando, parece que no traerá gran alegría para muchos.

Sin embargo, yo me conformo con poco. Solo con que me escribas o vengas. Solo con que el cielo me permita compartir contigo esto que escribo. Porque, a pesar de todo, me siento privilegiado. Vivo frente y entre las montañas, que es lo que siempre me ha gustado, tengo una lumbre para calentarme, soy libre, medito y rezo al cielo y sigo persistente esperando.

Día de frío

Dejó el bolígrafo sobre la mesa. Cerró el cuaderno, miró por la ventana y se acercó al ordenador. Hizo clic nuevamente para que se renovara la página. Esperó unos segundos y enseguida vio el texto de siempre: “0 mensajes leídos”. Se puso y escribió: “Hola: ¿Dónde celebras este año la Navidad cristiana? ¿Estás en mi país o en el tuyo? Si estás en tu país ¿por qué no me mandas algunas fotos de nieve? Y tuyas ¿por que no me mandas algunas fotos de ti? Me gustaría verte. Te recuerdo con cariño. Y la ciudad de la vega, la ciudad que tanto te gusta, en estos días está muy bonita.

Te mando algunas fotos más para que tengas una idea más completa de como son ahora las cosas por esta ciudad. Por las noches se ve muy bonita y, en las iglesias y las casas, muchas personas ponen el belén. Es curioso como estas fiestas, Navidad cristina, casi todo el mundo las celebra, de una manera u otra.

Son fiestas muy hermosas que, de alguna manera, intento compartir contigo. Que Dios traiga a tu vida muchas cosas buenas y que también celebres estos días con mucha alegría y con el corazón lleno de esperanza e ilusión. Gracias y saludos sinceros"

Buscó en el ordenador, adjuntó diez o doce fotos y envió el correo. Cerró luego la página, apagó el ordenador, se levantó y se acercó a la chimenea. Buscó luego por la estancia y por la habitación cercana, cogió su mochila, metió algunas cosas dentro y salió.

La mañana ya estaba muy avanzada. Casi mediodía era. Las nieblas se había alzado pero aun así, por el lado de la umbría y por detrás del cortijo, en la hierba se veía la escarcha. Blanca como nieve recién caída y muda como el día mismo y el campo que antes sus ojos se extendía. Pero pensó para sí que la mañana, todo lo que en ese mismo momento el cielo le regalaba, era hermoso como pocas cosas en este mundo. Y más aun lo era el pequeño acebo de su ventana. El verde de sus hojas resplandecía con la luz del día y los gorriones y los mirlos entre sus ramas se refugiaban. Como si esperaran no se sabía qué gran acontecimiento.

Por entre los naranjos de su pequeño huerto, caminó despacio. Fue mirando y otra vez, para si, se decía que también estos árboles eran hermosos. De sus ramas, verdes, fuertes y sanas, colgaban los ya casi maduros los frutos. Su color naranja también relucía con la luz del silencioso día y hasta exhalaban pequeñas nubecillas de perfume puro.

Caminó despacio y se acercó a los tres naranjos cargados de mandarinas. Los del rincón, entre el laurel y los limoneros. Sus ramas aun estaban más cargadas que las de los otros árboles. Y los frutos, mandarinas pequeñas y un poco manchadas de rocío, sí se veían por completo maduros. Por eso, del naranjo que hay junto a la higuera de la esquina, cogió tres o cuatro mandarinas. Las metió en el macuto y luego cogió algunas más. Peló una de ellas y la saboreó despacio, deleitándose al mismo tiempo del aroma que desprendía.

En el huerto, esta mañana, todo parecía dormir un sueño casi perfecto. Como si también esperaran un gran acontecimiento. Las parras ya sin hojas, las higueras también con sus ramas desnudas, los caquis, los membrillos, los granados… Hasta las últimas matas de pimientos. Todavía mostraban algunos pimientos aunque pequeñas y un poco ennegrecidos por el frío de las heladas. Por eso las tomateras ya se habían secado por completo. No era el momento de hortalizas en el huerto. El otoño este año había llegado repleto de noches frías, escarchas, nieves en las montañas y algunas lluvias. Y ahora se acercaba el invierno. Ya estaba a solo dos pasos.

En el rincón que da al río, por donde, a la orilla del huerto, crecen las chumberas, se acurrucaba su perro mastín. Blanco, casi del color de la nieve, de aspecto recio y fuerte y por eso también sano como un roble. Se acercó a él, lo llamó, le regaló un par de caricias y luego le pidió que lo siguiera. Y, sin más, los dos, se pusieron a caminar por la sendilla que, desde el pequeño cortijo de piedra, desciende al río en busca del bosque de los robles.

El río, aquella mañana ya casi en la mitad del día, bajaba bastante lleno. Por eso, el rumor de su corriente, se oía con toda claridad desde el pequeño cortijo de piedra y más aun desde el huerto y por la ladera que desciende. Y él se dejó envolver por este rumor misterioso, un poco melancólico pero deliciosamente espiritual y mágico. Recordó que a ella, una de

las cosas que también le gustaban mucho, era el rumor de las aguas del río y la contemplación de la corriente misma. Y pensó que hoy sí era un día hermosísimo y perfecto para que estuviera.

El río que divide las tierras, entre el Cortijo de la Viña y el cortijo del Laurel, viene de las profundas sierras. Al levante y un poco al norte. Por donde se elevan los montes y los bosques son espesos. Desde todos estos montes los arroyuelos descienden y, según se van juntando, van dando forma al gran río. Por eso, este cauce, a la altura del vado por donde la senda llega, el río no tiene mucha agua. Sí unas vegas muy anchas, repletas de álamos y sauces y también varias cascadas. Se remansan los charcos por entre los álamos y los juncos de las riveras y se riza la corriente por entre los peñascos.

Mientras desciende por la senda hacia el valle del río, sueña, mira y la recuerda. Los montes de donde descienden los arroyuelos, están todos impregnados de ella. De aquellas tardes entre las mil flores de la primavera, de aquellas mañanas cuajadas de olor a castañas asadas, de aquellos días de verano al fresco airecillo a la sombra de los pinos y de aquellos días vestidos con el inmaculado traje de las nieves.

Es lo que más reluce hoy por los montes de los arroyuelos.

El Pequeño

1- Ya ha pasado el invierno, la Semana Santa en Granada, las Cruces de mayo y casi por completo la primavera. Ya son los días mucho más largos y hace calor y ni siquiera nubes hay en el cielo. Se acerca la feria de Granada y, con

esta fiesta, la llegada del verano y el calor asfixiante que casi siempre trae consigo esta estación del año.

En el campo y, en especial por las tierras del Cortijo de la Viña, las plantas se ven repletas de vida. En los árboles las almendras ya están muy desarrolladas, muy gordas se ven las nuevas cerezas, los naranjos y limoneros están cuajados de flores, los membrillos y las granadas también se ven ya muy hechas y lo mismo muchas plantas en la huerta: las habas, los ajos, las cebollas, las lechugas, los pimientos y tomateras. Y, un poco más arriba y por la Vega de Granada, las cosechas de cereales, trigo, cebada y avena, verdean fuertes y se extienden como prados prometedores.

En dos pinceladas, esta es la presencia de vida por las tierras del Cortijo de la Viña, al norte de Granada y por las montañas que rodean. Pero ¿y dentro del cortijo mismo? ¿En sus habitaciones, salas y pasillos? Desde que faltan ellas, dos años y algo más, nada en el cortijo igual. Porque, aunque parezca mentira, se les echa de menos. A Guela, a Lera, a Yulia, a las que vinieron después y, sobre todo, a Albina. Se fue, la que la niña llamaba “Luz del Alba”, sin despedirse de nosotros. Sin darnos un beso, sin decirnos y nosotros, a pesar de aquellos días tan malos, no la hemos olvidado. Creímos, desde el primer momento, en la bondad de su corazón y aun seguimos manteniendo esta opinión.

Por eso, en el Cortijo de la Viña, en muchos momentos, parece que ya nada es lo mismo y que nunca más volverá a serlo. Las echamos de menos en cada momento. La niña me lo dice una vez y otra y yo lo noto sin quererlo. Y, ahora que la primavera, una vez más despliega sus colores y olores de hada mágica, más y más el corazón las recuerda. Ni siquiera Granada, la ciudad del misterio, de la luz y de las esencias, parece hermosa. Cuando, al caer las tardes algunos días damos un paseo por la ciudad, un extraño vacío parece retumbarnos continuamente en el corazón. Es como si nada tuviera sentido ni sirviera desde que se fueron.

Me decía la niña la otra tarde:
- Y lo peor de todo es que ni siquiera hemos podido decírselo a ellas.
- ¿Qué es lo que no hemos podido decirle?
- Esta forma de vacío que por aquí han dejado. Este no poderles olvidar, este echarlas tanto de menos. Pienso que si, al menos hubiéramos podido compartirlo con ellas, tendría algún sentido.
Y, al oírle esto, a veces guardo silencio. Otras veces miro a la blancura de la nieve sobre las cumbres de Sierra Nevada y luego miro al cielo. También como ella me encuentro desorientado. Porque sé que habla con fundamento y es sincero lo que siente y dice.

Quizá por esto, en algunas ocasiones, le digo:
- Vamos aprendiendo.
Y me pregunta:
- ¿Qué es lo que vamos aprendiendo?
- La realidad concreta de la vida y que solo puede enseñar el paso del tiempo. Ya ves, en otras ocasiones, hasta rezábamos por ellas.
Y la niña guarda silencio. También sabe que, desde hace algún tiempo, creemos en el cielo de otra manera. Ya no esperamos del modo en que lo hacíamos antes. Ahora guardamos silencio y sabemos que muchas cosas no volverán a ser nunca jamás, tal como las imaginábamos en nuestros sueños.

2- Pero el cielo no abandona nunca. Y, tanto es así, que a veces hasta da sorpresas. Cuando uno menos se lo espera y, en los momentos de más desánimos, sorprende con lo que jamás hubiéramos esperado. Y lo digo tan convencido porque esto es lo que a nosotros nos ha sucedido. Y justo aquí, en las tierras y rincones del Cortijo de la Viña.

Iba avanzando el invierno y los días eran fríos. Llovía por las tardes y por las noches y las tierras se cubrían con el

verdor propio de la vida. Por entre las nogueras de la cañada del balneario, íbamos una tarde de estas, simplemente dando un paseo. Mirando las sencillas cosas que la naturaleza mostraba y dando un repaso a los recuerdos. Trazamos la curva del caminillo y ya estábamos frente a la cascada del arroyo del balneario. Me dijo ella:
- Cuando por aquí pasaron, en aquellos días de su presencia en Granada, siempre dejaban estos rincones vestidos de su gracia.

Y, me disponía a un pequeño comentario a lo que acaba de expresar, cuando sentimos su llamada. No la llamada de las amigas que en ese momento íbamos recordando sino la de un pequeño animal para nosotros nuevo. Por eso nos paramos, miramos y preguntó la niña:
- ¿Qué será?
Respondimos a la llamada intentando descubrir y recibimos una respuesta. De nuevo el animal se oyó y ahora pudimos distinguir que eran maullidos de un gato. Bajamos un poco por la ladera y, tras unos peñascos y matas, lo vimos. Era un gato blanco, semejante a nieve, muy reluciente y muy regordete. Se acercó a nosotros. Llamándonos como si nos hubiera conocido de toda la vida. De este mismo modo le respondía la niña. Por eso el animal se vino hacia ella, dando la impresión de implorar una caricia y, al mismo tiempo, sentirse protegido.

Esto hizo que la niña comentara:
- ¡Fíjate que cariñoso! Parece como si nos conociera de toda la vida. Y también parece que hubiera sido abandonado por su dueño.
Observando a la niña y recreándome en la presencia del animal, comenté:
- Sí, parece que lo que dices. Que alguien lo ha dejado abandonado. Seguro porque ya no puede tenerlo en el piso o seguro porque ya no lo quiere.

Esto dije yo creyendo que las cosas podrían ser así. Y también porque bien sabía que, como la niña, que en las tierras

del Cortijo de la Viña, nunca antes habíamos visto a un gato como el que teníamos antes nosotros. Y, como parecía tan bueno y al mismo tiempo tan despreciado, de nuevo comentó ella:
- Lo acogeremos entre nosotros, le daremos de comer y lo haremos nuestro amigo.
Y, sin más, después de algunas caricias y palabras de ánimo, ella se lo fue llevando hacia la puerta del cortijo. Le decía:
- Vente conmigo. Quiero que conozcas donde vivo. Si te gusta mi cortijo, a partir de ahora mismo, será tu palacio. Y yo te cuidaré para que tu vida no sea muy desgraciada. No lo sabes pero te contaré que también nosotros nos hemos quedado sin amigos.

Comenzó la niña a subir por la ladera y vi que el animal la seguía. La primera la llamaba y la segunda seguía sus pasos totalmente confiada. Me di cuenta que era hembra. Y me di cuenta que su pelo era largo y sedoso. Como lana de corderillo recién nacido. Por eso le dije a la niña:
- ¿Sabes? Creo que es de raza de angora. Una raza de gatos que proceden de Turquía, de la capital de Ankara y que son de carácter muy tranquilos.
- Sí, ya lo estoy viendo. ¡Es tan bonita y mansa que me va a gustar mucho tenerla por amiga!

El tajo del río Darro

En este lugar el río traza una pequeña curva y, al otro lado y ladera de la colina de la Alhambra, se ve el gran tajo. ¿Sabes a qué me refiero? Se le conoce por el Tajo de San Pedro. Y te lo voy a contar para que conozcas, de esta ciudad que tanto has amado, algunas cosas más. Porque la histórica brecha que se ve en esa ladera, encierra un echo muy curioso, aunque pocas personas lo saben. Te lo cuento.

El río Darro, es uno de los tres que llegan y atraviesan la ciudad de Granada. El más largo y caudaloso es el Genil pero el más impetuoso, aunque también bello y beneficioso, es este río Darro. De este cauce hay

muchas cosas escritas y desde tiempos muy lejanos. Por ejemplo: ¿sabes cuantas veces este río ha tenido grandes crecidas? Están en los archivos y a partir de una fecha muy concreta. Desde el año 1478 a 1983, el río Darro y a su paso por Granada, se ha desbordado 25 veces. Una media de 4,5 veces por siglo. La fecha concreta, a partir de la cual se tienen datos de estos desbordamientos, es el 21 de junio de 1478. En ese mismo día se produjo una fuerte tormenta. Llovió tanto que se desbordaron los tres ríos de Granada, el Beiro, el Darro y el Genil. Pero por el Darro fue por donde más agua corrió. Su corriente arrastró árboles, se taponaron los puentes y arrasó gran parte del Zacatín y la Alcaicería. Murieron varias personas.

Otra fecha significativa en este río fue el 28 del año 1629. Por el surco de su cauce, bajó una de las riadas más grandes de todas las que se tienen noticias. La crecida se llevó por delante muchas viviendas del barrio del Albaicín, plaza Nueva, Zacatín y Alcaicería. Fue tan grande esta riada que hasta se inundó gran parte de la catedral. Murieron más de cien personas. Por los barrancos de la colina de la Alhambra, las aguas bajaron en grandes trombas, arrasando unas 54 viviendas. También el río Beiro, ese día, inundó muchas casas en el barrio de Cartuja.

Pero la anécdota que deseo contarte y que protagonizó este río, ocurrió exactamente el día 5 de marzo del año 1600. De nuevo por este cauce bajó una tan gran riada que se llevó por delante un buen trozo de la colina de la Alhambra. Las aguas socavaron las tierras de la ladera, justo en esta curva a la altura de la iglesia de San Pedro. Hubo un gran desprendimiento y apareció la torrentera que hoy día vemos claramente. Y, desde entonces y por este hecho, a este lugar y punto concreto se le conoce con el nombre de Tajo de San Pedro. A lo largo de los siglos y años que siguieron este río se ha ido desbordando de vez en cuando. La última gran crecida tuvo lugar el 22 de marzo del año 1983. Por las sierras y parte de la ciudad de Granada descargó una fuerte tormenta. El río Darro y, una vez más, se llenó tanto que las aguas inundaron muchas zonas de la ciudad, a su paso por ella. Hace ya casi 25 años que este río no ha vuelto a desbordarse. Y, según los datos que se conocen, lo ha hecho una vez cada veinte o veinticinco años. ¿Volverá a hacerlo nuevamente y cuando?

14- El romántico de las montañas

A mamá águila, le preguntó el joven polluelo:

- ¿Por qué se te ocurrió hacer tu nido aquí y no en aquellos altos y recios pinos?

Mamá águila miró a su retoño y vio que ya le estaban saliendo las plumas. En las alas y en la cola y por todo el cuerpo. Agachó su cabeza, dio un gran picotazo a la pieza de caza que tenía entre sus garras, arrancó un buen trozo de carne y, en su recio pico, se la puso delante al polluelo. Éste, lanzando un agudo pío, con gusto cogió el manjar que la madre de regalaba. Y, conforme se lo comía, volvió a preguntar:
- Di ¿por qué se te ocurrió hacer tu nido en este acantilado?

No hubo respuesta. El polluelo siguió insistiendo:
- Y te lo pregunto porque a mí me habría gustado que nuestro nido estuviera ahora mismo entra las ramas de aquellos altos pinos. Creo que desde ellos se ven muchas más montañas, ríos, valles y llanuras que desde los paredes de este acantilado. ¿Por qué elegiste para hacer tu nido estos recios farallones y no aquellos hermosos pinos?
Mamá tampoco contestó a esta nueva pregunta del polluelo.

Movió su cabeza, miro con cariño a la pequeña, hermana menor del polluelo macho, arrastró con sus garras la presa de caza y la dejó delante de su cría. No pronunció palabra pero a su modo le estaba pidiendo que comiera. Desde hacía un tiempo se estaba quedando cada vez más delgada mientras que el hermano mayor, crecía y crecía. Mamá, luego miró al vacío y quiso lanzarse desde el nido y alejarse en un rápido vuelo. Pero antes de hacerlo oyó que otra vez el polluelo saludable le volvía a preguntar:
- Nunca me has contado qué es lo que hay por ese ancho valle que desde este sitio veo. ¿Por qué hiciste tu nido en este gris acantilado y no en los viejos pinos de aquella alta montaña?

Mamá águila dio un gran salto y, desde el nido en la repisa del acantilado, se lanzó al vacío. Y ni siquiera tuvo que batir las alas. Porque el acantilado de su nido estaba casi en la cumbre de la montaña. En uno de los hermosos y recios cortados del Banderillas y por eso, a su izquierda según descendía, de abría la honda y ancha depresión del río de cristal, el Borosa. Y por si izquierda también se abría el

profundo valle del río azul esmeralda, el Aguasmulas. Y por el centro, el arroyo de la Campana y las cumbres del Calarejo. Su mundo desde que había nacido y por eso importante y único para ella.

Y desde su altura por donde planeaba dominaba con claridad cara rincón, árbol, roca, llanura o ladera.

EL nacimiento de un tercer pollo de quebrantahuesos (Gypaetus barbatus) en el Centro de Cría y Reintroducción del Guadalentín, en Cazorla (Jaén), ha culminado la temporada de reproducción de esta rapaz en peligro de extinción en cuya recuperación trabaja la Consejería de Medio Ambiente. El ejemplar, que se encuentra en buen estado, ha pesado al nacer 146 gramos y es cría de Elías y Viola, una pareja cuya primera puesta ha sido fructífera aunque tardía, ya que la diferencia de este pollo con otros ejemplares nacidos este año en el centro es de casi dos meses. Por este motivo, y dentro del protocolo de actuación tras el nacimiento, el ave estará sometida durante los próximos días a un estricto control por parte de los técnicos del centro para evaluar su desarrollo.

Dos ejemplares

El Centro de Guadalentín ya fue testigo durante el mes de febrero del nacimiento de otros dos ejemplares, ambos descendientes de Cabús y Corba, una pareja con más experiencia dentro del programa de cría. El primero de ellos pesó al nacer 154 gramos mientras que el segundo, que vio la luz a mediados de febrero, rondó los 152 gramos. Una tercera pareja del centro, Teyo y Sabina, también primeriza, no ha podido finalmente sacar adelante ningún huevo en esta temporada.

El Centro de Cría del Guadalentín alberga en la actualidad, además de los nacidos este año, a otros 18 ejemplares de quebrantahuesos, de los cuales 10 son machos y 8 hembras. Desde el año 2001 han nacido en estas instalaciones alrededor de 15 pollos que se han

destinado a reproducción en cautividad, a la suelta y al intercambio con otros países de Centroeuropa con los que hay establecidos convenios para su recuperación, con el objetivo de garantizar la variabilidad genética y la consiguiente fortaleza de los ejemplares que permanezcan en Andalucía. De hecho, tras los nacimientos registrados este año, la Consejería mantiene su pretensión de proceder este año a liberar en el Parque Natural de Cazorla, Segura y Las Villas a, al menos, otros dos ejemplares.

15- El arroyo

El arroyo en sí, su corriente clara, el verde de los bosques que le rodea, las laderas que caen, las aguas reluciendo, la corriente saltando, las cascadas blancas, la luz en las aguas reflejándose… el arroyo en sí es un trozo de sueño limpio que cada noche rebosa desde mi alma. Y cada noche es más bello y se ve más fuera de la tierra y del tiempo.

Así se lo decía a la niña aquella mañana de primavera. Bajábamos por la senda estrecha que va salvando el desnivel y las rocas y ya se veía al fondo el surco por donde se abre paso el arroyo. Nos paramos cerca de los pinos gruesos y miramos despacio. Me preguntó ella:
- ¿Está fría el agua de los charcos claros?
- Fría no, es nieve derretida hace solo un momento.
- Entonces ¿cómo me baño?
- Yo no lo sé pero si te digo que venir a este arroyo y no empaparse de su esencia única, no tiene sentido.

Despacio seguimos mirando durante un rato y luego, antes de continuar bajando, me volvió a preguntar:

- ¿Iremos también a las cascadas que tantas veces me has nombrado?
- Tenemos que ir. El arroyo no sería tal sin las cascadas que sabemos.
- ¿Y qué es lo que allí quieres enseñarme?
- Aunque ahora intentara explicártelo no lo entendería claramente. Tenemos que ir, ponernos allí, observar despacio y dejar que el alma lo guste. Solo así podrás comprenderlo, sino en toda su esencia, sí en lo más delicado.

16- El joven de la túnica blanca

Lo más hermoso de la vida es soñar. Mucho más hermoso que ser muy rico y tener mucho dinero. Más hermoso aun que la misma vida y mucho más placentero que la realidad más perfecta.

Y lo más difícil de la vida es conseguir hacer real los sueños que soñamos. Muy pocas veces, en la vida, lo logramos. Pero lo segundo más hermoso de la vida es luchar por los sueños que soñamos. Y en la lucha por alcanzar lo que soñamos es donde gastamos la vida entera. Así que la vida es solo una lucha por materializar el sueño que en el corazón llevamos. No hay más. En este sencillo esquema se encierra la vida de todas las personas que vivimos en esta Tierra.

Pero una cosa más tengo muy claro: en la lucha por hacer real el sueño que llevamos dentro, es donde se encuentra la gran verdad. No en el sueño que soñamos ni en la realización de este sueño, sino en el esfuerzo por conseguirlo. En esto gastamos la vida entera y es donde vamos encontrando, a veces alegría, otras veces, desánimo,

cansancio, ilusión, gozo… Todo, todo aquello de lo que está hecha nuestra vida. La parte espiritual y la parte material.

Esto es lo que me decía a mí mismo la otra noche, mientras, pensando en ti, me iba quedando dormido en la solitaria habitación que me cobija y al fresco vientecillo del verano. Y me quedé dormido. Tuve un sueño y en él seguía pensando que lo mejor de la vida es luchar por el sueño que, en el alma, cada uno llevamos. Era por la tarde. Me vi caminando por algunos de los rincones de Granada, buscándote. Por algunos de los sitios que sé has estado. Y, aunque sabía que no iba a verte, ni ahora ni nunca, caminaba ilusionado. Y, mientras iba caminando y mirando las cosas y a las personas, me decía a mí mismo que tenía que encontrar la manera de contarte, en un sencillo relato, lo que siento y lo que sueño. Para que sepas lo que has sido y lo que has dejado por esta ciudad de Granada.

En mi sueño me vi sentado junto al árbol de los tres pies. La ciudad de Granada por la vega, por donde el río se aleja, y a mis espaldas y sobre la colina, se alzaba la Alhambra. Desde las altas cumbres de Sierra Nevada vi bajar como una nube azul y, al llegar al barranco del río Darro, se paró. De la nube se descolgó como un camino ancho y por él vi bajar a un joven vestido de blanco.

Al llegar a la tierra, junto a mí se sentó. No me preguntó nada. Fijo y mudo miraba para el Paseo de los Tristes, por donde los turistas iban y bajaban. Le pregunté:
- ¿Buscas algo?
No me respondió. Se me quedó mirando y otra ve le pregunté:
- ¿De dónde vienes?
Y ahora sí me dijo:
- De un país lejano.
- ¿No eres de la tierra?
- Mi país es pequeño, tiene montes, ríos, flores y mucha hierba.
- ¿Y allí vives solo?
- vivía solo hasta que un día apareció ella.

- ¿Quién es ella y qué le ha pasado?

El joven vestido de blanco guardó silencio. Miro para las aguas del río y luego para la alta colina de la Alhambra. De nuevo me dijo:
- Ella era baja, morena, ojos pequeños y siempre iba vestida de blanco. Jugó conmigo y me enseñó a soñar a lo largo de mucho tiempo. Hasta que un día me dijo:
- Me voy a la tierra, a la ciudad de Granada. Quiero conocer mundos y a otras personas.
El joven guardó silencio. Aproveché para preguntarle:
- ¿Y se vino y a ti te dejó solo en el país de la hierba?
- Se vino y empecé a recordarla tanto que también me he venido a buscarla. ¿A quién y por dónde podría preguntar por ella?

Pensé durante unos segundos y luego le pregunté:
- ¿Quieres que convoquemos una reunión?
Me miró fijo y no me contestó. Le seguí aclarando:
- Sí, he dicho bien. Si tú quieres y piensas que puede servir para saber por dónde anda ella, podremos convocar una reunión. Yo no sé ahora mismo de qué manera pero podría ser para todas las personas que viven en esta ciudad de Granada. Para preguntarle por ella y decirles que la necesitamos. Si se ha venido a esta ciudad seguro que alguien la conoce o la ha visto por algún lado.

También yo ahora me uní a sus miradas y silencio. Pero ya en mi corazón imaginaba la forma y el lugar dónde podría celebrarse la reunión que le anunciaba. La forma sería haciéndoselo saber a todas las personas que viven en esta ciudad. A todas y especialmente a los jóvenes y, más especialmente, a los jóvenes extranjeros. Para que ellos se enteren de las cosas y aporten lo que puedan. Y el lugar de esta reunión podrían ser las laderas al norte de la Alhambra, todo el barranco del río Darro, por el Paseo de los Tristes hasta la Fuente del Avellano. ¿Que cómo podríamos reunir aquí a tantas personas? También esto ya lo tenía yo imaginado.

Creando aquí, en este gran barranco y corazón de Granada, un auditorio. Sí, para que todo el mundo se pueda sentar y así escuchar más atentamente el mensaje. Y, como en mi mente también tenía otras cosas ya imaginadas, le volví a comentar:
- Aunque creas que es una fantasía podríamos conseguirlo.

Siguió él sumido en su silencio acariciando con sus miradas las aguas de la corriente del río. Otra vez le dije:
- Lo de transmitir el menaje a las personas aquí congregadas, me encargo yo. ¿Ves aquel edificio, casi perdido entre el bosque y a media ladera entre la cumbre? Pues aquello es el Generalife. Y aquí a la derecha, también sobre la cumbre y entre el bosque ¿no ves una gran muralla y muchas torres? Pues ese es el gran monumento de la Alhambra. Desde un gran balcón en el edificio del Generalife o desde las torres de la Alhambra, yo puedo hablar a la muchedumbre congregada en este barranco. Para que me vean bien y escuchen con claridad el mensaje.

El joven de la túnica blanca seguía en su silencio, sin apartar los ojos de las aguas del río. Como si en la transparencia de esta corriente buscara algo esencial. Seguí comentándole:
- Contigo a mi lado, asomado al balcón del Generalife y con toda la muchedumbre concentrada en estas laderas y barranco, les diría: “Este que aquí estáis viendo no tiene nombre. Ha bajado del cielo sobre una nube y se ha venido a mi lado. ¿Sabéis a qué ha venido? Tiene un reino con mucha hierba en no sé en qué lugar del Universo y allí vive solo. Pero hasta hace pocos días vivía con él una princesa. Pero una mañana, no hace mucho, ella se marchó de aquel reino de la hierba, dejó a este amigo mío y se vino a nuestra tierra. Y, más concretamente, a esta ciudad de Granada. Éste que estáis viendo a mi lado, no pudiendo vivir solo en su reino de la hierba, ha venido a buscarla. Para pedirle que vuelva. Por eso nos hemos congregado en este lugar y por eso os estoy hablando. Necesitamos que nos ayudéis a encontrarla. ¿Sabéis cómo es ella? Según me dice mi amigo, hermosa

como un sol en primavera, más bien bajita, de tez blanca como el alba y sonrisa tierna.

Si alguno la vez,
si alguno la encuentra,
decidle que han venido a buscarla
desde el reino de la hierba.
Decidle que la necesitamos,
que vuelva".

Y ahora fui yo el que guardó silencio. Miré a las aguas del río y luego cerré mis ojos. Cuando los abrí ya había pasado mucho tiempo. Como tres días o más. De nuevo estaba solo sentado junto al árbol de los tres pies. Tenía en mis manos el cuaderno y pensaba en ti y me acordaba del joven vestido de blanco. Miré para la colina de la Alhambra y vi a la nube bajando de las altas cumbres de Sierra Nevada. Por el ancho camino azul apareció él y a verlo me alegré. Como la primera vez se acercó y se sentó a mi lado. Le dije:
- Te fuiste aquel día y no me dijiste nada. ¿Sabes ya dónde para la que te enseñó a soñar?
- La sigo buscando. Y tú ¿sabes algo de ella?
Y me acordé de ti. Tú eres bajita, tus ojos son pequeños, tu pelo es negro y casi siempre vas vestida de blanco.

Pero tú, hace tan solo unos días te has ido a tu país lejano. Sin despedirte de nadie y sin dejar ninguna dirección donde podamos buscarte. Por eso le pregunto:
- Si la viera por algún lugar o si supiera de ella algo ¿qué le digo?
- Dile que en mi país de la hierba, donde los ríos son claros y las flores bellas como lo dorados rayos del sol, la estoy esperando. Dile que quiero seguir jugando con ella y que necesito que me siga enseñando a soñar y a contar las estrellas que tiene aquel cielo.

Y al terminar de pronunciar estas palabras, me di cuenta que lloraba. Hice por levantarme y acercarme para animarlo.

Pero en estos momentos vi que el camino azul ancho bajó de la nube y se lo llevó volando. Me desperté de mi sueño. Miré y vi que lo que había a mi lado mi habitación vacía, un cuaderno sobre la mesa y una foto.

17- El tesoro del arroyo

A la niña le dijeron:
- En el arroyo de la montaña hay un tesoro.
Y se fue ella al arroyo en busca del tesoro, creyendo que serían hermosas y abundantes pepitas de oro. Al llegar solo vio el agua que, clara y noble, corría hermosa, reflejando el cielo.

Se sentó junto a la corriente y se puso a mirar a las aguas con el deseo de encontrar el tesoro. Vio que la corriente jugaba con la arena y la hierba de la orilla, que serena se remansaba en el charco, que se arrugaba y luego se iba saltando por las rocas del arroyo, alegre siempre, libre y viva. Y oyó que, mientras las aguas del arroyo se elijaban, tarareaban hermosos conciertos y melodías. Miró a su derecha y escuchó trinos de muchos pajarillos, miró a su izquierda y descubrió a los juncos jugando con el viento y el arroyo, hermoso, cayendo. Miró al frente y observó a los rayos del sol reflejándose en las aguas, extendidas sobre las piedras, como sábanas. Y miró para las montañas y descubrió al arroyo saltando por las cascadas pero la niña por ningún lado encontraba las pepitas de oro del tesoro que buscaba.

Se hizo tarde y se disponía a volver disgustada cuando, al mirar por última vez a las aguas del arroyo, oyó una voz, en su corazón, que le decía: “El tesoro que por aquí buscas es el agua misma, transparente y pura, de este arroyo. Ella es la vida de todas las plantas, de tus manos, cara y de tu sonrisa. Y no hay mayor tesoro en este mundo”. Y la niña comprendió, entonces, que era afortunada y rica, muy rica porque había

descubierto y tenía ante sí, el tesoro más limpio y útil del Planeta Tierra: la, esencia, el agua de la vida.

21- Los mejores regalos

En la ciudad, a la niña, le dijeron:

- Si vas a la montaña y recorres los campos encontrarás los regalos más bellos y las joyas más hermosas.

Y aquella mañana, la niña fue a la montaña y se puso a recorrer los campos.

Creía ella que los árboles estaban llenos de vestidos de colores, la hierba repleta de perlas preciosas, las praderas pobladas de hermosas muñecas, los arroyos y manantiales cuajados de caramelos y bombones… Y como nada de este encontró la niña en los campos, se volvía a la ciudad enfadada y comentando:

– No me gustan ni los campos ni las montañas porque en ellos no hay los que yo quiero.

Y la niña se paró a descansar junto a un arroyo y oyó el canto de un ruiseñor.

Miró a su derecha y vio perlas de rocío engarzadas en la hierba. Miró a su izquierda y vio muchos rosales silvestres repletos de rosas frescas. Miró al frente y observó los rayos del sol jugando con las ramas de los árboles. Y en su corazón oyó una voz que le dijo:

– Los colores más bellos, los vestidos más hermosos, las perlas más finas, la música más dulce y las muñecas más tiernas están en las montañas, en los bosques y en los prados. Abre tus ojos y aprende a verlos con el corazón.

Y la niña volvió a la ciudad más feliz que nunca porque… había descubierto la belleza de los verdaderos y mejores regalos de este mundo.

22- El otoño

El otoño es las más hermosas de las cuatro estaciones del año. En cuanto caen las primeras lluvias, las nieblas se levantan y revolotean por los barrancos, ascienden por las laderas llenando de humedad las peñas y regalando fantasías tiernas, se internan por entre los robledales y comienzan a desnudarlos de sus hojas viejas. Y el verde de los bosques se va tornando ocre oro, Y por entre el pasto reseco del verano comienza a brotar la nueva.

Con las primeras lluvias del otoño, los troncos de los árboles se cubren de musgo blando, Y sus tonos verdes contrastan con el naranja viejo de las hojas secas, ya rodando por el suelo. El otoño es como una invitación a la quietud y al silencio, a la contemplación de las formas y luces del Universo, a la meditación que nos recoge hacia dentro y al disfrute de los colores de la vida. Por las hojas resbala la fresca lluvia y la serenidad del tiempo, para recordarnos que todo nace, crece y llega a su fin en este suelo, en un ciclo donde siempre está presente la muerte para que brote lo nuevo, de las maduras semillas que lavan y vivifican las frescas lluvias que regala el otoño. Nada hay más delicioso en este suelo que los colores y sabores del otoño, ni nada eleva y sana tanto, en el espíritu y en el cuerpo.

Por eso, no hay placer que tenga mejor sabor que el espectáculo que ofrece la sierra en cualquier rincón al recorrerla despacio y dejar que el corazón se vaya llenando de ella hasta la emoción. Y este gozo que digo es, con razón, mil veces más completo al llegar la estación del otoño mágico que conozco yo. Se riegan primero los campos y de ellos el olor se expande por los barrancos cual jazmín en flor, surgen luego las nieblas, otro primor subiendo por las hondonadas al caer el sol

o por las mañanas claras aun sin calor. Y cuando ya el otoño entero se hace canción, de los bosques húmedos y densos brotan sin temor los níscalos y las setas blancas vestidas de candor entonces es cuando se completa el mejor sabor el espectáculo que ofrece la sierra en cualquier rincón. Por eso repito que, para el alma y corazón de los que soñamos sueños, el otoño es, íntima oración.

Posibles relatos cortos

Slide 2: Mi rutina diaria No, no, no puedo creerlo he visto el mismo chico todos los días a la misma hora, en el mismo lugar y vestido de la misma manera ¿Qué será? Estaré soñando o metida en un sueño que nunca acabara. Y él me mira, ¡nos miramos!, pero nunca me ha hablado yo no me atrevo ha hablarle es como algo que me llena el corazón. Cuando lo veo tan cerca de mi o pasa por al lado mío. ¿Será siempre así? Danixa layseca 6°A

Slide 3: Mi perra y yo Todos los días al llegar del colegio veo una cosa peludita que se me tira encima y me deja toda babosa yo me pregunto me babea por que me quiere o por que le caigo mal a mi hermanito solo le ladra pero a mi me babea ¿Por qué será? Y mi perra me mira con una cara de tristeza cuando la reto pero yo creo que los perritas son más sensibles que los perros y esa es mi perrita pelusa. Autora :scarlett oyarce Muñoz

Slide 4: Mami…¡dejame salir! No se por que no me dejan salir, a mi mami y a mis hermanas les molesta cuando intento hacerlo. Ellas prefieren que este en la casa, dicen que es mas seguro, que afuera me podría pasar algo, quizás tengan razón ya que soy la mas chica de la casa. Cuando me acerco a la

puerta con un solo grito de mi mama me alejo, ha sido tanta mi desesperación que me he escapado un par de veces y cuando me han encontrado de castigo me retan mucho, no me toman en cuenta y ni me hablan. Pero yo se que no pueden estar un día entero enojadas conmigo al fin y al cabo no pueden resistirse a mis encantos creo que después de todo ser una gata también tiene sus ventajas. Ale Acuña

Slide 5: Mi hermanito. Todos los días al despertarme veo unos ojos grandes mirándome y la pregunta que me hago siempre que pensara mi hermano que me mira con tanta curiosidad y con una risa tan alegre cuando llego del colegio me pongo a mirar a mi familia y mi miro a mi hermanito y yo siempre lo veo jugando con los mismos juguetes y nunca me había dado cuenta de eso y yo pienso no se aburrirá de jugar con sus mismos juguetes de verlos todos los días a su auto rojo y su dinosaurio pero lo bueno del que él nunca se aburre con sus juguetes ese es mi hermanito benjamín. Autora : Fernanda González Del Valle

Slide 6: Los perros en la ciudad. Dicen que los perros son el mejor amigo de los hombres, pero a los amigos se les trata bien y eso no ocurre con los perros. Cuando me pongo a pensar en ellos me da pena por que ellos viven en la ciudad y nosotros la tenemos sucia ellos deben comer y les damos basura. ¡¡ Nuestros enemigos comen mejor que nuestros amigos los perros !! Kalaghan Molina

Slide 7: Los perros de mi vecina • Siempre salgo de mi casa, pidiendo alimentó con sufrimiento, y de un día para otro aparecen muertos, a mi me dan pena por los perros, siempre llegan y al rato están muertos, pero que se puede hacer, si ella solitaria es, por eso siempre compra perros para pasar los sufrimientos de su soledad. • jetzabel niño. • 6°a

Slide 8: Los flaites de mi barrio. Siempre cuando voy a comprar pan me encuentro con flaites. Nunca se ven decentes siempre

están con los pantalones abajo. Y poleras muy anchas y largas siempre rayan los juegos de Los deptos. No se por que pero siempre son los mismos flaites Aunque no lo crean siempre andan con la misma ropa lo que no me gusta Es que siempre pelean y es desagradable verlos pelear Me gustaría vivir en un lugar tranquilo sin flaites pero creo Que en todo santiago me topare con un flaite o quizás con muchos flaites Escrito por : Bárbara valencia

Slide 9: Los hombres y la micro • Se que los hombres son caballeros pero a veces , yo por ejemplo me voy en la micro y siempre va llena los hombres se pelean por subir primero y la mujeres se suben de las ultimas. Mi mamá me pregunta ¿Por qué los hombres quieren subir primero? Yo le respondo , mamá usted a escuchado ese dicho ¿los hombres primero? Mi mamá se ríe después de todo se que los hombres • Nunca van a cambiar. • Francisca Naranjo

Slide 10: Las palomas • cuando llego del colegio, siempre veo unas palomas comiendo migas de pan. Yo no tengo nada contra ellas, pero son muy cochinas y mi vecina le da de comer migas remojadas en agua. Aparte de quedar la embarrada en la calle llena de palomas y sus cacucas, no dejan pasar a la gente. Yo he sido malas y a vecesles tiro piedras, aunque me arrepiento y solo las correteo, repito yo no tengo nada contra las palomas, pero a veces me vuelven loca... Autora:javiera reyes

Slide 11: LA RUTINA Catalina se levanta muy temprano para ir a su trabajo; cuando se sube a la micro I16 siempre se encontraba con la misma gente , ya se había acostumbrado a verlas diariamente , ya sentía una relación de amistad . Un día cuando Catalina se subía a la micro , se da cuenta q la gente no es la misma , el recorrido de la micro también. Extrañada se bajo , cuando la micro iba partiendo se dio cuenta q se había equivocado. “MUCHAS VESES LA GENTE SIN DARSE

CUENTA DE LA RUTINA SE EQUIVOCA EN ALGO TAN COTIDIANO COMO LA MICRO” QUIMBERLYN CAMPOS 6 ªa

Slide 12: La plaza casi perfecta Todos los viernes voy a la casa de mi abuelita, me gusta ir por que ella se siente feliz, pero para no aburrirme voy a una placita cerca, por ahí. Veo y veo, pasar gente con sus grandes raros perros ,son grandes, feos y malos, ¿Por qué malos? Por que el otro día vi como mordían a un pobre gato, grita y gritaba pero nadie hacia nada por eso es que es casi la plaza perfecta . Pero aún que no lo sea seguiré yendo sin importar lo que suceda por que de todos modos queda cerca de la casa de mi abuela. Francisca Lara

Slide 13: “La perrita” Una estudiante que siempre caminaba por la calle Independencia, cada día veía una caja grande y muy rara, hasta se movía:-Que habrá dentro de esa caja?.-Había una perrita con sus 5 cachorros , todos muy lindos , inmediatamente decidió llevarlos a vivir junto a ella y su familia. Fernanda Ramos 6ºA

Slide 14: La pelea. • Mi hermano siempre pelea conmigo cuando yo le pido algo el no me lo presta o no me da, yo siempre tengo que prestarle algo o si no empieza a llorar , mi hermano comparte todo lo que es todo;una galleta un pedazo de pan todo pero conmigo nada el es en todas partes amable pero conmigo siempre es egoísta ¡mi mama comparte todo con los dos! si el compartiera algo conmigo habría terremoto o todo seria gris? Maria Ignacia Yañez H.

Slide 15: El gato de mi casa es mas o menos plomo, es muy lindo y además es juguetón, no se por que siempre me rasguña. Todas las mañanas me maúlla y me lengüetea para que le abra la puerta o para que le de comida . Mi gato tiene muchos hermanos y todos son juguetones y muy lindos. hecho por: Javiera A.

Slide 16: El perro de los nogales • En la población los nogales y la santiago siempre esta en la misma esquina esperando a que alguna buena persona le de de comer y ¿a quien? Al perro. este perro se llama o lo nombran “el perro de la esquina”.hasta que un dia sali con una amiga a comprar pero ¡sorpresa! El perro no estaba le preguntamos a todos por el y ¿Qué? El perro habia muerto de frio . • Desde ese día ya nada fue una rutina (si lo podemos decir así) el perro no estaba ahí. Bueno ahora lo único que queda es esperar a otro perro “esquina”. • FIN..... Nombre:nivyans Q. • curso:6°a

Slide 17: En las mañanas al venir al colegio siempre veo el mismo auto que pasa por el lado de el auto de mi papá. El auto que pasa por al lado del auto de mi papá es blanco y muy bien cuidado en ese auto veo siempre a un caballero y a una niña que lo acompaña. Hecho por: susan claro

Slide 18: El árbol de la esquina • macarena va caminando en un día lluvioso, creo que va a casa de su tía Melania . Repentinamente se detuvo frente un árbol; siempre cuando va a casa de su tía, pasa frente el árbol, no sabe por que , pero algo le llama la atención. Observa un momento; se percata de que el árbol tiene nidos. Ella sonríe y sigue caminando. Quizás el cambio de el àrbol, alterò la monotona rutina de macarena... Scarlett d.

Comentarios a “De rutas por las montañas”

Hola:

Como otras veces, agradezco vuestros comentarios y amabilidad. Hoy, para aquellas personas que pueda interesarle, de nuevo dejo aquí una breve reseña que remite a una nueva entrada en mi blog. Un pequeño relato sacado de mi libro inédito: "Te voy a contar un cuento, relatos cortos" de Los paisajes del Último Edén. Creo que de este relato se puede extraer alguna enseñanza útil.

6- De rutas por las montañas
El encuentro lo fijaron donde se juntan los arroyos. Justo donde la corriente pasa muy suave, lamiendo las blancas rocas. Es desde aquí desde donde arrancan las sendas. Al menos tres sendas y cada una en dirección contraria. Una sube por el arroyo de las encinas, la segunda baja por la ladera siguiendo el arroyo de los acantilados donde anidan los buitres y la tercera sube por la solana hacia el lago de los patos. Por eso tienen nombres propios cada una de estas tres sendas: la de los Buitres, la del lago de los Patos y la de las Encinas. Y son hermosas como pocas otras sendas en estas sierras porque surcan paisajes muy bellos cada una de las tres.

Enlace al blog
http://laricp.blogspot.com/

Agradecido a todos y saludos sinceros: Cas_orla

Julio
Siempre escribes bellos relatos José, pero este pese a ser un relato se asemeja a una fabula serrana de la cual hay que extraer una moraleja, has presentado dos visiones de como abordar la relación con la sierra y creo que la elección es bien sencilla, como siempre, gracias por tu aportación, un saludo.

Marisa
Aunque ultimamente ando mas ocupada de lo habitual y no he tenido tiempo todavía de leerlo si que le contesto que en realidad somos nosotros los que estamos agradecidos de que tenga a bien compartir sus relatos con nosotros, relatos por otro lado entrañables y que a medida que vas conociendo la sierra, consiguen llevarte mentalmente allí donde suceden los hechos.
Para mí, es uno de los muchos encantos de la lectura y precisamente esta mañana se lo explicaba a mi hijo Miguel Angel.

Saludos y gracias

HORNILLERO

Buenos dias JOSE. Tengo que reconocer que esta vez has superado en ingenio y gracia a muchos otros que pensando lo mismo que tu...nunca lo podriamos plasmar MEJOR por escrito.
Se, que seguro que tu relato sera como las peliculas: "TODO

PARECIDO CON LA REALIDAD ES......", pero... no te puedes ni figurar lo que se parece tu historia,cuento o relato a una historieta que yo conozco muy bien... "PERO SEGURO QUE ES PURA COINCIDENCIA."
Esto me recuerda a un juego con el que nos entreteniamos de pequeños en el patio del recreo de mi colegio. Te cuento Jose: "En medio del patio de mi colegio habia un pequeño monticulo de arena,restos de una obra realizada en el mismo, Los crios inventamos un juego,"SOY EL REY DE LA MONTAÑA",un compañero encaramado al monticulo gritaba "SOY EL REY DE LA MONTAÑA",enseguida otro le empujaba desplazandolo y gritaba "SOY EL REY DE LA MONTAÑA",hasta que otro compañero le hacia rodar por el monticulo de un empujon y gritaba "NO, YO SOY EL REY DE LA MONTAÑA"....Tal fue el afan por ser "EL REY DE LA MONTAÑA" que al final los empujones cada vez eran mas fuertes y seguidos, finalmente...alguien se lastimo,Carmelo se rompio un brazo y nos prohibieron jugar mas al juego. Al dia siguiente...la montaña habia desaparecido del patio del colegio."
La moraleja de tu "gran relato" para mi es clara: como hace poco dijo el gran "GUALAY"(un fuerte abrazo para el):"caminar por la SIERRA,de tal modo que caminemos por dentro de uno mismo,que nuestra alma y espiritu avancen a la vez que nosotros...incluso por delante". ¡Que gran maestro! nuestro añorado GUALAY.
SALUDOS JOSE,Y GRACIAS POR TU LECCION MAGISTRAL,PUES TU RELATO ES ESO: "UNA LECCION MAGISTRAL" DE ESAS QUE NOS IMPARTIAN NUESTROS VIEJOS Y QUERIDOS MAESTROS.

MONTIELA
Hola José,

Tus escritos son nostalgia pura, derraman una sensibilidad poco común en las gentes del hoy. Esa sensibilidad que está desapareciendo como los viejos serranos es , sin embargo, necesaria para ser feliz en este mundo.

José, deseo saber si este verano vas a estar en Segura de la Sierra. Me gustaría conocerte y charlar un rato.
Además hay convocado un día de convivencia para Agosto. Sería genial que pudieras asistir.

¿que me dices?

al Saquri
Acabo de leer el relato completo, y cómo siempre, le agradezco que nos lo muestre en este foro José.
Sólo un verdadero maestro de las letras, podría expresar con ese arte tantas cosas en un sólo relato. Mi admiración.

Saludos.

HORNILLERO

Pues tienes toda la razon AL SAQUIRI. Se aprecian en el relato dos formas bien diferentes de ver la Sierra. Seguro que JOSE se siente totalmente identificado con su personaje del hombre tranquilo,relajado,que pasea por la Sierra despacio sacandole todo su jugo y matices,escritor de notas y poemas.
Una forma de ver la Sierra bien distinta a la del otro, a la del hombre de "las camisetas de colores y las circulares" como el lo plasma en su cuento. Me ha gustado mucho este cuento ya que tiene un fin ejemplarizante y una moraleja final como los antiguos cuentos. Se lo pase a Angela y mi hija para que lo leyeran,y les gusto mucho.Mi hija dice que "esta muy logrado".
Felicitaciones otra vez JOSE. Como ves al personal le ha gustado el cuento.

Luiso

Bueno, he leído el relato y la verdad es que en mi opinión las dos "opciones" de acercarse a la sierra están un poco "radicalizadas" y muy polarizadas Yo creo que no hay sólo esas dos opciones, sino que hay tantas como personas disfrutamos de estos lugares y que todas son igual de buenas siempre y cuando respetemos lo que más queremos y tenemos en común, que es La Sierra.

Se me ocurren multitud de ideas, como por ejemplo ésta: para competición en montaña la que se da en otros muchos lugares y no precisamente en nuestras sierras. No sé si conoceis el Carros de Fuego en el Pirineo Catalán... o las picaceras y la estupidez humana que se dan cita cada verano en la subida al Aneto, el Perdido o el Mont Blanc por la normal... o la auténtica ausencia de escrúpulos y la supeditación de todo lo bueno que tenemos a la consecución de las cimas que se presenta cada temporada en las grandes montañas de la tierra. He vivido estas cosas y ahí sí creo poder asegurar que hay mucha gente que vive la naturaleza como habla José: como algo que es un récord y nada más...

Si el relato de José va en esa línea, pues para mí perfecto.

Lo que no puedo compartir es que el relato de José vaya con "segundas" : me refiero a si el relato de José está escrito con "nombres y apellidos" tal y como parece por los comentarios que haceis algunos de vosotros. En mi opinión, me parece muy infantil aludir y criticar a personas que no están presentes y que no se van a defender por los motivos que sean. Como he dicho, cada uno tiene su manera de relacionarse con la montaña y ninguno tenemos derecho a juzgarla siempre y cuando esa relación sea respetuosa. Llevo poco en este foro y me aporta muchas cosas interesantes, pero no puedo callarme ante esto: yo creo que esa persona con "nombres y apellidos" jamás le ha hecho daño a la sierra. Más bien al contrario, habla de ella maravillas y la enseña y comparte con sus amigos como haríamos cada uno de nosotros con las personas que queremos. Lo que ocurre es que a veces mezclamos lo personal con otras cosas y esto a veces nos hace patinar.

Para terminar algo que escribí hace tiempo y que me vais a permitir

incluir. Agarraos a la silla porque es metafísico, pero creo que es una buena muestra de que entiendo a José:

"Estoy obsesionado con una idea: el camino. No me refiero a alguno en particular, sino que pienso en cualquier franja estrecha de tierra a la que se le pueda nombrar de esa forma. El camino entre dos puntos no tiene sentido por los extremos que une, sino por los lugares por los que discurre. Éstos le confieren su valor y exclusividad. Me gusta escribir sobre los caminos que he recorrido: los paisajes contemplados, los árboles que jalonaban el borde, las luces que iluminaban las extensiones y los campos... Pero para poder hablar sobre estas cosas hay que haberlas vivido con mucha tranquilidad, sufriendo cada cuesta, atendiendo a todas las perspectivas, repasando las vistas y soñando lo visionado. Se trata de tener paciencia y andar suavemente escuchando el latir tranquilo del tiempo en las sienes del cielo. Si uno es capaz de imaginar lo provisional del espacio que atraviesa un camino, entonces advierte que el camino, sobre todo, se encuentra en el interior del que lo anda (cuando hago esta afirmación, me refiero a la extraña y finísima sensación que, desde la atalaya más alta, se puede apreciar en las piedras horizontes y vaguadas)."

Saludos y perdonad la extensión.

Saqura

Amigo Luiso. Has puesto letra a un pensamiento que me ronda constantemente pero que inútilmente he intentado expresar de forma escrita.
Hoy ya me has "salvado" el día con creces. Con esta reflexión y con la cita de Terence White que aparece en tu web académica.
¿Qué opina un matemático como tú de aquello de que "la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos"?. ¿Crees que la línea recta, siempre que técnicamente se pudiera seguir, es lo más

adecuado para ir de un lugar a otro?. Seguro que tienes por ahí algo escrito al respecto.
Te agradecería lo compartieras con nosotros.
Un saludo.

Marisa

Pues no creo que tengamos autoridad moral para cuestionar a unos ni a otros, tengan nombres y apellidos o no. Yo no se si te entiendo muy bien a tí, Luiso,porque no soy matemática, ni a los demás expertos que hay por este foro y que son muchos, pero desde mi ignorancia me gustaría pedir que esto no se convierta en el cuento de nunca acabar, ¿es necesario remover el tema todos los dias? "Vivamos y dejemos vivir".

Hoy me ha gustado esta cita que he leido;

"Produce una inmensa tristeza pensar que la naturaleza habla mientras el género humano no escucha" Victor Hugo

Luiso

Os contesto antes de irme a comer que ya hay jambre.

Para Saqura:

Cita de: Saqura en Hoy a las 12:19:02

> Amigo Luiso. Has puesto letra a un pensamiento que me ronda constantemente pero que inútilmente he intentado expresar de forma escrita.
> Hoy ya me has "salvado" el día con creces. Con esta reflexión y con la cita de Terence White que aparece en tu web académica.

Saqura, me alegro de que te guste la reflexión, aunque verdaderamente la cita de White sí que es un puntazo total y de mis favoritas. Gracias por tu lectura.

Cita de: Saqura en Hoy a las 12:19:02

> ¿Qué opina un matemático como tú de aquello de que "la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos"?.

Eso sólo es cierto en el llano.

Cita de: Saqura en Hoy a las 12:19:02

> ¿Crees que la línea recta, siempre que técnicamente se pudiera seguir, es lo más adecuado para ir de un lugar a otro?. Seguro que tienes por ahí algo escrito al respecto.
> Te agradecería lo compartieras con nosotros.
> Un saludo.

Bueno, eso daría para un mensaje muy largo... sólamente un ejemplo: los aviones que gastan mucho combustible evidentemente buscan el camino más corto. Esos caminos más cortos del cielo no son para nada líneas rectas... se llaman geodésicas y en realidad están curvadas... pero tienen la propiedad de ser los caminos más cortos y, por tanto, los óptimos en relación al consumo de combustibles y tiempo empleado.

Y ahora Marisa:

Cita de: Marisa en Hoy a las 01:13:06

> Pues no creo que tengamos autoridad moral para cuestionar a unos ni a otros, tengan nombres y apellidos o no.

Tienes toda la razón Marisa. Eso me lo aplico a mí mismo y si alguien se ha sentido juzgado por mí pido disculpas.

Cita de: Marisa en Hoy a las 01:13:06

> Yo no se si te entiendo muy bien a tí, Luiso,porque no soy matemática, ni a los demás expertos que hay por este foro y que son muchos, pero desde mi ignorancia me gustaría pedir que esto no se convierta en el cuento de nunca acabar, ¿es necesario remover el tema todos los dias?

OK Marisa... ¡Ah! Y que no seas matemática no significa que no me puedas entender... que todavía no he puesto ninguna fórmula Por cierto, que me gusta tu blog. Enhorabuena

Saludos.

HORNILLERO

Buenas tardes Marisa, Luiso y Saqura.
Pues lo que "SÍ" esta claro es que "para gustos colores"...lo que a ti Luiso no te gusta a otros nos ha gustado. La vida es asi,dependiendo de los temas y de las circustancias "cuando unos van otros vuelven o al reves".
Pienso que la vida (entre otras cosas...)es un cumulo de circustancias y experiencias,y lo que uno vive en propia carne no lo pueden entender los otros por mucho que se lo expliquen, cuenten,o razonen...En las relaciones humanas pasa mucho lo que dicen en mi tierra: "cada cual cuenta la FERIA tal y como le ha ido",pues eso cada cual ve las cosas "tal y como las ha sufrido".
El relato de JOSE, yo no se si tiene o no tiene nombre y apellidos...pero a cada cual nos recordara algo...,a ti esas personas que comentas y a mi otra. Diferente es si alguien se da por aludido...eso ya es problema personal de cada cual(las interpretaciones son muy "sufridas"),que yo vea nadie de esta linea, ni JOSE en su cuento, menciona nombres de nadie y creo(solo creo ¿?)que hasta los parajes que menciona son de ficcion.
Si esto es asi,como creo que es...,el que se sienta aludido es cuestion personal suya o de su conciencia,como un conocido de Valencia me dijo en Enero en Arroyo Frio: "pueden ser problemas de "neuras" de cada cual"(me comentaba sobre algo similar).
Lo de ""patinar"", ,es tan relativo y personal de las intenciones y conductas de cada cual,que donde alguien piense que uno patina otro pensara que acierta y se reafirmaria en sus planteamientos (seguro).
Del cuento de JOSE,que continuo pensando que esta muy acertado,cada cual sacara sus aplicaciones o concluisiones,para eso eran los cuentos,historias ejemplarizantes para sacar de ellas :conclusiones,refranes,experiencias y consecuencias.Etc. Las que saco yo del cuento de JOSE son:

- "Cada cual elige con quien bebe"(refran Montañes).
- "...Tengo bastante con saber donde camino y junto a quien"((letra de una cancion).

Bien...,JE,JE,JE,¡¡LO QUE ESTA DANDO DE SI EL TEMA DEL CUENTECITO...!!. Estupendo Luiso, ;)me ha encantado conocer tu posicion u opinion con respecto al cuento,y tu MEDITACION sobre el camino no esta nada mal. SALUDOS

Julio
Evidentemente la obra de José es muy amplia e extendida en el tiempo y toda ella tiene un denominador común: su amor a la sierra, en este relato nos presenta quizás las dos formas mas extremas de acercarse a la sierra, por supuesto sera el lector quien elija para su vida personal uno de estos dos extremos o bien los cientos de puntos intermedios que hay entre ellos, se trata pues de una obra literaria y no creo que el autor tenga ninguna intención de poner nombres y apellidos, sino todo lo contrario, yo en el texto aprecio el amor que el autor profesa a la sierra y además intenta como cualquier autor que su obra nos transmita sensaciones, cosa que consigue, a través de su escrito nos esta invitando a todos los que lo leemos a ver la sierra bajo el prisma de la sensibilidad, entiendo que cada cual, en un momento dado, se puede ver identificado o no con alguno de los personajes, eso sucede con cualquier obra literaria, cinematográfica etc., pero desde luego eso es parte de la libertad del lector, en ningún caso responsabilidad del autor, un saludo.

Biker

Lo que no veo correcto es que se utilice el tema de un forero para aludir a otras situaciones o personas, a mi no me gustaría que se hiciera en un tema que yo publico.
Por otra parte es algo pobre afrontar la relación de cada uno con nuestra sierra solo desde dos dimensiones, yo por ejemplo la he afrontado de diversas formas: con 5 años la afrontaba de la mano de mi padre abriendo sendas que ahora se visualizan y antes eran trochas, con mi Club en bicicleta observando más territorio en menos tiempo, con mis amigos en una despedida en el aguas mulas con una caldereta de esas que quitan el hipo, con mi mujer haciendola complice del aroma y las sensaciones que antes compartia con mis padres y ahora con ella, y por supuesto en el silencio de la sierra un Lunes de Noviembre junto a mi malamute "Bianka", hay muchas formas de disfrutar...comiéndose en el Badillo en un Diciembre frio, hace 30 años un bocado de morcilla pan y paté junto a Eduardo uno de los mejores forestales de los 70...en fin hay muchas formas y maneras de disfrutar de la sierra. No la utilicemos para criticar a nadie o recordar "malos rollos"...en fin el cuento de Cazorla muy sensible habrá a quien le guste mas y a quien le guste menos pero eso a mi me daría igual si fuera el autor..... Me refiero afrontarla solo de dos formas, me he expresado mal perdón.

messner
Creo que el cuento de nuestro compañero José, hay que tomarlo como tal, como un cuento. Y cada uno debe sacar su propia moraleja o conclusión. Muchas veces me he preguntado, que hace que me acerque a la sierra, que sentido, tienen los sufrimientos, para llegar a tal o cual sitio. O simplemente al observar a otros senderistas cargados con unas enormes mochilas y pasando a mi lado a toda prisa, que les impulsa a ello.Unas veces buscamos el simple disfrute de la naturaleza. Con la simple contemplación, nos vemos recompensados en todos los sentidos. Y otras sin embargo, al igual que ocurre en otras facetas de la vida, nos planteamos diferentes metas y objetivos. Haciendo que nuestra forma de realizar la ruta sea distinta, pero no por eso, menos atractiva. Simplemente al tratar de conseguir una ruta, un pico o cualquier otra cosa, sin darnos cuenta buscamos sentirnos vivos. Siempre hay algo, que nos invita a llegar un poco más lejos. Cada uno de nosotros, tiene una forma especial de disfrutar de la naturaleza, y todas tienen cabida. Y deberíamos de aprender a respetarnos entre nosotros, lo mismo que decimos respetar la naturaleza. Si algo nos une, es el cariño por la sierra. Pues que cada uno la disfrute como mejor la entienda.

Un saludo.

Desde el corazón de la Alambra

¿El corazón de la Alhambra?
Quizá en el silencio
de la hondura de los siglos
sea sueño.
O quizá juega y ríe
en el juego
del agua que canta y salta
en arroyuelo.
Y también puede que se columpie
en el fresco
verde purísimo del bosque

denso y viejo.

Yo, en los atardeceres
que cada día contemplo
allá por la ancha vega
a lo lejos,
alguna vez lo he adivinado

1- El hombrecito

El primer momento

Él les preguntó:

- ¿Vosotros sabéis lo que es la suavidad?

La niña venía corriendo desde el lado del bosque y, al oír la pregunta del hombrecito, se paró frente a él y le respondió:

- Yo creo que es lo que mi madre me regala cada vez que me besa.

Y el compañero de la niña, jugando con ella la venía persiguiendo desde el lado del bosque, también se paró frente al hombrecito y, al terminar la niña de responder, dijo:

- La suavidad también puede ser el abrazo que cada día me da mi madre cuando por las noches me acuesta.

Y el hombrecito, parado casi en el centro de la explanada y mirando a las montañas que tenía enfrente, dijo de nuevo:

- Eso que decís puede ser una forma de suavidad. Pero la que yo os digo es otra cosa. Mucho más delicada que un beso de madre, mucho más suave que un amoroso abrazo y mucho más bella que la más fantástica puesta de sol.

Y, llena de curiosidad, enseguida preguntó la niña:

- ¿Nos la puedes enseñar?

También, casi en ese mismo momento, el niño que jugaba con ella, suplicó al hombrecito:

- Sí, enséñanos qué es, según ti, la suavidad.
Inmediatamente el hombrecito aclaró:
- Os la enseño ahora mismo. Pero tenéis que acompañarme a un sitio.
- ¿A qué sitio?
Preguntó la niña.
- No está muy lejos de aquí aunque tardaremos un tiempo en llegar. Tendremos que caminar un buen trecho y pasar por donde vive un grupo de hombres malos, raros y algo feos.
Y el compañero de la niña dijo:
- No importa. Queremos ir contigo para que nos muestres cómo es la suavidad que conoces tú.
Y la niña confirmó:
- Sí, queremos ir contigo y de paso nos dices quién eres, dónde vives y de dónde vienes.

2- La explanada

La explanada se extiende en la misma puerta del cortijo. En lo que, en tiempos pasados, han sido las eras donde se trillaba trigo, centeno y garbanzos. Y también, en parte, en lo que en tiempos pasado han sido huertos. Por eso la explanada, aunque se abre en la misma puerta del cortijo, también roza las aguas del pequeño arroyo. El que baja de las laderas norte del cerro redondo y brota justo en la mitad de esta ladera.

Y por el arroyo, aun siendo pequeño, baja un buen caño de agua. Clara y fresca como la más exuberante primavera. Porque sobre el cerro redondo en cuya ladera norte brota el arroyo, siempre llueve mucho. A lo largo del invierno, cuando los temporales se hacen presentes y también en primavera. En el invierno, sobre el cerro redondo al sur del cortijo, en ocasiones caen grandes nevadas. Tan grandes que muchas veces, el cerro se viste de un blanco tal que más se parece a un sueño que a una montaña.

Y también en verano, sobre este cerro redondo, descargan fuertes tormentas. Al finales de julio, en agosto y en

el mes de septiembre. Por eso todas las tierras al norte de este cerro, por la depresión del arroyo y cerca del cortijo, se encuentran cubiertas por un espeso bosque. Encinas, robles, majuelos, acebuches, pinos… Y también por todos estos sitios crece mucho monte bajo. Jaras, lentiscos, romeros, cornicabras, aulagas… Por eso, andar por esta ladera norte es casi imposible si no hace siguiendo la vieja senda. La que también en tiempos pasados ha servido para ir de un sitio a otro de estas sierras y para acarrear el trigo, el centono y los garbanzos a la era en la puerta del cortijo.

Por estas razones y otras muchas, en otros tiempos el cortijo era como un gran palacio al norte del cerro redondo. Ahora se encuentra rehabilitado y los padres de los niños, dos familias amigas, lo usan solo para recreo. Y sobre todo en los meses de verano. Época y días en que los niños se divertían mucho corriendo por la explanada de la puerta del cortijo, jugando en las aguas del arroyo, yendo y viniendo por los rincones más oscuros del bosque y bañándose en el charco de aguas azules, junto a los fresnos.

De la cascada que el charco tiene al lado de arriba, venían ellos cuando esta mañana se encuentran con el hombrecito. Y al verlo no se extrañaron. Por eso la niña, después de hablar con él lo de ir a ver la suavidad que le anunciaba, le comentó:
- Espera un momento que se lo digo a mi madre.
Y el amigo de la niña también dijo:
- Yo también se lo digo a mi madre y en dos minutos estamos aquí contigo.

3- Comenzando la ruta

La niña entró al cortijo, buscó a la madre y le dijo:
- Con un amigo nuevo que tenemos vamos a ir a ver algo importante que quiere enseñarnos. ¿Me das permiso?
- Desde luego que sí pero sed prudentes. Tened cuidado que no os pasa nada.

- Tú no te preocupes, mamá, que nuestro nuevo amigo conoce bien los sitios a donde quiere llevarnos. Y también nosotros, ya lo sabes, somos buenos.
- Pues que os divirtáis y no volver tarde.
Y la niña le dio un beso a la madre y, con su amigo de siempre, se fueron a pedirle permiso a la madre de éste. Contaron las mimas cosas y, a los diez minutos, ya estaba de vuelta en la explanada.

Al encontrarse de nuevo con el hombrecito la niña le dijo:
- Ya estamos listos. Nos ponemos en camino cuando tú quieras. ¿Tenemos que llevar ropa o algo de comida?
Y les dijo el hombrecito:
- Nada de eso necesitamos. Lo que yo quiero enseñaros es tan sencillo que solo hace falta caminar un poco y luego mirar despacio.
Y la niña y su amigo pensaron que a lo mejor el hombrecito los llevaría a su casa.

Por eso, sin comentar nada más, se pusieron en camino. Desde la explanada, se fueron para el lado de atrás del cortijo. Por entre unas encinas buscaron la senda y por ella comenzaron a subir la pequeña cuesta. Aun no era media mañana. Por eso el sol lucía en la mitad del cielo y lo hacía con un brillo especial. Y en el cielo no había ninguna nube ni tampoco hacía frío ni viento. Era un bonito día de primavera, ya bastante próximo al verano.

4-

2- Perdido en la montaña

La presentación

El árbol más fantástico que se he visto en mi vida, crece sobre la cumbre, en una pequeña llanura y manantial y donde hubo un cortijo en tiempos pasados. Es un roble milenario que solo verlo llena el corazón de energía y asombro. Yo lo tengo entre, mis recuerdos, guardado y, cada vez que revivo la historia, me emociono. Voy a contarla.

Al sur de España, en Andalucía y al norte de esta región, ocurrieron los hechos. Justo en las cumbres que dan cuna al nacimiento del río Guadalquivir. Una extensa región montañosa, al norte de la provincia de Jaén y que se le conoce con el nombre de Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas.

Cerca de estas montañas he vivido varios años. Más de treinta. Y por eso, tuve la suerte de conocer estos lugares y luego, a lo largo de los años que ya he dicho, recorrerlos, explorarlos y meterlos dentro de mí hondamente. Con grupos de personas expertas y de la tierra, fui muchas veces. Sobre todo, al principio. Con grupos de jóvenes amantes de la naturaleza, también recorrí los caminos de estos lugares, en muchas ocasiones. Y solo, casi por completo solo porque nunca he llevado ni muchos alimentos ni medios, me he adentrado por estos lugares en multitud de ocasiones.

Siempre buscando, supongo que como tantas personas, conocer más de cerca y en profundidad, todos los rincones de estas sierras. Deseando gozar las claras corrientes de sus ríos y arroyos, aprender los nombres propios de los lugares y adquirir conocimiento de las plantas, flores y animales que viven en estos sitios. Supongo que por todo esto aunque en mi interior, me palpitaba y palpita el ansia de algo más. Quizá, como a tantos, descubrir el misterio y la belleza de la fuente primera de todos los seres y cosas que nos rodean. Sí, quizá esta era la fuerza oculta que me impulsaba recorrer estas montañas un día y otro. Deseaba, necesitaba y necesito, descubrir a Dios en las formas, colores y olores de la naturaleza. Para así descubrirme un poco más a mí y a mi

sueño. Porque en el fondo, creo que como tantos, lo que por aquí he buscado era parte del sueño que en el corazón llevo. Como les sucede a tantos humanos, supongo yo. De lo contrario ¿qué es lo que a tantas personas nos empuja hacia la naturaleza, montañas, cumbres y valles?

Pues, con el correr del tiempo, mi experiencia por estos lugares, crecía. Fui recorriendo y conociendo, poco a poco, sendas, cumbres, laderas, valles, barrancos, ríos, fuentes, plantas, flores, nombre… Hasta juntar una información muy completa, en hondura y extensión. Para escribir un libro como nunca se ha escrito. Pero este no es el motivo principal por lo que hoy he decidido redactar estas líneas. Hay otra razón. Y es que, necesitaba y necesito, contar la historia que he expuesto al principio y me ha dejado marcado para siempre. Algo que un día me ocurrió en las montañas que vengo diciendo, en una de mis visitas a ellas. Fue hace ya muchos años.

El comienzo

Aquel invierno había sido muy lluvioso. También muy abundante de nieves y vientos. Sin embargo, a partir de los primeros días de enero, las nubes se retiraron y el tiempo se tornó bueno. Con frío y escarchas por las noches pero sin lluvias ni viento. Por eso, aquel día quince de enero, me animé. Preparé la mochila, la tienda y cuatro cosas de comida y me fui a la estación en busca del autobús.

Dos horas más tarde el autobús me dejaba en el mismo centro del blanco pueblo, a los pies de las grandes cumbres, donde comienza la sierra. Subí, cargado con la mochila y la tienda, por la vieja calle, remonté por el río siguiendo la senda y comencé a elevarme por la ladera. Rumbo al puerto donde más frío hace en todas estas montañas, cuando llega el invierno. Pero cuando lo coroné no me paré aquí. Continué por la misma senda, ahora ya ladera opuesta y bajando, en busca del nacimiento del río. Tampoco me paré en este lugar aunque ya

era tarde. El sol caía por las crestas de las montañas al poniente y por el cielo aparecieron algunas nubes.

Un poco más arriba del nacimiento del río, sí hice un alto y comí un poco. Terminé en media hora y seguí subiendo. Quería, antes de que la noche llegara, encontrarme con el valle y luego alcanzar la meseta sobre la gran cuerda. Para montar en este lugar la tienda y pasar la noche. Y lo conseguí. Antes de que el sol se ocultara del todo, crucé el arroyo del valle, recorrí el trozo de vieja senda, crucé el puerto que sirve de divisoria a las aguas cuando llueve y, justo cuando empezaba a oscurecer, alcancé la meta. Ya a estas horas y en el lugar, hacía frío. Y yo me encontraba muy cansado por la gran distancia que había recorrido y el cielo se había cubierto con espesas nubes. Tenía pensado, al día siguiente, subir por la cascada hasta el valle de las ruinas del cortijo y la cumbre del roble milenario.

La noche